

DIOSES ENCADENADOS

C.Jinarajadasa

JINARAJADASA

Es uno de esos espíritus profundamente eclécticos, que ha logrado reunir en armoniosa síntesis, el profundo saber de las viejas culturas del Oriente milenario y las más modernas enseñanzas de la filosofía y la ciencia occidentales.

El Dr. Jinarajadasa es hoy en día, una personalidad de firmes contornos, que goza de un alto prestigio entre los pensadores contemporáneos. Nacido hace medio siglo en esa perla maravillosa de la India legendaria, que se llama Ceylán, cursó sus estudios en la Universidad de Cambridge, de la cual egresó con el título de Doctor en Filosofía y Letras. Complementó así, un saber cuyo origen se pierde en la más remota antigüedad, con los más grandes conocimientos que puede proporcionar la civilización occidental, tendiendo de ese modo el puente soñado por Kipling, entre ambas culturas, que en apariencia contradictorias, no son en realidad sino complementarias. El característico misticismo hindú y la especulación filosófica racional tienen, en Jinarajadasa, un valioso representante y hábil expositor, que ha sabido traducir en la palabra y el libro la multiplicidad de sus conocimientos. Enamorado del arte en todas sus manifestaciones ha logrado experimentar y transmitir su emoción estética a los demás, tanto la intensidad de la revelación warneriana, como la belleza del arte griego, las visiones del Dante o el encanto de los pintores italianos primitivos o renacentistas.

Su obra “El arte como voluntad y representación” es la de un continuador de Schopenhauer, que alcanza el nivel de los más profundos pensadores modernos. Sus estudios filosóficos, científicos o religiosos le señalan a la crítica como escritor original y personalísimo, especialmente cuando aborda su tema predilecto: la Teosofía, esa ciencia toda sentimiento, que Jinarajadasa ha sabido llevar a la práctica, adaptándola a todas las humanas actividades (Teosofía en el hogar, en los negocios, etc.).

Orador de concepto profundo, directo, incisivo, subyuga al auditorio, que siempre sale de sus conferencias, con un saber acrecentado, y un optimismo espiritual fortalecedor.

Trabajador infatigable en bien de toda noble ideología, como buen discípulo de Annie Besant, esa prodigiosa venerable anciana que a los 82 años desarrolla una actividad y energía que envidiarían muchos jóvenes, Jinarajadasa hace un cuarto de siglo que viene publicando una larga serie de libros, y dando conferencias en las cuatro partes del globo, en diversos idiomas, sobre temas cuya enumeración expresa, por sí sola, la infinita variedad de sus conocimientos. Pero la bondad de su alma superior se transparenta quizá más, en la conversación íntima, serena, reposada y de una modestia que solo alcanzan los verdaderamente grandes. Se le siente sincero y comprensivo. Quien ha tenido oportunidad de escucharle, en los mil temas que domina, no olvidará jamás sus sabias y consoladoras palabras. Y es que Jinarajadasa es por encima de todo, bueno, de una bondad y dulzura que conmueve hondamente.

Solo aspira a servir desinteresadamente, a sus semejantes. Por eso nos dice: “Trabajaré afanosamente, yo que puedo ser libre, porque para mí, no existe la liberación, mientras aquellos a quienes amo, no sean liberados. Las cadenas que me ligan, no son cadenas, porque no busco la liberación sino liberar a los demás”. “Compartir sus pequeños goces y angustias es, para mí, mi felicidad. Aceptaré agradecido el éxito parcial que pueda alcanzar ahora, en mi deber de ayudar a los otros.

Y de ese éxito, amplio y no parcial, es prueba evidente el enorme interés que ha despertado Jinarajadasa en Montevideo. Nuestro público culto ha escuchado con atento respeto admirativo, las sublimes enseñanzas contenidas en las conferencias que componen el presente volumen, constatando una vez más, la verdad que encierra la antigua sentencia, al afirmar que: “Ex Oriente Lux”.

A.C.C.

LA CULTURA OCCIDENTAL

Y LA FILOSOFIA HINDU

Comentario del señor Alberto Zum Felde, que precedió una de las conferencias de Jinarajadasa, en Montevideo

Doctor Jinarajadasa, señoras y señores:

Parecería hartamente atrevimiento el mío y aún censurable ligereza comentar en estas circunstancias la presencia del ilustre filósofo hindú que nos visita, y el significado que su viaje a las tierras del Plata puede tener para nuestra cultura intelectual. Y tal parecería, habiendo, en nuestro ambiente, quienes, por haber dedicado su vida al estudio y aún a la experiencia de las doctrinas teosóficas, podrían, con más propiedad, y autoridad que yo, hablaros del gran pensador que, en esta hora, frente a nosotros, las encarna, y del valor de su obra y de su acción magisteriales en el campo cultural de Occidente.

Pero me ha decidido a aceptar la tan honrosa cuanto ardua invitación para que precediera este acto de un breve comentario, la razón de que estas conferencias de Jinarajadasa, no van tanto dirigidas a los mismos afiliados de la Sociedad Teosófica y a los que profesan ya sus doctrinas, sino a la intelectualidad común de estos países, con la cual desea ponerse en contacto, a fin de suscitar en ella un más vivo interés y un conocimiento más cierto de las grandes concepciones espiritualistas de Oriente.

Siendo este viaje del eminente maestro hindú, más especialmente para nosotros, los profanos de la ciencia esotérica, para los que nos hemos formado en el seno de una cultura tan distinta a la de Oriente como es ésta de la Europa latino-germana –a la cual los americanos, no obstante nuestros pujos de independencia, pertenecemos todavía- y siendo su más cara finalidad suscitar nuestra atención profunda y hallar una respuesta en nosotros, he creído oportuno que fuera uno de nosotros mismos, en representación tácita de nuestra común cultura intelectual, quien dijera, frente al claro mensajero de una arcana sabiduría, cual puede ser la verdadera actitud de nuestra conciencia occidental y americana, ante las doctrinas que ha venido a exponer, y de las que él mismo es una encarnación viviente.

Ante todo, nada de literatura. Ya sabemos cuán fino poder sugestivo tiene sobre la sensibilidad de nuestros pueblos indolatinos la imaginación literaria; pero sabemos también cuán falaz y veleidosa es esa fantasía, que en el vuelo irreal de una imagen puede arrebatarnos a un estado de exaltación emotiva parecido a fe, para desvanecer muy luego en el frío escepticismo de la razón crítica, como se desvanecen en el espacio nocturno las encendidas y fugaces nubes del poniente, o como en la pesada normalidad de los trabajados días, se desvanece la embriaguez de las fiestas.

Muchos, del auditorio numeroso que concurre a estas conferencias de Jinarajadasa, se sienten atraídos ante todo, y casi exclusivamente, por una curiosidad imaginativa: Jinarajadasa es el misterio legendario del Ganges, con sus secretas iniciaciones, con sus ribetes de magia; la pagoda de los cultos milenarios cuya labrada piedra huele a mirra y a sándalo precioso como el cuerpo de las bayaderas, con elefantes blancos, hieráticos al

borde de los estanques de loto; Jinarajadasa es la remota desnudez de los Vedas, donde la tierra tiene la encantada frescura de la primer mañana, la pureza translúcida de la primera luna, saliendo del mar; el horror sagrado de las selvas del Ramayana, con su urdimbre de mitos gigantescos, la enorme epopeya religiosa del Mahabaratha, enajenada de imágenes con el lujo de un maharajah seguido de su cortejo; Jinarajadasa es la hermética ciencia de los yogis extáticos, que hacen germinar las simientes en el cuenco de su mano esquelética y convertirse las varas en serpientes bajo el rayo negro de sus ojos; es la leyenda del Tibet enigmático, más allá de las cumbres del Himalaya, con sus arcanos anales de la Atlántida y la Lemuria, con sus lamas sagrados, encarnaciones de Budha; es la transmigración brahmánica de las almas, a través de los mundos ocultos; es la sapiencia clarividente de los Mahatmas invisibles, que inspiraron a la princesa Blavatsky, las páginas de la Doctrina Secreta ...

Bien; pero es necesario abrirse paso a través de ese deleitoso juego evocativo de la imaginación, para llegar, más allá de los prados amenos de la simple curiosidad profana de lo exótico y de la sugestión veleidosa del misterio, a la alta meseta despejada, donde soplan los recios vientos de la conciencia crítica; y, hallándonos a solas con nuestro entendimiento, debemos discernir seriamente el contorno de nuestras ideas.

Hay un hecho, significativo sobre todos, que es preciso hacer constar en esta circunstancia porque ha de definir nuestra actitud crítica ante el filósofo hindú que escucharemos. Y es: que la conciencia intelectual de Occidente tiende a acercarse, por sí misma, cada vez más, y desde hace algunos años, a la filosofía mística de la India, de la cual se deriva, más directamente, la actual doctrina teosófica.

Pero, al hablar de conciencia intelectual de Occidente, no me refiero al movimiento teosófico, aún cuando es cierto que éste se extiende y gana adeptos en todos los países de origen europeo. El movimiento teosófico es como una invasión y conquista, por los ejércitos espirituales de la India, de partes del territorio cultural de Occidente; es, en todo caso, aquella parte de la conciencia occidental que ha sido transformada por la influencia del pensamiento hindú. No es a este fenómeno de conquista espiritual a que me refiero, sino a otro fenómeno más profundo, de mayor trascendencia. Me refiero a la genuina conciencia intelectual de Occidente, no influenciada por la teosofía hindú, y que ha venido evolucionando por sí misma, independientemente, de modo espontáneo, en tal sentido que su posición actual está mucho más cerca de un punto de coincidencia con lo esencial de la teosofía, que lo ha estado en todo el curso de la edad moderna.

En efecto. Las expresiones más avanzadas del pensamiento actual, en los centros de mayor intensidad culturales de Europa –y en grado mucho menor, también entre nosotros– siguiendo el propio proceso evolutivo, se han alejado tanto del estado de conciencia intelectual del siglo precedente, cuanto se han aproximado a un estado de conciencia que tiene algunos íntimos puntos de contacto con el espiritualismo hindú, y que, por tenerlos, se halla en estado de vibración propicia a una intuitiva comprensión, es decir, en una vibración simpática.

Del materialismo dogmático que imperaba en la ciencia y en la filosofía, al finalizar el mil ochocientos, nos hemos desplazado hacia un intuicionismo vital que viene acusándose y definiéndose desde Schopenhauer y Bergson hasta las más actuales manifestaciones del pensamiento crítico. El concepto determinista y mecánico de la evolución de la vida, que predominó y caracterizó nuestra cultura, hasta hace algunos

años, ha dejado el lugar, casi enteramente, al concepto de la vida como acción de las energías espirituales, que obran dentro de la realidad física, en un proceso evolutivo creador.

No es que el pensamiento occidental haya asumido formas semejantes a las hindúes, ni, más precisamente, a las teosóficas; no, en las formas es donde se mantienen aún las grandes diferencias. Pero es obvio declarar que el valor esencial del pensamiento no está en las formas. Tanto no está, que Kirshnamurti, el sabio hindú acerca del cual nos hablará esta noche Jinarajadasa, con el conocimiento profundo que de ello posee – siendo como es, uno de los maestros de la teosofía-, se ha apartado casi por completo, en sus más recientes conferencias, de todas las formas tradicionales y ortodoxas, por así decirlo, de la Doctrina Secreta. Sólo conserva su esencia, su espíritu. No es que niegue la verdad de aquellas formas, así al menos lo entiendo; prescinde de ellas por no creerlas necesarias a su enseñanza, infundiendo el alma de la doctrina en nueva letra, más apropiada al ambiente occidental en que opera, y, más que eso, respondiendo a la imperiosa demanda de los tiempos. Cada tiempo histórico requiere su palabra. Pero todas son idénticas en el espíritu.

Me he permitido esta leve insinuación acerca de Krishnamurti, porque ello no sirve de prueba en la comprensión del hecho que definimos. Lo que, esencialmente aproxima hoy la conciencia occidental a la teosofía hindú, es que ambas reconocen una esencia espiritual a la Vida. Puede parecer poco y es mucho; es lo principal.

Diréis que la Religión Católica, por ejemplo, también es, por supuesto, espiritualista, y sin embargo, es radicalmente opuesta a la Teosofía. Opuesta por sus formas –es decir, su dogma- a las formas de la Teosofía, habría que aclarar; pues, la teología cristiana en su esencia simbólica no es opuesta a la simbología esencial del hinduismo. Todas las religiones tienen la misma esencia; sólo que las Iglesias están identificadas con las formas dogmáticas del culto y no con los símbolos esenciales; son la letra que mata y no el espíritu que vivifica.

Pero nuestro actual espiritualismo filosófico –ajeno a todo dogma religioso- nos permite percibir la identidad esencial de la concepción teosófica de la vida, con la propia concepción a que puede llegar nuestra libertad intuitiva. Nuestro concepto espiritualista de la vida carece aún –es verdad- de formas mentales positivas, -como las tiene la Teosofía- no pueden ser ya un obstáculo a la comprensión intuicional o, si queréis, a la simpatía mental entre ella y nosotros.

La diferencia mayor que, hoy por hoy, existe entre la Teosofía y el espiritualismo occidental, consiste en que, mientras éste se mantiene en un plano de pura especulación metafísica, aquélla es una especie de ciencia positiva del espíritu, puesto que ha hecho de la intuición un órgano de conocimiento experimental concreto en los planos extrafísicos de la vida. Lo que sorprende y recela en la Teosofía a la mentalidad euroamericana, es que aquélla tiende a constituir como un gran cuerpo de conocimientos concretos acerca de lo metafísico, tal como si se tratara de las ciencias físicas, objeto único de nuestro método experimental y límite de nuestro conocer concreto.

Sin embargo, cabe indicar que no sólo la Filosofía occidental se ha acercado en estos últimos tiempos a lo esencial de la Teosofía, sino también la Ciencia, la misma ciencia

positiva, que rompiendo el círculo vicioso del dogmatismo materialista en que estuvo aprisionada durante el siglo XIX, se ha encontrado, al profundizar libremente, frente a series de hechos nuevos, que plantean nuevos problemas para los cuales el viejo positivismo científico es insuficiente. Esto lo lleva a coincidir en muchos puntos y de modo sorprendente, con ciertas enseñanzas de la Teosofía, o, cuando menos, a no rechazarlas por absurdas o fantásticas, sino a admitirlas como hipótesis posibles. La brevedad que debe contener este comentario me impide detenerme en la exposición más analítica de esos puntos. Los pocos que en nuestro país están al tanto de los últimos problemas de la psicología, de la biología, de la físico-dinámica, podrán apreciar esas perspectivas a que aludo, mejor de lo que yo, que no soy profesor en tales materias, pudiera exponerles.

Mas, sea cual fuere la posición que, a priori, pueda adoptarse frente a la Teosofía, preciso es reconocer que ella se diferencia fundamentalmente de toda religión positiva – con las que suele confundírsele- en que no se basa en la autoridad dogmática de una revelación, como las religiones, sino en el propio juicio racional, y en la propia experiencia intuitiva del individuo.

Por lo demás, mi solo propósito al perfilar esta actual posición de nuestra conciencia occidental, se limita a constatar que la presencia de este filósofo hindú y su palabra, pueden hallar en nosotros algo más que la superficial y pasajera satisfacción de una curiosidad intelectual, que no llega a interesar lo profundo de nuestra mente; pueden hallar en nosotros atención más seria, interés más agudo, resonancia más honda, puesto que tocan en lo vivo y palpitante de nuestro problematismo espiritual, y agita en nosotros esas que Maeterlink llamaba “aguas negras y profundas, sobre las cuales reposa la fina corteza de la vida cotidiana”.

A.Z.F.

I

DIOSES ENCADENADOS

El mundo está pleno de conocimientos, y sin embargo, el hombre ansía siempre saber más. Probablemente no ha habido nunca, en la historia del mundo, una abundancia tal de conocimiento, como la que existe hoy en día. En cuestiones religiosas, hoy pueden encontrarse en nuestras bibliotecas públicas, traducciones de las escrituras de todas las grandes religiones, y además, importantísimas obras de estudio sobre religiones comparadas y antropología. En filosofía, podemos estudiar, en cualquier universidad, todos los sistemas filosóficos de la India, de China, y de Grecia, así como los de la Europa medieval y moderna. La ciencia actual nos suministra dato tras dato respecto a las diversas ramas del saber, que son tan vastas y hay tal cantidad, como para dar vértigo a nuestra imaginación. Y en el dominio del Arte, en tanto que se considere como mera sabiduría, hoy nos es posible conocer cuales fueron las cumbres de la creación artística en la antigüedad, y documentarnos con numerosas publicaciones respecto a lo que es el arte en nuestros días.

Y sin embargo, el hombre aún busca conocimiento. No estamos satisfechos con lo que otros han descubierto; necesitamos descubrir nosotros mismos. Pero ¿por qué, nosotros que somos menos competentes que los investigadores entrenados en la sabiduría, deseamos descubrir? ¿Por qué no nos satisfacen los conocimientos acumulados por ellos? La respuesta es, que el conocimiento acumulado por otros, solo resuelve en parte, el problema capital que tenemos que enfrentar. Y el problema es: “¿Qué soy yo? ¿De dónde vengo? ¿Adónde voy? ¿Soy acaso un simple producto de fuerzas físicas, o tengo un alma inmortal?”. En forma siempre renovada, en cada nueva experiencia, este problema de “¿Quién soy?” surge, día tras día, y año tras año.

De la manera como nos contestemos esa pregunta a nosotros mismos, depende nuestra verdadera felicidad. Ningún hombre es verdaderamente feliz por poseer riquezas, salud, o el amor de sus amigos. Es feliz, solamente mientras esas causas de felicidad puedan responder a las preguntas que nunca podrán suprimirse. Cada una de esas externas formas de felicidad proporciona una solución, a cuya luz los hombres son felices. Sin embargo ¿por qué la riqueza no hace felices a todos? Los ricos, no son, necesariamente, felices en grado sumo. ¿Por qué aquellos que gozan de perfecta salud, se sienten a menudo intranquilos de mente y de corazón, mientras que los que sufren en el lecho de dolor, son muchas veces centros de serena belleza y de paz, para los demás? Es, porque toda causa externa de felicidad sólo sirve para adormecer, por un tiempo, el constante deseo que hay en nuestro interior, de saber lo que somos. Por lo tanto, tras un período de calma satisfacción, la pregunta surge nuevamente, y de modo imperativo llama nuestra atención.

No es muy difícil, por cierto, adormecer completamente ese deseo de investigar que existe en nuestra estructura de seres humanos que viven, sufren y gozan. Una de las maneras más fáciles, es aceptar los dogmas que nos ofrecen los instructores religiosos. Cuando nos dicen: “Hijo mío, no os preocupéis de esos problemas; haced lo que os decimos y creednos”, es seguramente por comodidad que aceptamos su indicación, especialmente si nuestro guía lleva una vida noble y pura. Otro modo, es aceptar el Materialismo y decir: “No hay respuesta, ni nunca la habrá. De modo que, vivamos al

día, sin importarnos del problema”. Hay millones de seres, hoy día, que prefieren ser así conducidos por otros en sus pensamientos y aspiraciones y muchos más millones aún, que han abandonado desalentados toda esperanza de solución. Pero también hay decenas de millares de personas que poseen una aguda mente, y profundas emociones, que están llenos del espíritu de servicio hacia Dios y hacia los hombres, y tratan ansiosamente de saber por sí mismos, por pequeño que pueda ser el conocimiento accesible. Es para estos seres por encima de los demás, para quienes la Teosofía tiene un Mensaje que dar.

Actualmente hay dos líneas de investigación para este problema de “¿Qué es el hombre?”. Uno, cada día adquiere más importancia. Es el método de la ciencia. En esa línea, tenemos una respuesta clara, aunque sin esperanza. La ciencia nos dice que la vida es un vasto proceso de la naturaleza, y que en el curso de la evolución, el hombre, como especie, es el tipo o entidad más elevado. De la especie “hombre” es ejemplo cada uno de nosotros. Para nosotros mismos, somos ciertamente lo más importante; el Cosmos no tiene valor, mientras no exista para nosotros. Si el sol brilla, el verdadero significado de su brillante función, es que nos suministra luz y vida. Cada uno de nosotros mira todo fenómeno de la naturaleza, a esa luz. La “razón de ser” del universo es, en lo que a nosotros se refiere, darnos ese sentido de individualidad.

Pero, desgraciadamente para nosotros, la misma ciencia destruye rápidamente el sentido del valor que, con la mayor naturalidad, atribuimos a la naturaleza. La ciencia nos demuestra que la naturaleza se interesa en nosotros, solamente durante un período de tiempo, de duración infinitesimal (puesto que ella cuenta por milenios), de unos sesenta a ochenta años, no como individualidades, sino simplemente como especímenes del tipo “homo sapiens”. La naturaleza nos dota del sentido de la vida, alegría y éxito, no porque se preocupe de nosotros, sino por la progenie que debemos dejar, para mantenimiento de la especie. En lo que respecta a la evolución, los hombres aunque podamos vivir cien años, no somos diferentes de la bacteria que vive solo medio día. La naturaleza nos hace salir del protoplasma, y nos hace volver nuevamente al protoplasma, cuando sobreviene la muerte. En el campo científico, la investigación de “¿Qué es el hombre?” nos da una respuesta que no nos proporciona sino tristeza y oscuridad.

En contraste con esta respuesta del Materialismo, que nos suministra la ciencia, tenemos la contestación religiosa. Las religiones pueden dividirse en dos grupos principales. Primero, aquellas que nos hablan de un Creador, un dios personal, y en segundo lugar, aquellas cuyo sistema ético no está basado en la idea de ningún Creador, sino que se deduce de la estructura de la naturaleza. El Judaísmo, Cristianismo, Hinduismo, Zoroastrismo, y la religión Mahometana, pertenecen al primer grupo, mientras que el Budhismo, el Confucionismo y el Shintoísmo, corresponden al segundo. Omitiré la solución que brinda el segundo grupo al problema de “¿Qué es el hombre?”, y solo consideraré la solución que dan las religiones deistas, y especialmente la que da el Cristianismo. ¿Qué es lo que enseña esta religión, en todas sus diversas iglesias y sectas?

Como todos sabéis, el Cristianismo tiene por postulado, la existencia de un Dios omnipotente, creador de todas las cosas, desde el electrón hasta la estrella más inmensa. Es Dios, quien ha creado al hombre. De modo que vosotros y yo, así como todos los millones de seres humanos hemos sido creados por Dios. Aún cuando se nos dice que Dios hizo al hombre a “su imagen y semejanza”, el Cristianismo sostiene claramente,

que Dios y el hombre están eternamente separados en naturaleza. Si Dios es perfecto, si es Omnipotente y Omnisciente, el hombre en cambio es imperfecto, débil e ignorante. Esta antítesis entre el hombre y Dios, es esencial en el pensamiento cristiano, porque la salvación del hombre depende de su subordinación a Dios. Se le salva, por el maravilloso don de la gracia divina que derrama en el hombre, no porque este lo haya merecido, sino porque el dios se compadece del alma que ha pecado e implora el perdón.

Diferente, fundamentalmente, del concepto del hombre, dado tanto por la ciencia, como por el credo cristiano, es el que nos ofrece la Teosofía. Pero antes de explicar cual es el concepto teosófico del hombre, deseo declarar que la Teosofía no es un credo que se ofrezca a los hombres para que lo acepten, bajo la amenaza de que si no lo hacen les sobrevendrá alguna terrible calamidad. Lo que se llama hoy Teosofía, es un agregado de pensamientos que pueden encontrarse en todas las religiones y filosofías. La Teosofía no es una nueva filosofía creada por una nueva escuela de pensadores; es más bien una selección de los mejores pensamientos de las antiguas religiones, filosofías y misticismo. Esta selección, y lo sostengo, está basada en hechos de la naturaleza; las leyes de la Teosofía, son para mí, que soy un antiguo estudiante de Teosofía, exactamente tan reales, -como parte integrante del orden de la naturaleza- como cualquier ley de física o de química.

Por consiguiente la Teosofía es una ciencia de la naturaleza, lo mismo que lo es la ciencia moderna; la diferencia consiste en que la Teosofía, observa un mayor número de hechos que los que han ocupado a la ciencia hasta ahora. los sucesos sobrenaturales, del misticismo o de los estados psicológicos anormales, son considerados por la teosofía, como datos de conocimiento tan importantes como los que aportan los descubrimientos científicos de laboratorio. Pero entre la Teosofía y la Ciencia hay esto de común: que siendo ambas, filosofías de los sucesos, el hombre que no se preocupa de estudiarlas, no está amenazado de ningún castigo. Antes de que llegue la luz del conocimiento, el único castigo que debe soportar el hombre ignorante, es el de continuar residiendo en la oscuridad. Pero una vez que haya pasado suficiente tiempo en las tinieblas, sufriendo por falta de luz, él mismo dirigirá su volición hacia la luz. Esta es nuestra actitud, como teosofistas, cuando ofrecemos nuestra filosofía a los que preguntan; aunque sepamos perfectamente que es la verdad, reconocemos que aún puede no serlo para los demás, y que no será verdad para ellos, hasta que su facultad de razonar, juzgue los hechos que presentamos, y de ellos, deduzcan una verdad similar a la nuestra. La Teosofía es un conjunto de verdades filosóficas, que deben examinarse con espíritu crítico, y no aceptarse ciegamente por el “ipse dixit” de otro.

Cuando se interroga a la Teosofía “¿Qué es el Hombre?” su respuesta es sencilla, aunque alarmante. Dice: “El hombre es Dios”. Esto parecería una blasfemia, pero un examen cuidadoso de lo que afirma la Teosofía al respecto, nos mostrará que ella tiene tanta reverencia por Dios, como el más beato de los teólogos. Recordad que esa acusación de blasfemia le fue hecha al mismo Cristo, por los judíos de su época: él había dicho que era Dios, y para los judíos semejante afirmación merecía la lapidación y la muerte. ¿Qué contestó Jesús? Les citó a los Profetas, que ellos tanto conocían, repitiendo un pensamiento acerca de la naturaleza divina de todos los hombres, que los judíos quizás ignoraban. Cristo dijo: “¿No está acaso escrito en vuestra Ley, ‘Lo digo, somos todos dioses’?”. Citó esas palabras del Salmo LXXXI (de Asaph), cuyo versículo número 6 dice: “Os lo digo: Vosotros sois dioses, e hijos todos del Altísimo”.

Es esa misma respuesta la que contiene el principal pensamiento de la Teosofía, respecto a la naturaleza del hombre. Ciertamente, Dios existe; todo el Universo es una revelación de esa divinidad. Todas las cosas imaginables como bondad, grandeza o belleza, el poder omnipresente que ha sido capaz de sacar del caos universal, un cosmos regido por leyes, tales como las que nos descubre la ciencia, todo eso nos revela que lo que llamamos “Vida” no es el resultado de un encuentro mecánico de las fuerzas naturales, sino la manifestación de una Conciencia Divina, y el resultado de una Divina Acción. Las extáticas realizaciones de Dios, por santos y místicos, los himnos de alabanza y adoración por medio de los cuales el corazón humano se ha sentido elevarse hacia dios, en todas las épocas, no son sino el A. B. C. de ese lenguaje de divina comprensión que la humanidad llegará a alcanzar algún día.

Pero, aunque la naturaleza de Dios, la fuente de todo continúa aún siendo un misterio, que escapa a nuestra más elevada imaginación, hay un hecho respecto de Dios, verdaderamente estupendo. Y es, que toda la vasta y maravillosa naturaleza de la Divinidad, reside en el hombre. El hombre tanto colectiva como individualmente, no es solo la creación de Dios, sino que encierra en su naturaleza humana también la divina. No solo el hombre fue creado a “la imagen de Dios” sino que “es” él mismo Dios, que aparece como hombre, tanto en el inferior y el humilde, como en el más grande y magnífico. Mientras no se aprenda intelectual y emocionalmente este pensamiento fundamental de la Teosofía, es inútil proseguir su estudio. Por lo tanto trataré de desarrollarlo algo más.

Nunca será posible probar, intelectualmente, que el hombre no es meramente una cosa de carne perecedera, sino un alma imperecedera, que participa de la naturaleza divina. Sin embargo, un hombre puede saber, que esto es cierto, aunque para probarlo, debe empezar su especulación con el raciocinio, pero ir más allá de él.

Debe sumergirse en lo profundo de su ser, para poder experimentar nuevos estados de conciencia, y, por medio de ellos, entrar en íntima relación con la verdad. Puede experimentarlos directamente, por sí mismo. Es solamente por medio de semejantes experiencias, como podrá probarse a sí mismo, primero su inmortalidad y luego, como comparte la Divinidad. Pero antes, es conveniente comprender mentalmente y con toda claridad la naturaleza del problema.

La relación entre el hombre y Dios, cuando no se ha experimentado directamente por cada cual, solo puede formularse desde el exterior, con la ayuda de símbolos y símiles. Uno de ellos, bastante sugestivo, es que Dios es una llama, y el alma humana una chispa de esa llama divina. Desde que la chispa es fuego, del mismo fuego que la llama, no puede haber diferencia cualitativa o de naturaleza esencial entre la llama y la chispa que de ella se desprende. Hay, indudablemente, diferencia de energía y resultado; la chispa no da la misma luz y calor que da la llama, -pero “podría” darla, con tal de que obtuviera el combustible necesario para crecer.

Un símil aún más sugestivo es el de comparar a Dios con un diamante perfectamente tallado y al alma con un diamante en bruto. Este tiene forma cristalina, aunque no con aristas precisas; su color es oscuro y no fulgura. Al llevarlo al tallista y ser puesto en la rueda, se irá afilando, poco a poco, se pulirá en todos sentidos, presentando nuevos ángulos, que delinearán nuevas facetas, hasta quedar convertido en una piedra perfectamente tallada, que lanzará sus brillantes fulgores, sus reflejos iridiscentes, a

medida que ofrezca sus facetas a la luz. ¿Qué puede objetar el diamante en bruto, respecto al pulimento? ¿Qué sabe de su destino como gema invaluable que se engazará en un anillo e irá a adornar una mano encantadora? Solo podrá saber cuán cálido e incómodo es el proceso del pulimento, gemirá mientras el torno gira, protestará quizás, por la tiránica operación, a que se le somete, contra el tallista que lo tortura contra su voluntad. Sin embargo ¡qué diferencia enorme entre el diamante en bruto y la piedra perfecta que adorna una sortija! Si fuéramos diamantes en bruto, y antes de ser pulimentados se nos enseñara el aspecto futuro de nuestra belleza y perfección, ¿no aceptaríamos gustosos el dolor de esa tortura, que llegaría a convertirse en piedras de incomparable perfección?

Hay, en Teosofía, un axioma fundamental, y es que “Dios habita en nosotros”. Pero mientras El es perfecto, Omnipotente, Omnisciente, y absolutamente libre, nosotros estamos encadenados, somos por lo tanto imperfectos débiles, y aún buscamos la sabiduría. Pero así como la diferencia que existe entre el diamante en bruto y la piedra tallada, no es esencial ni de naturaleza, así es la diferencia que hay entre Dios y nosotros. El es libre y disfruta de Su libertad; nosotros somos Sus hijos, compartimos su naturaleza divina, pero aún somos prisioneros, sujetos con cadenas. No somos libres sino que estamos esperando la libertad.

De este axioma de que somos “Dioses encadenados”, surge la gran filosofía de la vida, que se llama Teosofía, o Sabiduría Divina. Porque esto es lo que significa la palabra Teosofía. Y esta filosofía declara que toda vida, en cualquiera de los procesos descubiertos por la ciencia, especulados por la filosofía, modelados por el arte, -es el proceso, por medio del cual los dioses encadenados, son liberados de sus grillos.

¿Por qué el Mundo es tal cual es? Nuestra tierra tiene muchos climas; cada zona, tropical, templada, antártica o ártica, difiere en su temperatura produciendo diversas clases de vegetación y ambiente especial. Sabemos que la diferencia de paisajes, mares o montañas, climas cálidos o fríos, producen variaciones en la peculiar psicología y diferencias en la manera de sentir y pensar de los seres humanos. El hombre vive meditativa, apasionada u holgazanamente según el clima en que se haya nacido. Y según seáis un latino, un teutón, un hindú o un chino, será vuestra reacción hacia la vida. Esto no quiere decir que los hombres sean más o menos buenos o que su capacidad varíe, de acuerdo con la raza; sino que ellos difieren en la manera de comprender el problema de la vida. ¿Por qué existen esas diversidades de climas y de razas en el mundo?

Preguntad a un cristiano devoto que crea en Dios y hallaréis que no puede dar ninguna respuesta razonable. Solo dirá: “Es la voluntad divina”. Pero si le preguntáis: ¿Por qué? Os tendrá por blasfemo. Si, como dice el cristianismo ortodoxo, Dios quiere que algún día vivamos con El en el cielo, ¿por qué El, que es omnipotente, no nos dio a todos una sola raza, un solo clima, haciéndonos hablar un lenguaje único.?

¿Por qué hay dos sexos? La división de la raza humana en dos sexos ha proporcionado a la humanidad algunos de sus más grandes goces en el reino de la bondad y la belleza. Pero, si después de la muerte debemos convertirnos en ángeles, es decir en seres neutros ¿por qué las mujeres deben sufrir los dolores de la maternidad y los hombres no? ¿Por qué, pues, somos hindúes, franceses, portugueses, españoles o ingleses, si después de la tumba todas nuestras diferencias de temperamento y cultura perderán su valor en ese mundo angélico? ¿Si Dios es solamente el Dios de los cristianos, por qué ha permitido

la aparición del Islamismo, después de la venida de Cristo su Hijo y por qué permitió, antes, que surgieran el buddhismo, zoroastrismo, hinduismo y confucionismo?

Ninguna de estas preguntas tienen contestación desde el punto de vista ortodoxo. Pero al fin, la Teosofía nos da una respuesta que nos parece racional. Y es que la Vida con todas sus variedades de climas y razas, los dos sexos, las diferencias de cultura, las diversas religiones y filosofías, es lo que deliberadamente entiende Dios que debe ser. El necesita para Su finalidad, que es la de liberar a los dioses de sus cadenas, muchos instrumentos; cada uno de ellos al romper una cadena, debe suministrar al dios prisionero un tipo particular de experiencia. Así como antes de que el niño llegue a ser hombre culto e ilustrado, es necesario que pase sucesivamente por las escuelas Montessori, o jardines de infantes, de las clases elementales, a las superiores y a la universidad; así como no solo el idioma sino la geografía, las matemáticas, la historia y la ciencia deben ser estudiadas para expandir y entrenar su mente y a más de todos estos estudios debe practicar el deporte, y ejercicios atléticos, aprendiendo también los deberes sociales del hogar, las obligaciones para con su comunidad o nación, convirtiéndose en ciudadano de mente y corazón equilibrados y capacitado para la acción. Del mismo modo, hay un plan Divino para libertar a los dioses encadenados, a esos hijos por El creados.

Es para este fin de hacernos libres, proporcionándonos las experiencias necesarias, para lo que ha estado trabajando el plan divino a través de las edades, formando diversas razas, religiones, filosofías, artes y ciencias. Cada alma requiere para su perfeccionamiento, ir realizando experiencia tras experiencia; el alma debe crecer deliberadamente, y no en forma ciega, hacia la perfección. Deberá hacer el bien, porque es su deseo hacerlo, y no por miedo a un castigo, porque sabe, por experiencia, que hacer el mal es echar a perder la belleza del plan divino y, por lo tanto, aportar dolor y retroceso.

Si, como sostengo, Dios reside en cada uno de nosotros; si es por medio de la experiencia como se liberan los dioses de sus cadenas; una cosa es evidente: que, para la perfección del alma, las experiencias que puedan proporcionarse en una sola vida no son suficientes. Suponer que no hubiera decadencia de nuestras facultades con el transcurso de los años: ¿seríamos acaso, cuando tuviéramos que empezar la vida de ultratumba, mucho más sabios y nobles de lo que éramos al principio?

Seremos naturalmente más sabios y nobles, hasta cierto punto; pero ¡cuán poco es esto, comparado con la sabiduría y bondad de los grandes seres que han existido en el mundo! Progresamos muy poco en la vida; no hay milagros capaces de hacer que un hombre mediano se convierta en genio después de muerto.

El crecimiento en la naturaleza es lento; la evolución procede por graduaciones infinitesimales en el mundo material, según demuestra la ciencia. Lo mismo sucede en el mundo espiritual. La perfección requiere no una vida, aunque sea de cien años, sino muchas vidas, muchos cientos de vidas.

Si el concepto de que Dios reside en nosotros, y que poco a poco llegaremos a ser como El, acumulando experiencias de bondad y de virtud, es atrayente para nosotros, entonces, solamente un ligero examen os mostrará que el proceso llamado de

reencarnación debe constituir una parte necesaria del método de perfeccionamiento del alma.

La idea de reencarnación se encuentra en todo el mundo, tanto en los pueblos salvajes, como entre las civilizaciones más elevadas.

Es la esencia de la idea de la sobrevivencia después de la muerte, entre los aborígenes australianos, porque después de la muerte el individuo, según ellos, debe renacer en su tribu. En la idea de la reencarnación están basadas las grandes religiones y filosofías del hinduismo y del buddhismo. Pitágoras la enseñó en Grecia y Platón la reconoce en su teoría de la reminiscencia. Fue conocida por los judíos y enseñada en el Talmud. Era por cierto bien conocida por los judíos, quienes, cuando San Juan Bautista empezó a predicar se hicieron esta pregunta: "¿Es el profeta Elías que ha vuelto?" y cuando llegó a Cristo ese rumor, al preguntársele que había de cierto él replicó: "Si queréis creerlo, es Elías cuya vuelta se había profetizado".

Hay muchas formas en las que aparece esta creencia; una de ellas se conoce como "metempsícosis" y de acuerdo con ella los hombres renacen muchas veces como animales para expiar su maldad. La Teosofía no enseña esto, porque, renacer como animal, es retroceder en la evolución, y cualquier purificación necesaria a la perversidad humana es mucho más eficiente, si se realiza renaciendo nuevamente como ser humano. Otra forma de la idea es llamada "pre-existencia", esto es, que antes de que el alma entre en el embrión del regazo materno ya existía como entidad en el mundo espiritual, y que desciende a la encarnación solo para una vida y no más. Esta forma de reencarnación, es también considerada, por la Teosofía, como en desacuerdo con los hechos. Enseñamos, en Teosofía, que una vez que se llega a ser humano, siempre se sigue siendo humano. Es cierto que nuestros animales más superiormente evolucionados, nuestros perros y gatos preferidos, que demuestran una inteligencia y un afecto verdaderamente humanos, al ascender la escala evolutiva, renacen como seres humanos de inteligencia primitiva, como la de los salvajes de mente sencilla; esto es evolución, una progresión de lo inferior a lo superior. Pero el renacimiento de un ser humano, como animal, sería una reversión, un retroceso, lo que es contrario a la marcha de la evolución.

En Teosofía, pues, se enseña que la reencarnación es una parte del proceso natural de la evolución humana. Después de la muerte del hombre, sigue un período, corto o largo, de vida en los mundos invisibles, de los que gráficamente se cree que son los mal llamados purgatorio, cielo o infierno. Cuando termina este período, el alma renace de nuevo en forma humana, para realizar nuevas experiencias. Sería inútil e infructuoso que repitiera de nuevo las experiencias realizadas anteriormente; debe adquirir nuevas experiencias mientras elabora las pasadas. Por eso, como parte del proceso de la Reencarnación, aparecen diversas leyes, que pueden ser estudiadas por aquellos que deseen mayores informaciones, que las que puede proporcionar una teoría general. Una de estas leyes es que el alma renace en varias razas de la humanidad, de acuerdo con determinada sucesión; porque cada raza educa del alma, una clase particular de facultades, que otra raza sería incapaz de hacerlo. El carácter introspectivo del hindú, el emocional y artístico del latino, la actitud objetiva e intelectual del teutón, estas, y otras características raciales, son lenta y metódicamente educadas del alma, reencarnando en las razas a que pertenecen.

Más notable aún, es el hecho de que la reencarnación implica el cambio de sexo; generalmente el alma pasa por una serie de encarnaciones masculinas, que llega de tres a siete, y luego cambia de sexo. Es de esta manera, como el alma, que en sí, no es masculina ni femenina, desarrolla lentamente los atributos en ella latentes, alcanzando las más altas capacidades tanto del hombre como de la mujer.

He dicho que las almas de los hombres, los dioses encadenados, son liberadas de sus ligaduras, no por un milagro, sino por el único proceso que conocemos para librarnos de la ignorancia y la maldad, esto es: la experiencia. Es pensando, sintiendo, actuando, soportando todo lo que la vida nos aporta, luchando con lo que nos rodea, triunfando, fracasando, siendo felices o desgraciados, por la miseria, por la aspiración idealista, como crecemos. Pero el crecimiento no solo requiere simples experiencias, sino el reconocimiento por parte del alma, del objeto de tales experiencias. Es aquí donde aparece, en el problema de la Reencarnación, una segunda ley llamada la Ley del Karma o de Resultados. Esta Ley de Reacción la reconoce el físico como afectando toda substancia; la denomina Ley de Acción y Reacción y es la tercera de las leyes del movimiento formuladas por Newton. En su aceptación más amplia la vemos en la sentencia: "Lo que sembramos, recogeremos". Ha sido puesta de manifiesto en una secuencia de causas y efectos, del modo siguiente:

"Sembrad un pensamiento, y recogeréis un hábito.
Sembrad un hábito, y recogeréis un carácter.
Sembrad un carácter, y recogeréis un destino".

En esta forma, es evidente para todos nosotros, puesto que la experiencia nos ha hecho reconocer esta ley. Un pensamiento repetido una y otra vez, día tras día, se convierte en un hábito de pensar. Somos católicos, protestantes o ateos por costumbre, esto es, porque hemos pensado repetidamente en esa línea particular, hasta que llega un tiempo en que nuestros pensamientos son automáticos, y continuamos pensando como católicos, protestantes o como ateos.

Por lo tanto, cuando aparece un individuo en la tierra, al parecer por primera vez, como recién nacido, no es así. Ya ha vivido en la tierra muchas veces; en casi todas las razas y civilizaciones, ha sido hombre y mujer; como tales ha pensado, ha actuado, y por consiguiente ha ido modelándose lentamente su carácter por sí mismo. Ese carácter puede no haber sido perfecto, cuando terminó su última vida, ha tenido tal vez muchos vicios y muy pocas virtudes. Cuando renace, vuelve con su carácter. Naturalmente, su cuerpo material es proporcionado por sus padres; pero él escoge sus padres. Muchos de nosotros se rebelarán ante la idea de que han escogido a sus progenitores, antes de nacer; porque estamos seguros de que si así fuera, hubiéramos escogido mejor. Sin embargo, así es; somos nosotros quienes los escogemos, así como es cierto que nuestros padres nos han escogido como hijos. Esta selección no la efectuamos en el momento de nacer, ni siquiera al ser concebido el embrión; sino que escogemos durante nuestra última vida en la tierra, y a veces, durante muchas vidas anteriores. Así como en esas vidas pasadas pensamos en nuestros padres; así como nos sentimos atraídos a ellos por el amor, la indiferencia o el odio; y los ayudamos u obstaculizamos, así como ellos a su vez nos ayudan o nos perjudican, así, el juego recíproco del bien y del mal entre ellos y nosotros, construye los lazos del Karma que a ellos nos unen, y que aparecen como lazos familiares entre padres e hijos. En el pasado pudimos haber sido sus padres, o pudimos haber sido hermanos, amigos o parientes. El nombre del lazo que existe entre

nosotros no tiene importancia; lo que verdaderamente importa, es que ese lazo exista, y que es el resultado de la siembra del bien o del mal, de la ayuda o la injuria entre nuestras almas.

La doctrina de la Reencarnación, unida a la doctrina de la Ley de Reacción, ofrece una explicación de las desigualdades e injusticias de la vida, mucho más satisfactoria que cualquier otra teoría.

De acuerdo con la corriente explicación cristiana, tenemos que creer, o que Dios es implacable y sin piedad, o que no es omnipotente. Porque ¿acaso un Padre omnipotente y amoroso crearía hijos ciegos, jorobados o idiotas? ¿Qué posibilidades de crecimiento en bondad tiene el niño hijo de padres sifilíticos? Ya está marcado desde su cuna. Si fuéramos a analizar cuidadosamente a nuestros hermanos los presos, a quienes llamamos criminales, sin duda encontraríamos que la mayoría de ellos muestran defectos físicos que son el resultado de la herencia. Y luego, condenar a un infierno eterno a aquellos que son incapaces de llevar una vida recta, por estar ya tarados de antemano, estaría difícilmente de acuerdo con nuestras ideas de justicia.

La explicación teosófica acepta la doctrina de la herencia física, así como el hecho de que el carácter es influenciado por el ambiente; pero la Teosofía afirma que escogemos esa herencia de nuestros padres, porque la hemos merecido, por nuestros pensamientos, sentimientos y acciones de vidas pasadas.

Lo mismo sucede con el ambiente en que nacemos; un niño nace en una familia rica, otro en una pobre, porque cada uno se ha buscado ese ambiente en el pasado, el rico, porque en ese pasado ha proporcionado felicidad a los demás, y el pobre porque ha omitido hacerlo.

Las oportunidades para el desarrollo y la felicidad que se nos proporciona en la vida, año tras años, o los obstáculos que dificultan nuestro camino, siempre que tratamos de cambiar nuestras circunstancias actuales para ser algo más felices, son siempre el resultado de nuestra siembra. Hemos olvidado donde y cuando sembramos el bien o el mal; pero nuestro olvido de la deuda contraída no puede servir de excusa para que paguemos cuando se nos exige. La vida, por todos lados nos compele a que paguemos nuestras deudas pasadas, o, a su vez nos paga nuestros créditos anteriores.

Ha sido Dios, quien ha establecido la ley de Karma, a fin de que el efecto siga a la causa, la cosecha a la siembra. Una vez establecida El rehusa intervenir para modificarla. No se irrita con quien la infringe; solo envía el resultado en castigo, y ninguna clase de penitencia podrá impedir que nos llegue el resultado de la infracción. No se congratula porque obedezcamos su Ley; nos envía el premio de haber cooperado con la ley, en forma de felicidad, pero no nos favorece jamás con un resultado que no hayamos merecido.

Pero aunque Dios no interviene en la disminución de nuestro mal o el acrecentamiento de nuestro bien, pues esa parte del trabajo la deja a nuestra iniciativa. El equilibra y combina las fuerzas de nuestro bien y nuestro mal, de tal manera que esas fuerzas no actúen ciega y mecánicamente. El está siempre a la expectativa, para libertar a los dioses encadenados, las almas humanas que han salido de Dios. Por lo tanto, lo que podríamos llamar la intervención divina, consiste en guiar al alma hacia una nación o familia más bien que hacia otra, hacia un cuerpo masculino o femenino y hacia un

ambiente favorable o a uno desfavorable. Aunque Dios es Omnipotente y compasivo, es también supremamente justo para con todos por igual; por lo tanto no intercederá para disminuir el Karma desagradable que deba soportar un alma en su nueva encarnación, porque Dios no puede aniquilar las fuerzas maléficas creadas por esa alma. Pero en la reajustación de nuestro bien o nuestro mal pretérito, que ahora se manifiesta como felicidad o dolor, Dios combina tanto el bien como el mal, de modo de proporcionarnos una clase de experiencias, capaces de hacernos más sabios, nobles y fuertes, para el futuro. Las oportunidades favorables o las calamidades que nos sobrevienen, son premios o castigos; son la cosecha actual de la buena o mala simiente sembrada en el pasado.

Pero, mientras cosechamos, El nos prepara, si así lo deseamos, la liberación de nuestras prisiones de ignorancia e impotencia. Cada sufrimiento, noblemente soportado, o cada felicidad aceptada inegoísticamente, puede despertar en nosotros alguna de nuestras capacidades ocultas.

Es con el fin de apresurarnos, a que revelemos el Dios oculto en nosotros, para lo que nos rodea con múltiples religiones, ciencias, artes, filosofías, y demás actividades de la vida. Cada acontecimiento de la vida, placentero o penoso, cada una de nuestras experiencias, sea conscientemente seleccionada o impuesta a nosotros desde el exterior, forma parte del Plan Divino, para liberar en cada uno de nosotros, la dormida Divinidad. Así como el escultor golpea sobre el block de mármol, teniendo en su mente la imagen de la estatua que desea crear, así, trabaja Dios en cada alma humana. El tiene ante Si el "Arquetipo", como le llamaba Platón, esa perfecta expresión del alma, que es la perfección ultrerrima en toda su belleza, bondad y verdad. Con semejante Arquetipo delante Suyo, Dios ajusta nuestro Karma, nuestro bien o nuestro mal, de modo que, poco a poco, ya por la pena ya por la alegría empezamos a realizar que la bondad, la nobleza y la perfección, no son virtudes ajenas a nosotros, sino nuestra verdadera herencia como hijos de Dios.

La realización de que la Divinidad reside en nosotros, y que las almas de los hombres son dioses encadenados, nos hace modificar profundamente nuestros pensamientos, no solo con respecto a nosotros, sino con respecto a cualquier cosa del mundo. Nuestra actitud habitual, hacia las miserias e imperfecciones mundanas, es, o la del creyente en un Creador Omnipotente, o la del más escéptico de los materialistas, que no cree en ningún Creador. El primero, adora a su Dios, y, creyéndose demasiado insignificante ante la Divina Majestad dejará que todo lo haga Dios. Considera que su obligación es antes que nada, adorar a su Dios, y no mejorar al mundo. Si es caritativo, si es un reformador, o un internacionalista, lo es solamente como medio de alcanzar su salvación. Por lo general los materialistas, dejan simplemente de lado, el problema de los males mundiales, o, si son fundamentalmente filántropos, como lo son la mayoría de los escépticos y ateos, harán lo mejor que puedan, para reformar el mundo, pero, reconociendo, cuan débiles son las fuerzas humanas para hacer el bien, ante la inmensidad de la ignorancia y torpeza del mundo. Actuarán sin tener gran seguridad de que la meta pueda ser alcanzada.

Pero cuando se acepta la Teosofía, entonces con la realización de que Dios mora en nosotros, nos llega la comprensión de que Dios no trabaja solo, sino por intermedio de los hombres. Porque El reside en nosotros, somos como los dedos de Su mano. El, la fuente de bondad, nos ha hecho canales para derramar su bondad; El, que tiene en Su mente el plan perfecto para la redención mundial, se ha arreglado para efectuar esa

redención, no por Sí mismo y sin ayuda, sino con la ayuda y por medio de las almas que de El han emanado.

Cuando el Cristianismo enseña que Dios envió a Cristo, Su hijo, para redimir al mundo, esa enseñanza es solo un pequeño fragmento de esa verdad más maravillosa, enseñada por la Teosofía de que cada uno de nosotros es un Hijo de Dios, exactamente como lo era Cristo, y que el Plan Divino es redimir al mundo, por intermedio de cada uno de nosotros.

Es natural, que Dios, siendo Omnipotente, pudo haber creado un mundo perfecto. ¿Lo hizo así? Contemplad, por todas partes, las miseris e injusticias que hay en el mundo, la opresión de los débiles, la explotación de los pobres, por los ricos, ved como las esperanzas y aspiraciones humanas van siendo defraudadas una y otra vez por la suerte, más dura que diamante. ¿Por qué permite Dios que exista un mundo tan imperfecto y miserable? Porque, para hacer perfecto ese mundo, necesita de nosotros, necesita nuestra ayuda. El mora en nosotros, muy pocos somos los que conocemos la inmensa inspiración de ese hecho; El está esperando nuestro llamado. Pero estamos dormidos, y no sabemos que nuestra verdadera vida comienza, solo cuando trabajamos con El para llevar a cabo Su plan. Estamos sumergidos en nuestro yo personal y en la felicidad de ese yo. Los materialistas concentran su energía en alcanzar la mayor suma de felicidad que pueden lograr de un mundo pasajero, los devotos en preparar sus almas para poder vivir eternamente en el cielo. Ambos se equivocan, respecto al objeto inmediato de nuestro nacimiento como seres humanos; ese objeto es sentir el pensamiento divino y la divina emoción que nos inflamará, y nos hará proseguir en el mundo, fortalecidos con nuestra divinidad para hacer al mundo perfecto.

Este mundo, a pesar de sus miserias e injusticias, tiene una interna armazón de maravilloso idealismo. El pensamiento divino, que es la suma total de todo lo que es Bueno, Verdadero y Hermoso, está en la raíz de todas las cosas, tanto en el guijarro de la playa, como en el carácter cruel de un ser humano de los que pueblan el vasto mundo.

Lo que pasa cuando un gran arquitecto, autor del plano de un magnífico edificio, muere sin poder llevarlo a la realidad, y vienen luego otros arquitectos de menor capacidad que alteran el plan, creyendo mejorarlo, pero empeorándolo en realidad, así sucede en este mundo. Si el hombre no existiese y Dios solo fuera idea. Pero el hombre existe y Dios lo envía deliberadamente a este mundo. Y por eso el perfecto arquetipo del Divino Pensamiento, es destruido por el hombre que edifica la fealdad y el horror. Pero el hombre, ni aún en sus múltiples generaciones que abarcan millones de años, pueden impedir que el plan perfecto llegue al triunfo final.

Dios espera pacientemente, enviando a los hombres, en larga ronda de nacimientos y muertes, enseñándoles a recoger de acuerdo con lo que sembraron, y haciéndoles más tino, porque sembrando el mal y la imperfección, solo se cosecha pena y fealdad. Es así como entrena al hombre, hasta que sea capaz de cooperar con el Plan Divino.

He dicho y lo repito: “Dios habita en nosotros”. Por lo tanto el hombre es fundamentalmente bueno, fundamentalmente bello y perfecto. Pero es todas esas cosas, como Fragmento de la Divinidad, como Chispa de la Llama Divina. Es por no reconocer su maravillosa naturaleza, que el hombre se deja arrastrar por sus pasiones, por sus ambiciones, por las fuerzas egoístas y perversas que existen en el mundo. Poned en el pescante de un coche a un hombre que no esté acostumbrado a manejar, y veréis

cuan poca habilidad tendrá para controlar los briosos corceles y hacerlos tomar determinada dirección. Así sucede con el hombre, el alma, mientras vive en el cuerpo físico. El hombre **no tiene un alma**; es un alma, y tiene un cuerpo. Si los caballos son fogosos y por falta de adecuada dirección chocan y rompen el coche, no es falta suya; han sido mal guiados. ¿Y si el auriga no sabía controlar los corceles? Es lo mismo, y así sucede con el problema del pecado humano. El hombre o peca voluntariamente; es un esclavo de su naturaleza inferior y de la atracción de los sentidos, porque aún no ha despertado el alma. Sigue el mal, no porque sepa que es el mal, sino porque cegado por sus impulsos, e incitado por las atracciones mundanas, espera vagamente y cree, que hay cierta felicidad y belleza en el sendero que sigue.

Esta verdad, de que el hombre es fundamentalmente bueno y no malo, ha sido formulada por todos los grandes Instructores. Cuando Cristo, el Perfecto, dijo: “Yo soy la Vid, y vosotros las ramas”, no quiso acaso decir que en cierto modo compartíamos su naturaleza? ¿No dijo acaso San Pablo, el más grande de los apóstoles cristianos: “Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria”? Ved lo que Plotino, el gran filósofo neoplatónico, dijo acerca del mal que hacemos:

“El vicio reside aún en lo peor de la humanidad, estando mezclado con algo opuesto a sí mismo”.
Enneads.

Ninguno de los poetas ha expresado mejor que Dante este gran pensamiento de que aún en nuestras faltas, estamos, en cierto modo, tratando de encontrar lo recto, que aún cuando pecan, los hombres están tratando, con sus débiles medios, de caminar hacia la Luz Divina.

Io veggio ben si come gia risplende
nello intelletto tuo l'eterna luce,
che, vista sola, sempre amore accende;
e s'altra cosa vostro amor seduce,
non e se non di quella alcun vestigio
mal conosciuto, que quivi trasluce.

Dentro de nosotros, siempre, habita la Divinidad. Ella reside en el más interno y sagrado “Santo de los Santos” de nuestro corazón, susurrándonos dulcemente, los bellos sueños de valor, pureza y sacrificio que debemos soñar. Pero demasiado a menudo no escuchamos Su voz, prefiriendo prestar oídos a la voz de los sentidos. Y nuestros sentidos, una vez que los hayamos contemplado y satisfecho nos dañarán, tarde o temprano profundamente; entonces buscaremos la tranquilidad, y nos dirigiremos hacia nuestra alma interna y allí en lo más recóndito resonará de nuevo la voz Divina. Esa voz nos dice lo que todos los grandes Instructores repiten continuamente: que debemos olvidarnos de nosotros mismos, olvidar nuestras tristezas y dirigirnos al gran mundo de tristezas, para encontrar consuelo, consolando a los otros. Este es siempre el evangelio de todo gran Instructor: que debemos olvidarnos de nosotros para encontrarnos, que debemos apartarnos de los intereses de nuestro pequeño yo, para unificarnos con los intereses del Gran Yo Mundial.

Al comienzo de nuestra búsqueda de verdad y realidad, poco importa, que nombre demos a ese Gran Yo, y que lo llamemos }dios, Humanidad o Idealismo. Lo que

verdaderamente importa es que podamos olvidarnos de nosotros mismos, abrazando una gran causa, unificándonos con un noble trabajo. Es este trabajo noble el que la Teosofía revela a cada ser humano. Nuestra tarea diaria es la de ser agentes del Plan Divino, canales a través de los cuales Sus fuerzas fluyan abundantes, a fin de reconstruir un mundo imperfecto, llevándolo a la perfección de manera que pueda reflejar los divinos arquetipos. La Teosofía no es tanto un evangelio de salvación, como un evangelio de trabajo. Porque el peligro eterno que amenaza la felicidad humana, es la absorción en su yo inferior; dejad que los hombres se dirijan al exterior, dedicándose a nobles tareas, y entonces, cada uno de ellos descubrirá, por sí mismo, su verdadera salvación. La salvación, que es algo incambiable y eterno, no puede ser dada por un alma a otra; cada cual debe realizarla por sí mismo, rompiendo las cadenas que lo limitan y aprisionan su Divinidad.

Es solamente cuando el hombre trabaja, esto es cuando produce cambios en el mundo en que vive, cuando llega a descubrir esa gloriosa verdad que transformará totalmente su vida.

Cuando el alma, como obrero, encuentra el Plan Divino, y coopera con Dios para la realización de ese Plan, entonces poco a poco irá descubriendo que él es un arquetipo divino, enviado para un trabajo especial. Y como artista o estadista, como científico o filósofo, su alma verá la imagen divina, de acuerdo con la cual se está modelando, el Dios liberado de todas las cadenas. Y lo que es aún más maravilloso, verá en todas partes, a su alrededor, esos divinos arquetipos que son los demás hombres. En los grandes salvadores de la humanidad, Cristo, Buddha, ese arquetipo divino se ha revelado tan claramente, que los hombres se inclinan reverentes ante su belleza y majestad.

Pero el divino arquetipo está también en el pecador, en el criminal, en cualquier hombre o mujer, por ínfima que sea su condición social y por indigno que parezca de pertenecer al orden social.

Los peores hombres, los más feroces, son también Dioses encadenados, a pesar de que en ellos solo podamos ver el herrumbre de sus cadenas, y no la luz de sus rostros. Para el verdadero trabajador que trata de cooperar siempre y en todo momento en el Plan Divino, solo hay una visión, la de los Divinos Arquetipos. Así, reconocerá que las almas ignorantes, las que cometen acciones delictuosas, rehusando cooperar con el Plan de Dios, son simplemente dioses encadenados; y así podrá ayudar a sus hermanos, piadosamente, libre de todo resentimiento, para que desencadene su Divinidad, porque sabe que el mal en los hombres, es solo transitorio, mientras que el bien que hay en ellos, es eterno e incambiable.

Para el alma que ve los divinos Arquetipos en todos cuanto le rodean ¿qué puede importar la raza a que pertenezcan los demás seres, o su casta o edad? ¿Qué importancia puede tener que el alma tenga cuerpo masculino o femenino?

La única cosa que importa, supremamente, es que se vea en ella el Divino Arquetipo, pues, una vez visto, se le reverenciará, porque el alma comprenderá algo del misterio de la Divinidad interna, adorando la Divinidad externa que hay en los demás.

Comprendiendo así, el Plan Divino, y determinándose a cooperar en ese Plan, es como se halla, finalmente respuesta a la inquietante pregunta de “Qué somos”. La respuesta será “Hijos de Dios en imágenes divinas”. Con la experiencia directa de lo que significa la Divinidad, tanto el Dios interno, que está en el alma, como el extremo fuera del alma, todos los problemas del mundo quedan colocados de inmediato dentro del gran esquema de Idealismo. Entonces, la sabiduría entrará al corazón de los hombres. Ya no necesitarán un guía exterior, ya no tendrán necesidad ni de sacerdotes ni de escrituras, porque el Dios que reside dentro suyo, les conducirá paso a paso por el camino de la realización de su propio Arquetipo.

Y de este modo, la ciencia, el arte, la religión y la filosofía, así como el diario trabajo para su subsistencia o servicio, los deberes familiares o de amistad, los que tenga para con su comunidad o nación, serán, cada cual, otras tantas cuerdas de la lira divina, en la cual ejecutará el alma una divina melodía.

Para cada uno de nosotros Dios ha escrito una música grandiosa, y está aguardando que seamos capaces de darla a nuestros semejantes. Pero todos, debemos aprender la técnica de nuestro instrumento, así como el arte de ejecutarla con maestría.

Y es para aprender esto, para lo que nos envía a Su Universo, a fin de que trabajemos, juguemos, gocemos o suframos; y todo el tiempo nos está vigilando y guiando, sea que cooperemos con El o que dificultemos su Plan.

¡Qué maravillosa sabiduría implica para el mundo, esta revelación de la Teosofía, de que Dios reside en todos los hombres, y que siempre está trabajando sobre ellos, desde el exterior, por medio de las religiones, las ciencias, las artes y las filosofías mientras que al mismo tiempo los trabaja desde el interior, con ensueños de idealismo y de belleza, de alegría y de servicio!

Es maravillosa esta visión de la Divina Fraternidad, donde Dios habita al lado de los hombres, como uno de sus obreros, como uno de los que sufren, inspirando a Sus pequeños hermanos de esfuerzo en esfuerzo, hasta que ese hermano pequeño de Dios, que es el hombre, llegue a conocer que el y su Gran Hermano, son uno solo, y no dos.

Trad. Por A.C.C.

II

EL IDEALISMO DE LA TEOSOFIA

Conferencia leída en la Universidad de Montevideo

De todos los seres que habitan el planeta, el hombre es indudablemente el más inquieto. Siempre está buscando y nunca está contento con lo que ha encontrado. El animal tiene unas pocas necesidades primordiales; debe procurarse su alimento, debe protegerse a sí mismo de los otros, que intentarán devorarlo, y, en ciertas y determinadas épocas de su vida, debe satisfacer sus instintos sexuales. Así, el animal vaga, siempre alerta, a defenderse y luchar, o para imponer a otros las necesidades de su instinto. Pero el hombre ha dado un paso más que el animal, pues además de las múltiples necesidades de la vida animal, posee también una mente. Puede concebir proyectos y orientarse por procedimientos desconocidos para el animal. En sus ansias hacia la obtención de futuras satisfacciones, el hombre descubre un nuevo elemento, que le enseña que él mismo forma parte integrante de un vasto sistema de un plan en el que él no ha intervenido y del cual no es dueño. El hombre, entonces, trata de comprender el significado de este plan. El animal no, ni siquiera lo intenta; él solo vive para el momento y acepta los sufrimientos como los placeres que encuentra en su camino. El hombre también se ve obligado a aceptar las penas y los placeres que encuentra en su vida, pero él se pregunta: ¿Por qué?. Y es esa eterna interrogación, ese “¿Por qué?”, que surge avasallador de lo más profundo de su ser, lo que causa la tragedia y la gloria del hombre.

Esa ansia insaciable, esa continua búsqueda que no encuentra satisfacción, ha sido profundamente estudiada por los filósofos de Oriente, y sólo más tarde fue descubierta por la psicología Occidental. El psicoanálisis denomina a esta ansia, “libido”, pasión, deseo; Buda la llama “Tanha” o sea la sed de vivir. Al analizar este “libido” o deseo, que parece hallarse en la raíz misma de todos los entes sensibles, la moderna ciencia del psicoanálisis, encuentra dos elementos: uno de ellos, es de naturaleza erótica, que empuja al individuo a las diversas formas de satisfacción del impulso sexual; el otro elemento es el que induce al hombre a salir del medio en que se encuentra, a alejarse de ese ambiente que tiende a mantenerle en un estado de inferioridad, para ascender a un nivel más elevado. Esos dos elementos, son bien conocidos, tanto en la filosofía Hindú, como en la filosofía Budista, y son denominados “Kâma” y “Artha”.

El elemento “Kâma” o sea el deseo que está en nosotros, nos incita constantemente a una u otra forma de satisfacción: desde el instinto sexual del bruto, puramente animal, pasamos gradualmente por medio de una especie de refinamiento, hacia una expresión más pura y más perfecta de los sentidos. Siempre que existe “Kama” en nosotros y no pueda expresarse libremente, da lugar a un conflicto inevitable en nuestro fuero interno y nos sentimos desgraciados, porque no podemos satisfacerlo. Ya sea este deseo de satisfacción, de naturaleza puramente erótica, o ya sea el mismo más estético y artístico, la vida nos inflige una lucha; mientras el “Kama” o deseo actúe como “Tanha” o sed de vivir, nuestra vida seguirá siendo desgraciada.

El segundo elemento llamado “Artha” se manifiesta en nosotros, por un deseo de posesión y de dominio. La palabra “artha” significa la “cosa” y “objeto” y de ahí el deseo de “posesión”. La posesión más importante, que nos permite imponer nuestra individualidad sobre otros, es la riqueza; la riqueza conduce al poder y éste a los títulos

y honores. El rico no experimenta grandes conflictos, en su fuero interno, para imponerse sobre los demás, a fin de que cedan ante su propia voluntad.

Pero hay un tercer elemento en el “libido”, que aún no ha sido descubierto por el psicoanálisis, pero que ha sido explicado por la filosofía Hindú. Dicho elemento se denomina “Moksha”, o sea el deseo de liberación.

Esta insaciable ansia de libertad, se manifiesta solamente cuando ya el individuo ha subyugado los otros dos deseos inferiores, el de satisfacción de los sentidos y el de dominación. El hombre que ha estrechado en sus brazos a Artha y lo ha encontrado inconsistente, se encuentra luego sumergido en un tercer conflicto: se enfrenta a “Moksha”, o deseo de llegar a la Liberación.

Es en este punto álgido de su vida, cuando el hombre se esfuerza en comprender; ya no puede encontrar satisfacción en su deseo de conocimiento, aceptando meramente la palabra de otros. Creo que son muy pocos los hombres que en el presente estado de la evolución humana, sienten hondamente esta ansia de liberación. La gran mayoría de los hombres, encuentran todavía suficiente satisfacción en “Artha” y en “Kama”, en la posesión y en la satisfacción de lo que el mundo puede ofrecerles. Mientras el cuerpo físico es joven y puede gozar de su plenitud animal, nada le es más agradable que el adornarlo, alimentarlo y el dar libre curso al placer de experimentar sensaciones agradables. Mientras la mente puede demostrar su propia superioridad sobre los demás en la posesión de medios materiales, es naturalmente, muy agradable el poseer tierras y títulos y obtener el respeto de nuestros rivales, porque sentimos satisfacción de lo que nosotros tenemos y ellos no. En el hombre, cuyas experiencias son limitadas, la única forma de experimentar el placer del dominio, estriba en cazar al animal bravío, cotejando su fuerza y su habilidad con la suya. También siente el hombre esa sensación, inocente como en los deportes, o nociva como en la pesca y en otras formas de actividades, por medio de las cuales infligimos un dolor a las criaturas vivientes, para satisfacer nuestro inconsciente deseo de superioridad.

Es así como invertimos tanto tiempo en los negocios y en el afán de obtener ganancias, en el amor puro y en el amor impuro. Es así como pasamos nuestro tiempo en vestirnos, en entretener a nuestros amigos o admiradores, siempre en constante actividad, pero también evitando cuidadosamente enfrentarlos con la verdad de las cosas, en un continuo juego de escondite, esquivando a la Realidad. Es así como pasa la vida de la mayoría de los que nos rodean. Para ellos son suficientes las simples verdades que les dan las grandes religiones, las que tratan de evitar que esas “almas infantiles” se dañen, quebrantando la Ley Divina. Lo mismo que niños a quienes se satisface con bombones, esas criaturas son lentamente apartadas de “Artha” y de “Kama” mediante promesas que les permiten esperar compensaciones celestiales. Y es que esas almas infantiles que constituyen la mayoría de la humanidad, no sienten el gran conflicto espiritual que significa “Moksha”, ignoran las emociones de esa gran lucha en busca de la liberación, lucha que deja entrever –por primera vez- al alma, la sabiduría, la fortaleza y el amor que ella encierra.

Existe hoy en la humanidad, una pequeña minoría que ya no busca a “Artha” ni a “Kama” ni aún en sus aspectos más elevados. Saben que la vida puede ser más agradable rodeándose de los refinamientos que una vida cultural puede darles; conocen las exquisitas sensaciones derivadas del estudio de la ciencia, las artes, el tierno afecto de amigos y camaradas, la búsqueda en común de un alivio a la vulgaridad y tedio de la

vida. Y sin embargo ya no buscan esas sensaciones. Ya no tienen más atractivo para ellos y es por una sencilla razón: que algo más atrayente aún, ha venido a ocupar el lugar de esas sensaciones. Han sido sumergidos en un nuevo deseo, y esa nueva sensación es lo que se llama “Moksha” o deseo de Liberación.

Una vez que este deseo se apodera de su alma, el hombre siente imperiosamente la necesidad de comprender. Primero, trata de comprender, y solo después podrá creer. La comprensión puede alcanzarla por medio del razonamiento mental con que examina los hechos, unos tras otros; puede también obtenerla como resultado de la intuición, la que emana de lo más hondo de su naturaleza. Pero el alma que ha llegado a esa etapa no puede ya contentarse con las sombras que empañan su visión, no puede encontrar satisfacción con simples normas establecidas de antemano; ella quiere y debe conocer la verdad pura, quiere vislumbrar aunque sea un pequeño fragmento de la verdad, y satisfacerse a su contacto vivificador.

Para las almas que luchan afanosas por conquistar su libertad, para las que están intensamente interesadas en descifrar el misterio de su propia naturaleza, la Teosofía trae una maravillosa iluminación. Trataré de describir cual es el mensaje de la Teosofía para aquellas almas que buscan, ante todo, no la felicidad, sino la liberación.

La Teosofía proclama que hay una gran alegría en vivir la vida, alegría que está unida a la más elevada sensación de libertad. Pero esa gran alegría no proviene de lo que recibimos, sino de lo que damos. Nuestro insaciable deseo de comprender y de liberarnos, puede ser satisfecho ampliamente. Aquí nos espera una sabiduría y una libertad espiritual, que sobrepuja todos los más grandes sueños que pueda concebir nuestra más exaltada imaginación. Pero, para alcanzar esta meta debemos ante todo, comprender ciertos hechos fundamentales. Es cierto que en los comienzos no podemos afirmar que esos hechos sean la verdad. Por el momento sólo podemos aceptarlos, como simples hipótesis.

Pero, si bien los aceptamos como hipótesis, no es menos cierto que debemos considerarlos cuidadosamente. Debemos examinarlos a la luz de nuestras propias experiencias. No debemos impacientarnos si nuestro examen es lento y laborioso. Roma no fue construida en un día y por lo tanto, ¿por qué debemos imaginarnos que la ciudadela del Cielo ha de rendirse al primer asalto? Si la verdad fuera tan fácil de alcanzar, si ella se nos entregara a nuestro primer pedido, no sería como lo es, una grande y portentosa verdad.

Si queremos comprender, debemos adquirir la paciencia característica del alpinista, que intenta escalar la cumbre vislumbrada allá, entre las nubes y trata de proseguir su ascensión sin desmayar por los obstáculos que encuentra. Lo mismo debemos hacer nosotros sin desalentarnos por más que suframos desilusión tras desilusión y fracaso tras fracaso.

Una de las grandes verdades que enseña la Teosofía, es que nosotros mismos, debemos ser, a nuestra vez, creadores. El hombre no fue creado solamente para gozar, ni siquiera de la bienaventuranza del cielo en la presencia de Dios. La función primordial del hombre es la de crear nuevas condiciones. Debe ser un agente transformador y esforzarse por modificar su medio ambiente, todo lo que le rodea y finalmente transformarse a sí mismo. Este Universo, en el cual el hombre forma una ínfima

partícula, está, todo él, rebosando de un inmenso idealismo; es como un diamante en bruto, un diamante que recién ha sido extraído de la madre tierra, y que clama ser tallado y pulido en mil facetas, para ser engarzado en un anillo y adornar una hermosa mano. Así el Universo entero clama por sufrir ese cambio, quiere cambiar ciclo tras ciclo. El Universo tiene también su “libido”, tiene también sus ansias. La Deidad que lo hizo, la Eterna Ley, que ordenó que del caos saliera un Cosmos, esa Causa primaria ha impuesto al Universo un principio de Evolución.

Nuestra gran alegría en la vida, comienza recién cuando sentimos profundamente que somos nosotros mismos los llamados a efectuar esos cambios que han sido impuestos al Universo. Tan pronto como el hombre se compenetra de que detrás de todo lo que aparentemente es inexplicable, hay un plan definido de evolución, ya no vacila más, ya sabe cual es su razón de ser. Es este plan racional de evolución lo que la Teosofía nos enseña y ayuda a descifrar. Mineral y planta, animal y hombre, razas y religiones, ciencias, artes y filosofías, todo debe cambiar lentamente, todo debe evolucionar, poco a poco, para ir revelando una parte mayor de esa grande y luminosa belleza, que escapa a nuestras miradas, pero que palpita ansiosa por expresarse en toda su magnitud.

No he mencionado todavía una verdad, la que puede aparecer, para algunos y por razones especiales, como de una importancia vital. Y es la verdad relacionada con la propia naturaleza humana. ¿Subsiste el hombre después de la muerte? ¿Conservará su memoria? ¿Será feliz o desgraciado?

Estas y otras preguntas análogas surgen inevitablemente, en las mentalidades occidentales, mucho antes de que se sienta el deseo de investigar sobre el propósito ulterior del universo.

La teología cristiana ha aterrorizado, durante tantos siglos al hombre, amenazándole con las torturas de ultratumba, que éste ha reaccionado, como un niño atemorizado, y se rehusa a creer ya en mayores amenazas para el futuro. El término medio de los cristianos está muy poco seguro de que haya otra vida más allá del sepulcro. Entre todas las supersticiones de algunas sectas cristianas, una de las más corrientes es la creencia de que el cuerpo es necesario para la vida eterna del alma. Es esta creencia nefasta, lo que hace llenar los cementerios de cristianos, con cadáveres en descomposición, y lo que es aún peor, eso vincula en forma permanente y sutil, el alma que se cree adormecida, con el cadáver que reposa bajo tierra. Tal superstición se ha infiltrado en la mente occidental formando un verdadero grillete, cuya opresión quizá solo el oriental, puede percibir de manera clara.

Para la mayoría de los orientales y especialmente, para los que militan en las filas cultas del hinduismo, lo que más nos interesa y asombra, no es la muerte, sino la vida.

Lo mismo le sucedía a Platón, quien se dio cuenta claramente de la vida del mundo espiritual, pero encontraba dificultades para la comprensión perfecta del mundo material.

La Teosofía se pronuncia, en este terreno sin ninguna vacilación. El hombre es inmortal, porque es un fragmento de la Divinidad. El Ego o el Yo que está detrás de las acciones, sentimientos y pensamientos del hombre, ese centro de conciencia que le da al hombre la sensación que se traduce por “Yo soy yo”, no pierde sus características con la muerte

del cuerpo. Todos los pensamientos, todas las afecciones, todos los recuerdos –en otras palabras, el carácter completo- del individuo subsiste después de la muerte tal como era antes. La única limitación es que ese carácter, ese Yo, no puede mover los labios para pronunciar palabras ni las manos para hacer ademanes. El corazón ha cesado de latir; la corriente que hacía accionar al dínamo ha sido cortada, pero la electricidad existe y estará nuevamente a nuestro servicio en el instante mismo en que manipulemos la llave que vuelve a establecer la corriente. La muerte influye muy poco en todo esto. La vida y la conciencia se interna en el más allá de las puertas de la muerte, pues para los llamados “muertos” así como para los vivos, los grandes problemas siguen existiendo exactamente lo mismo. ¿Es este cuerpo astral mío permanente? ¿Tengo algo más aún que es el alma eterna? ¿Llegaré con la muerte al final de mi jornada? ¿Puedo probar que soy eterno y que nunca muero? No; no es tratando de descifrar primero el misterio de la inmortalidad del hombre como podemos llegar a poseer la verdad acerca de ello.

Más bien, detengámonos un momento a examinar todo el panorama en el cual el hombre representa un punto microscópico. Examinemos primero, todo el amplio conjunto, antes de entrar a considerar el pequeño lugar que ocupa el hombre en él. Veremos entonces que el conjunto no se expresa sin el hombre y que si eliminamos el hombre como individuo, no hay panorama armonioso.

Es este concepto de que el hombre forma parte inseparable del Universo en su expansión eterna, lo que da un nuevo valor al hombre. La Teología occidental presenta al hombre como un ser creado por Dios y cuyo destino ulterior –como criatura de Dios- es ser Su servidor y cuya mayor felicidad, es el contemplar Su bondad y misericordia. Pero que el hombre es en todo sentido necesario para que se realice la Voluntad Divina, que sin la cooperación del hombre, la labor de Dios quedaría en suspenso y no llenaría su finalidad, son conceptos que faltan en las corrientes del pensamiento cristiano. Y sin embargo este concepto forma la verdadera esencia de la Teosofía. Nuestra filosofía proclama los siguientes postulados:

1. Detrás del Universo, en todas sus manifestaciones materiales e inmateriales, hay una voluntad siempre en acción. A esta voluntad se le ha denominado, como Deidad Personal: Dios, Ishvara, Allah, Ahuramazda, Jehovah y como Deidad no Personal: Dhama o Ley en el Budismo, Shang-ti o Cielo en la China, y el Logos, por los estoicos.
2. Ese Creador que plasma el Universo, lo modifica incesantemente, llevándolo hacia su perfección. Su obra no es perfecta aún; en ella existen muchas fallas e imperfecciones, pero El tiene en su divina mente la imagen de la Suprema Perfección, y trabaja hacia su realización pacientemente, edad tras edad.
3. En esta labor hacia la perfección, cada hombre es necesario. Dios no pide al hombre que solamente le adore sino que también desea que él tenga una comprensión de Su plan y coopere con El para desarrollarlo. El ha dado a cada hombre un trabajo constante y determinado; el trabajo de crear con Dios, día tras día, una nueva verdad, una nueva bondad, una nueva belleza hasta que del esfuerzo unido de Dios y el hombre, el Universo perfecto surja al fin.

El hombre no es el santo que surge del pecador, sino el hábil obrero que ha dejado de ser aprendiz. Este es el concepto teosófico de nuestro destino. El Universo y todo aquello que por destino nos rodea forman respectivamente el taller grande y el pequeño

donde debemos aprender a trabajar. Esta gloriosa labor significa nuestra salvación espiritual, si sabemos cómo trabajar.

La idea predominante, por la cual el hombre debe desempeñar su labor, es que Dios mora en él. Las estrellas en la plácida noche, la fascinación de la naturaleza, las colinas verdeantes y llenas de flores, la grandiosidad y el asombro que nos embargan ante la Visión de lo Divino, que a veces percibimos en el rostro del hombre o de la mujer que adoramos, todas esas maravillas de Dios que vemos fuera de nosotros, están también en nosotros, en nuestro más íntimo ser. Aunque caiga mil veces en el pecado, existen sin embargo en mí mismo y escondidas, las maravillas de Dios, prontas a surgir en cualquier instante. Yo pecho porque no he encontrado todavía en mi interior, esa fuerza que emana de El y que me ayudaría a resistir la tentación; mis pasiones y ambiciones me desvían del camino de la rectitud porque todavía no he percibido en todo su esplendor la luz que, en mi corazón, sería el guía seguro que podría llevarme hacia la verdad y hacia la belleza. Y sin embargo durante todo ese tiempo el Misterio Divino se realiza en mi corazón mismo aunque yo desconozca totalmente que Dios y yo somos los protagonistas de esa escena.

Este es un nuevo concepto de nosotros mismos, que la Teosofía ofrece al mundo. No somos pecadores que deban ser redimidos y conducidos a un estado negativo de estática salvación, donde nos concretaremos mentalmente a contemplar los atributos de Dios enviados a su taller para aprender el arte de la creación y para que con nuestros pensamientos y nuestros sentimientos, cambiemos el Universo de lo que es actualmente, en algo más noble y elevado. Estamos destinados, a nuestra vez, a ser creadores, debemos ser los inteligentes obreros del Divino Maestro, filósofos y artistas, para crear con El un Universo perfecto.

El primer precepto de conducta que debemos aprender, es cómo crear noblemente. Todos pueden crear puesto que cada pensamiento, por trivial que sea, produce un cambio en el Universo. Pero podemos crear aisladamente, siguiendo nuestra fantasía individual, o podemos crear en cooperación con el Plan de Belleza del Gran Arquitecto del Universo. Creamos para la eternidad desde que creamos con El. Esta es la técnica de la creación que debemos adquirir. Esta técnica no es tan difícil de aprender puesto que un niño puede hacerlo. Cada uno de nosotros, tal como es en este preciso instante, con nuestras imperfecciones y faltas, puede adquirir la técnica que requiere esta obra. Solo una cosa es necesaria: “la integridad del corazón y la inocencia de las manos” de que nos habla la Biblia.

Cada uno de nosotros debe convertirse en el “niño” al que se refería Cristo, si queremos adquirir la técnica divina. Y aprenderemos Su técnica, cuando no pidamos recibir el salario por lo que hagamos.

Si es que hay en verdad un “pecado original” con el cual nacen malditos los hijos de Adán, es únicamente nuestro deseo de recibir recompensa por lo que hacemos. Queremos que se reconozca nuestra labor, queremos alabanzas por nuestras acciones y, finalmente, por haber servido a Dios, queremos el cielo. No tenemos valor para trabajar solos antes nuestra obra, queremos recibir el homenaje de nuestros amigos, el agradecimiento de la multitud, queremos que la sonrisa misma de Dios descienda sobre nosotros y nos envuelva. El incentivo para hacer nuevos esfuerzos nos viene solamente cuando vemos los frutos de nuestra labor, cuando recogemos lo que hemos sembrado; si

no tuviéramos constantemente en nuestro pensamiento la idea de la recompensa, en cualquier forma, no encontraríamos alicientes para la acción. ¿Para qué apenarme y sufrir contrariedades a fin de poder realizar un acto, si no saco provecho de él; si no encuentro recompensa? Este es el evangelio del hombre actual; esto es lo que hemos venido aprendiendo desde la más tierna infancia.

Pero éste es el evangelio de la impureza. El fragmento de Dios, que es el alma, se contamina con todo lo que no forma parte de su esencia y la verdadera recompensa consiste, ni más ni menos, que en el retorno de nuestro yo exterior y separado a nuestro Ego. El que busca la recompensa la encuentra en miles de formas, pero nunca encuentra su ideal. Dios no dice que no debemos pedir recompensas. No solo no lo dice, sino que El las otorga si las pedimos, pero cada recompensa recibida no es más que nuestro propio rostro, que se vuelve hacia nosotros disfrazado con una nueva máscara, hasta que llega para nosotros un momento en que nos sentimos profundamente hastiados al contemplarnos a nosotros mismos. Riquezas, honores, fama, distinción, todos esos objetos agradables, cambian poco a poco su aspecto, y se transforman, adoptando el deformado aspecto de nuestro íntimo ser, esa personalidad íntima que no osamos revelar a los demás. En mil formas, muestra nuestro íntimo ser su rostro horroroso de Medusa al pedir y recibir recompensas. “¿De qué provecho será para el hombre ganar el mundo entero, si pierde su alma?”. Y perdemos nuestras almas si pedimos recompensas. El único Evangelio de la Vida para los hombres que aspiran a ser sinceramente nobles y veraces, es el que da Tennyson en su magnífico poema llamado “Recompensas”:

RECOMPENSAS

Gloria del guerrero, gloria del orador, gloria del cantante,
Pagada con un sonido que vuela y va a perderse en
[un mar infinito.

Gloria de la virtud que lucha y que combate, por
[corregir el mal.

No! Ella no aspiraba la gloria, ni era su amante!
Le da la sencilla gloria de proseguir y continuar.

La recompensa del pecado es polvo. Si la retribución
de la Virtud fuese igualmente polvo,
¿Tendría ella el valor de sufrir por la vida del gusano
[de la mosca?

Ella no aspira a las de la Bienaventuranza, ni a las
[mansiones tranquilas del justo,

Aunque por ahora el hombre me sirva confusamente,
Yo muy pronto lo traeré hacia mi Luz;

Acaso el jardinero, mientras poda los árboles,
No tiene la futura visión de ellos, cargados con sus
[flores y frutos

Para habitar los bosques dorados o acogerse al cielo
[del paraíso:

Le da como recompensa proseguir y no morir.

Así, como bien lo ha expresado Tennyson en su vuelo poético, verdadera ráfaga de intuición, es solamente aquél que crea y no pide recompensas, el que conoce el significado de la inmortalidad. Si yo pido solamente como recompensa el “proseguir y

no morir” entonces sabré, mientras mi obra creadora se mantenga en plena pureza, lo que es la inmortalidad, pues en el acto puro de la creación, el Ego universal se refleja, y como yo soy una parte de ese Ego, yo contemplo mi propia inmortalidad. No es frecuentando las sesiones espiritistas, como podré probar mi inmortalidad, ni siquiera podré probar que mi amigo vive todavía, porque oigo su voz, puesto que la voz y el golpear de las manos, representan la parte mortal del hombre, y todo ello no puede subsistir a través de las edades. La parte inmortal de mi amigo, es aquella que yo percibo en los instantes más culminantes de mi amor hacia él y al verlo así en su inmortal naturaleza, se que él forma parte de mí mismo y vivo en mí, unido a mi misma esencia. Por el amor hacia Dios sabemos que somos inmortales; por medio del culto de nuestros bien amados abrimos las puertas de aquella bendita región donde ellos y nosotros moramos eternamente.

Del mismo modo que yo, por mi esfuerzo creador alcanzo la experiencia inmediata y directa de mi inmortalidad, así pasa también con el descubrimiento de Dios. Oyendo solamente el testimonio de los demás, no conseguiremos llevar a nuestra alma hacia la Divina Visión. Dios no puede ser descubierto por medio de intermediarios; es posible que veamos como su resplandor se refleja en ellos, pero a El mismo no lo percibimos. La única manera de verlo es buscándolo en lo más recóndito de nuestro corazón, pues allí está siempre. El está representado en nuestras alegrías como en nuestras penas y El tiene un mensaje para el Universo, mensaje que debe ser transmitido a través de nuestras alegrías, como de nuestras angustias.

Yo debo por lo tanto crear con mis éxtasis, y agonías, ese monumento de Arte que revela su Propósito. Si sufro, es porque cosecho los males que he sembrado en el pasado, Dios también sufre a través mío y El edifica a través de mis penas para revelar a otros, y a mí mismo, un poco más de su maravilloso plan. Si me consagro pues a mi trabajo de creación, sufriendo no solamente por mi mismo sino también por el mundo entero poseo una mayor felicidad, llegaré a saber como es y quien es Dios. Los nombres que se le den tendrán poco valor para mí, puesto que he llegado a una etapa de la vida, donde todo se desvanece ante la Realidad.

A través de mi obra creadora iré conociendo a Dios como le aconteció durante varios instantes al compositor Haendel, cuando creó la majestuosa música del “Mesías”, quien dijo al describir su propia composición: “Yo creía ver todo el cielo ante mí, y hasta al mismo y grandioso Dios”. En esos momentos de creación, cuando nos hemos superado a nosotros mismos hasta tal punto que quedamos extáticos ante nuestro trabajo, es justamente cuando nuestra intuición tiene visiones divinas.

He usado en varias ocasiones el término “crear” para describir nuestra verdadera misión en la vida. He dicho que creo que cada hombre tiene desarrolladas las facultades artísticas de creador y es posible que se me hagan objeciones a esta afirmación, pues ¡cuán pocos de nosotros somos pintores, escultores, arquitectos o músicos! ¿Cómo –se me dirá- puede decirse que el hombre crea, si a lo sumo sólo puede aprender a apreciar las obras de arte creadas por artistas?

Mi contestación es que la “creación” no es un acto técnico reservado exclusivamente para aquellos que denominamos “artistas”. Debemos darle más amplitud a los términos “creación” y “artistas”, relacionándolos con los hechos que nos rodean. Una mañana de primavera pasamos cerca de una colina y vemos solamente las hojas verdes que

comienzan a surgir, pero unos días después al volver a pasar por el mismo lugar, encontramos el suelo tapizado de flores. Las pequeñas e insignificantes plantas, no han sido alumnas de un “estudio” ni trabajaron bajo la dirección de ningún artista, ni recibieron lecciones de técnico y no obstante, crearon obras de arte en cada hermosa y perfecta flor. Algunas veces llamamos a estos pequeños artistas “malezas” y sin embargo, cuando se ponen a trabajar demuestran poseer una técnica perfecta; son artistas. ¿Acaso no son grandes e inconscientes artistas los pequeñuelos, los niños que en sus juegos, y especialmente cuando descansan en natural abandono, adoptan posturas de exquisita gracia? Si; cada hombre, cada mujer, cada niño pueden crear hermosas cosas, puesto que un pensamiento, una emoción o una acción son creaciones y revelan al artista oculto quien, a la vista de los demás parecería ignorar la técnica de la creación. Y esto es así porque la creación es un acto, un acontecimiento en el tiempo por medio del cual el creador humano, muestra la belleza del Plan Divino y la hermosura indescriptible del Creador que concibió ese plan. Todo lo que nos rodea en la vida representa la materia en bruto, con la cual trabajamos para producir cosas perfectas; nuestras esperanzas, nuestros ensueños, nuestros pesares y nuestras desesperaciones, son los colores de nuestra paleta de artista. Solamente necesitamos un instante de inspiración que nos permita vislumbrar cual es nuestro puesto, y entonces pintaremos las vistas y emociones, las intuiciones que se van despertando en nuestro íntimo ser y por medio de las cuales percibimos y vemos.

El material para crear los colores del arco iris para el pintor; los mármoles, mazos y cinceles para el escultor; las notas, y octavas sucesivas de sonido, para el músico. Todo eso lo encuentra el artista por todas partes. Pero antes de usar este material, el artista necesita captar el rayo de la inspiración, y cuando éste baña todo su ser con la fiebre creadora, entonces se encuentra en el umbral de la eternidad.

Y así sucede también con todos nosotros. Nuestro material es inagotable; millares de pensamientos y sensaciones se apoderan de nuestro ser; cientos de actos, grandes y pequeños, irradian de nosotros día a día, pero en casi todos ellos no se vislumbra la nota del creador, porque no nos hemos dado cuenta de que somos creadores, de que somos artistas y que nuestro verdadero trabajo en la vida es crear continuamente. Debemos pues aprender la filosofía de la creación; nuestras mentes deben obtener la serenidad llegando a la certidumbre de que las intuiciones provenientes de una esfera más elevada han de venir a iluminar nuestra mente y que sepamos distinguir cuando ha llegado el momento en que la obra creadora puede ser iniciada.

Esta serenidad de la mente, serenidad que representa la verdad, puede ser obtenida de muchas maneras, pero es posible que el estudio de la Teosofía sea la mejor ayuda para lograrla, puesto que la Teosofía se prueba a sí misma, etapa por etapa; no ofrece dudas sino que ayuda a disiparlas. Las leyes de la Naturaleza, tales como las revela la Teosofía, aparecen como inevitables y tan serenas, como las leyes por las cuales los planetas giran alrededor del Sol y las estrellas pequeñas alrededor de las más grandes. El vasto plan de perfeccionamiento humano que nos revela la Teosofía trae consigo el mensaje de que la Justicia es la ley que domina en el mundo y que todo ser viviente, ya sea la planta, el animal o el hombre tienen su lugar en el vasto plan de la creación. El haber descubierto que un ilimitado Amor une a todo el Universo, y que un Idealismo indescriptible lleva a todas las cosas hacia la transformación gradual que las convertirá en un reflejo del Bien, de la Verdad y de la Belleza; este descubrimiento da al alma esa serenidad sin la cual no podríamos percibir ese inefable instante que nos da la visión de

la Eternidad. Aquel que es Teósofo, no de nombre ni de palabra, sino de hecho, no puede evitar el estar creando constantemente, una vez que se ha unido estrechamente con su filosofía. Pues es la verdad, como se dijo en Palestina, que “La Sabiduría ordenó, inteligente y serenamente, todas las cosas”.

El ver todas las cosas que le rodean como leyes reveladoras y armónicas y el transformador todas las cosas que están en él, en imágenes de belleza, esa es indudablemente, la vida del Teósofo.

No hay quizás en todo el mundo muchos lugares tan maravillosos por su belleza como Taormina, en Italia, pero al soplar el “sirocco” las nieblas se acumulan sobre el mar, ocultando al monte Etna y el Sol. Los valles silenciosos y las colinas serenas desaparecen bajo densos nubarrones. Pero una vez desaparecido el “sirocco” se vuelve a tener ante los ojos esa visión de la naturaleza que no puede ser descrita con palabras, y cuya memoria persiste como una incomparable experiencia. Tan pronto como los rayos del sol surgen sonrientes, cada hojita de yerba y cada flor canta su pequeño cántico de alabanzas y se vuelve a estar en contacto con lo que nos ha legado Grecia y que palpita todavía en Taormina; se experimenta esa inexplicable sensación de que la vida es algo noble, una alegre experiencia y que a pesar de todas las debilidades inherentes a la naturaleza humana y a pesar de todos sus pecados, el hombre es un descendiente de los Dioses del Olimpo.

Es semejante a esta experiencia de la naturaleza, posible quizás solo en Taormina, la que viene hacia el Teósofo llamándole la atención sobre el destino de la humanidad, el que concibe con más claridad, conforme va comprendiendo gradualmente las grandes leyes de la vida. Así como la atmósfera toma una apariencia sombría bajo el soplo del “sirocco”, así se nos presenta la humanidad cuando dirigimos la mirada sobre los hombres y los vemos engolfados en sus múltiples brutalidades, enlodados con sus pecados. Pero así como con la salida del sol, se eleva un himno de alabanzas en el ambiente, así también se aparece la humanidad ante la luz que arroja la Teosofía. Esa blasfemia, para con Dios cuando se le atribuye que se irrita con sus criaturas, que condena por toda la eternidad al alma que desobedece sus mandatos, desaparece para siempre de la mente y del corazón. En su lugar se eleva el concepto de la salvación universal decretada por Dios para todas sus criaturas, tanto las más pequeñas como las más grandes. El percibir con claridad, después de estudiar cuidadosamente todas las grandes religiones del mundo, que todas ellas son palabras aisladas de aquella divina frase con la cual Dios creó y crea continuamente; el ver como el Divino Plan requiere para su perfección, no una cultura Oriental ú Occidental sino todas las posibles culturas; comprender que toda ciencia, por más materialista que sea, toda filosofía por más escéptica que aparezca, todo arte, por mundano que sea, son necesarios a Dios, para que, con ayuda de todo ello, pueda hacer un llamado a la naturaleza de sus hijos, a fin de que ellos lo encuentren en si mismos. Esos conceptos de la vida, transforman el mundo para el Teósofo. Sea donde fuera él dirija sus miradas, hacia la tierra, hacia el cielo o al infierno, siempre encontrará que el Plan Divino se está allí desarrollando; observe a quien observe, ya sea un pecador un santo, un Cristiano, un Hindú, un Musulmán o un Ateo, verá que en él se está operando una creación de arte, que cambiará la imperfecta alma humana, en la imagen del Arquetipo Divino que está concebido en la mente de Dios.

El Plan Divino ha organizado su trabajo de tal manera que requiere que cada uno de nosotros contribuya con sus condiciones, -por modestas que sean- para que se realice

ese plan de creación. Algunas almas han recibido el don de la santidad: a ellas el Plan les pide pensamientos y sentimientos de devoción, éxtasis y martirios que serán testimonio de la Gracia de Dios. Pero otras almas están más capacitadas para los descubrimientos científicos o las búsquedas filosóficas; a ellos el Plan les pide que expresen leyes naturales y creen sistemas filosóficos. De las almas artísticas el Plan pide poemas, estatuas, sinfonías, creaciones en piedra o en sonido, telas de colores o movimientos rítmicos en los cuales se vislumbra la Danza de Dios.

A la multitud de hombres y mujeres que están dotados del sentimiento de amor de esposos o esposas, hijos, padres o amigos, el Plan les pide hechos de ternura y fortaleza, esos que aparentemente son triviales incidentes, como una sonrisa, un apretón de manos efusivo, son sin embargo toda una fuerza, pues dan valor a otro para que siga su camino en la vida sin flaquear y con mayor coraje. A cada uno el Plan ha dado una cualidad determinada; pide a cada uno que la desarrolle y hasta que esa cualidad no se de incondicionalmente a otros y con alegría, el Plan Divino no puede alcanzar su plena realización.

Así es como la Teosofía enseña que todo el mundo con sus múltiples actividades está vigilado por el Divino Hacedor de Leyes, el que transforma todo lo creado en belleza, desde que El es el Supremo Artista. Ya le llamemos Fuente de la Vida, Dios o Ley Eterna, y de acuerdo con nuestro temperamento sintamos atracción hacia esa Fuente o hacia el Padre o hacia el Amantísimo; ya lo interpretemos como un Orden inmutable que rige todas las cosas o como un principio abstracto de Belleza, hay un hecho innegable e indiscutible relacionado con El, y es que todos nosotros podemos descubrirlo. Es que el Plan está ansioso de expresarse a través de nosotros mismos y si nosotros nos detuviéramos solamente un instante a escuchar, El nos susurraría miles de normas de vida, de luz y de gloria. En el rincón más íntimo de nuestro corazón el Plan está operando como en la raíz y el tallo de una zarza, el principio de vida se encuentra en acción gestando la rosa que abrirá sus pétalos, aún en los días más fríos y ventosos del invierno. Eso es lo que Dante vio como un misterio de la vida, y es lo que cantó para todos nosotros como Evangelio de salvación:

“Ho’io ho veduto tutto il verno prima
Il prun mostrarsi rigido e feroce;
Poscia portar la rosa in su la cima”.

Esa Rosa que surge al finalizar el invierno es la obra de arte que el gran Plan ha escondido allá, muy adentro, en lo más recóndito de nuestro ser. Con nuestras agonías podemos levantar un monumento al dolor, que mostrará a todos, la grandeza y dignidad del sufrimiento; después de sufrir muchos años de miseria, podemos crear, con nuestra hambre, semillas para una gran cosecha que ha de satisfacer a millares. ¡Ah, si solamente en el invierno de nuestra vida encontráramos a alguien que nos revelará siquiera un pétalo de esa rosa que ha de crecer lozana en la primavera! El trágico elemento que forma parte de nuestras vidas, proviene del hecho de que aspiramos a una felicidad tras otra, mientras que, a su vez el destino desbarata nuestras aspiraciones. Es como si los árboles echaran pequeños brotes para crear flores y luego un vendaval los tronchara todos dejando a los árboles que ofrezcan solamente sus pobres y desnudas ramas sin flores. Nuestras esperanzas y aspiraciones son continuamente tronchadas por el destino. ¡Si solamente pudiéramos estar seguros de que detrás de ese Destino

inexorable se mantiene alerta una inteligencia, un propósito definido que prepara para nosotros la suprema felicidad!

Eso es justamente lo que la Teosofía revela a la razón y a la intuición. Nosotros percibimos aquí y allá destellos de lo que será nuestro futuro, de cómo llegaremos a representar ese admirable Arquetipo cuya naturaleza representa la Verdad, la Belleza y la Bondad. Lo que la deidad dice a Mefistófeles en el “Fausto” de Goethe no es solamente un hermoso pensamiento, es un hecho supremo para el estudiante de la Sabiduría Divina.

“Aunque el hombre todavía me sirva confusamente.
Yo muy pronto le atraeré a mi Luz;”

¿Acaso el jardinero, mientras poda los árboles, no tiene la futura visión de ellos, cargados con sus flores y frutos?

El elemento de fortaleza y serenidad que se encuentra en el carácter del teósofo, deriva de su comprensión de lo que será en el futuro. De acuerdo con la naturaleza específica de su Yo, cada alma revelará al mundo una partícula de la maravillosa majestad del Divino Arquetipo. El más inteligente entre los estadis; el más sabio entre los hombres de ciencia; el más profundo entre los filósofos; el más compasivo entre los santos; esas y otras perfecciones que la imaginación de los poetas y soñadores han creado para nosotros son lo que llegaremos a ser en el futuro. Cada uno de nosotros está destinado a ser ese Arquetipo Divino, revelado en el hombre.

He dicho al principio que una de las características más acentuadas del hombre, es su incesante inquietud. El hombre es llevado de impulso en impulso, buscando siempre otras felicidades que las que ha tenido. Cada sueño que realiza trae en el rostro de su felicidad la urgencia de crear un nuevo sueño. Así es que el hombre, en la larga serie de sus múltiples vidas es llevado de un plano de su ser a otro. En sus comienzos, como salvaje necesita solamente satisfacer sus apetitos físicos, pero llega a otro estado donde él pide ya otra felicidad mayor y desea las emociones derivadas de la posesión de riquezas y de la fama. Estas a su vez le son brindadas, pues la Ley del Karma ha decretado la correspondiente reacción, que ha de seguir a la acción, y por lo tanto el hombre llega a realizar cada ambición, cada plan, para el desarrollo del cual ha creado la correspondiente energía. Pero cuando el alma recoge esa cosecha de felicidades que ha deseado tanto, se encuentra ante un nuevo y agudo deseo de satisfacer, algo, que es más difícil que todo lo obtenido; desea alimento para esa insaciable hambre espiritual cuyo sufrimiento es más difícil de sobrellevar que cualquier otro. Ese estado es conocido en la India con el nombre de “Mumukshattva”; el ansia por el “Moksha” o Liberación.

Este elevado deseo de Liberación comienza a ser lentamente conquistado tan pronto como llegamos a comprender que Liberación significa Creación. Cuando estemos pronto para aprender esta lección, la vida nos la enseñará. Solamente por medio de la creación podemos llegar a ser libres. Fidias al crear el Partenón puso la planta de su pie en el camino que conduce a la Liberación. Así lo hizo también Leonidas al morir en las Termópilas dejando un nombre que inspira a todas las naciones; así lo hizo también Giordano Bruno cuya ardiente alma de divino aventurero y “heroico entusiasta” inspira

hoy a tantos miles de teósofos. Un supremo ejemplo de creación fue el de Cristo puesto sobre la cruz material y “hecho carne” para que de su sacrificio se abriera un camino que condujera a los hombres al Cielo. El sacrificó su “vida”, esa cosa que el mundo cree es la fuente de la felicidad, pero El ascendió de nuevo de entre los muertos para ser el símbolo de la eternidad de los hombres.

Así pasa también siempre con nosotros, pues, como dijo Nietzsche: “Solamente donde hay sepulcros puede haber resurrección”. Sin embargo, esa muerte no representa una agonía mayor que la que sufre el artista cuando está por crear una grandiosa obra de arte. Antes de que el artista pueda crear debe morir día a día en su vida artística; día a día debe volver la espalda a su creación que pensó era perfecta y que no se acerca nunca a sus sueños de perfección. Pero el artista acepta voluntariamente esa muerte porque está seguro de que al final de su esfuerzo, va a crear algo grande. Así también nosotros debemos llegar a comprender que la vida nos pide constantemente que renunciemos una cosa tras otra. Conquistar la certidumbre es nuestra mayor necesidad.

¿Dónde encontraremos esa filosofía de la vida que nos dará la certeza sobre todas las cosas? “Buscad y encontraréis, dice la antigua máxima. Pero algunos de nosotros no hemos encontrado todavía a pesar de que hace tiempo venimos buscando. Si así sucede, será porque hemos golpeado, pero no a la verdadera puerta. Es posible que hayamos pedido solamente con la mente, deseando comprender, o es posible que lo hayamos hecho con las emociones, deseando obtener la paz. Pero esas no son las verdaderas formas de pedir. La única forma de pedir, que se tiene en cuenta, en el reino espiritual es aquella forma que se traduce por dar, por ofrecer. Pedid solamente a la vida que os da la amplia oportunidad de daros vosotros mismos enteramente a una obra de creación, y encontraréis siempre la respuesta.

Otra vez vengo a preguntar: ¿dónde está la filosofía que necesitamos? Cada uno la encontrará en algún aspecto de la Teosofía, sea cual fuere el nombre que lleva la filosofía que acepte al fin. Yo, como Teósofo, no puedo probaros la verdad de la Teosofía. Cada uno debe indagar por sí mismo y encontrar las pruebas. Pero yo “puedo” mostraros la “belleza” de la Teosofía. Eso y no otra cosa, es lo que he estado tratando de hacer.

Consideremos la belleza de las tres grandes verdades que condensan sus enseñanzas sobre el hombre, y la naturaleza de Dios. Siglos atrás en el antiguo Egipto los instructores adeptos enseñaban a sus discípulos las tres verdades de la Teosofía.

1. El alma del hombre es inmortal y su futuro es el futuro de algo cuyo crecimiento y esplendor no tiene límites.
2. El principio que da la vida mora en nosotros y fuera de nosotros, es inmortal y eternamente benéfico, no se deja oír, ni ver, ni palpar, pero es percibido por el hombre que desea esa percepción y conocimiento.
3. Cada hombre es su único y absoluto legislador, es el único que puede crear glorias o tristezas para sí mismo, él es el único que influye en su propia vida, en su castigo o recompensa.

Aplicando esas tres verdades a su vida, cada hombre se hará el único amo de su destino. El puede encontrar la paz en sí mismo a pesar de todas las tormentas originadas por la pasión o por la duda: puede encontrar fuerzas en sí mismo a pesar de sus pasados

tropiezos y fracasos; puede encontrar la luz en sí mismo a pesar de la oscuridad que lo rodea, puesto que el hombre es en sí mismo el Camino, la Verdad y la Vida.

Pero llega a descubrir esos grandes misterios solamente si se domina, cuando deja de perderse en interrogaciones y volviendo la espalda a toda ayuda exterior, no pide nada para sí, sino que se dedica a crear y a dar.

No es pequeño descubrimiento, el saber que si Dios creó el Universo, el poder que El tiene para crear reside en nosotros mismos; que si Dios es Paz y Eterna Armonía, en nosotros está la paz y la felicidad que existe en el cielo. El saber, no superficialmente, sino con profunda e inquebrantable convicción, que cada noble sueño nuestro será llevado a cabo finalmente, es revelar en nosotros la Sabiduría, la Fuerza y la Belleza. Es este conocimiento que la Sabiduría Antigua da a todo el que lo busque.

Es ese conocimiento el que da a los Teósofos la certidumbre de la victoria final, pues basta una sola palabra para describir la Teosofía mejor que muchas explicaciones, y esa palabra es **Victoria**. El que vive de acuerdo con las enseñanzas Teosóficas se encuentra siempre triunfante aunque su destino sea tal que le obligue a vivir una vida de continuos sufrimientos. El que trata de vivir teosóficamente, ha encontrado ya algo de la paz y de la alegría de la victoria. Nosotros compartiremos toda nuestra alegría con el mundo entero. Para eso somos miembros de la Sociedad Teosófica y trabajamos con todo corazón para convertir la Teosofía en el Evangelio supremo de la vida.

(Trad. De A.A.A.)

III

LA ENSEÑANZA DE KRISHNAMURTI

Conferencia leída en la “Casa del Arte”

¿Quién es Krishnamurti? Es un joven hindú de treinta y dos años de edad y hermosa presencia, a quien algunos miran como a un gran instructor. Hace diez y ocho años, una mujer muy distinguida, famosa por su elocuencia, filantropía y filosofía, la doctora Annie Besant, Presidente de la Sociedad Teosófica, proclamó a Krishnamurti, que entonces tenía catorce años, como un futuro Gran Instructor. La doctora Besant decía que, cuando el niño llegara a hombre, se efectuaría en él una gran transformación, se anunciaba que esa transformación sería similar a la que tuvo lugar en Jesús, cuando antes de empezar su misión, se abrieron los cielos y descendió una blanca paloma, mientras una voz decía: “Este es mi Hijo Bien Amado”. Llegará un tiempo, dijo hace diez y ocho años la doctora Besant, en que Krishnamurti, el niño hindú, ya hombre, será el vehículo o canal de un misterioso maestro espiritual, llamado el Gran Instructor Mundial, y que entonces, Krishnamurti hablaría con autoridad, como lo hizo Jesús en Palestina, y como Jesús, daría grandes enseñanzas al mundo.

A raíz de esta formidable declaración de Annie Besant, millares y millares de personas se organizaron en todo el mundo para agruparse alrededor de Krishnamurti. Esos millones de personas no eran creyentes ciegos; tenía, por lo menos, un hecho sobre que basarse; y era que ese niño había escrito a los quince años, un pequeño libro llamado “A los pies del Maestro”, tan maravilloso en su significado espiritual, que antes de un año fue traducido en veinte idiomas. Si a los quince años, siendo su educación aún incompleta, y conociendo solamente una cultura, la de la India, pudo escribir semejante libro de vida espiritual, ya sea directamente por sí mismo, o como intermediario, era lógico que cuando llegara a hombre podría dar algo mucho más sabroso. Aún había más: todos los que se encontraban con el joven hindú, y aún frecuentemente aquellos que sólo veían su fotografía, sentían de inmediato que se operaba en ellos un cambio interno; era como si brillara en su interior un súbito relámpago de intuición y exclamaban: (como me aconteció a mí mismo un año antes de encontrarme con Krishnamurti) “Ecce Homo”.

Desde entonces, en los diez y ocho años, se ha ido formando un núcleo de hombres y mujeres en todas partes del mundo que esperaba, que Krishnamurti les daría un nuevo impulso espiritual.

Esas personas no pertenecían a una sola religión; pertenecían a todas las religiones existentes, o a ninguna. Esto ya era bastante significativo. En toda religión había, evidentemente, muchos que no encontraban la inspiración que necesitaban, y encontraron en “A los pies del Maestro”, una promesa de realización para sus aspiraciones. Desde que el Cristianismo enseñaba el segundo Advenimiento de Cristo, el Hinduismo la venida de un nuevo Avatar, el Budhismo la del Buda futuro, los Parsis, la de Saoshyant, y los Mahometanos la llegada del Imam Mahdi, no era difícil para las personas sedientas de inspiración espiritual, creer que el maestro cuya venida profetizaba su propia religión, podía posiblemente manifestarse por medio de Krishnamurti.

Permitidme que os explique, desde el principio, el concepto que la doctora Annie Besant y otros teósofos ofrecen acerca de los instructores mundiales. Ellos afirman que toda existencia, tanto la de los animales u hombres, como la de los ángeles y estrellas, proviene y actúa de acuerdo con un plan divino. Substancia, Vida, Conciencia, todas las cosas compuestas de estos tres principios fundamentales, cambian continuamente, transformándose de buenas en mejores, de mejores en óptimas. Cuando la ciencia moderna declara que la evolución es un hecho –que el Cosmos procede de lo indefinido a lo definido, de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo complejo- dicha verdad sólo revela el plan divino.

Una parte de este plan se refiere al progreso de la humanidad sobre este globo, la Tierra. Durante el curso de millones de años que la humanidad pasa en la tierra, transformándose por medio de la civilización desde el estado de hombre salvaje, al de alta cultura, aparecen grandes instructores para guiarla. Establecen religiones y filosofías, descubren ciencias y desarrollan las artes, todo de acuerdo con el plan Divino.

Existen en dicho plan diversas subdivisiones o departamentos de trabajo relacionados con el bienestar de la humanidad; unos dirigen la formación de las razas, la construcción de las ciudades, la configuración de nuevos territorios; otros organizan la educación y las religiones, otros guían hacia su mayor desarrollo a la ciencia, al arte y a la filosofía.

La cuestión religiosa y educacional está bajo la vigilancia e inspiración de un gran Ser llamado Instructor del Mundo.

Su conciencia se halla unificada con la de Dios, en tal forma, que puede, como Cristo, decir: “Mi Padre y yo somos uno”. Durante el transcurso de los millones de años que dura la evolución humana sobre la tierra, hay siete Grandes instructores encargados de regular el destino religioso de la humanidad. Cada uno de ellos desempeña un cometido durante un período que abarca millones de años, y cuando la parte del Plan Divino que le ha sido encargada a ese Instructor se ha completado, pasa a otro trabajo, siendo ocupado su lugar por su sucesor. Durante el tiempo en que el Instructor Mundial desempeña dicha tarea, quedan a su cargo todas las enseñanzas religiosas para la humanidad sea cual fuere su raza o su religión. Durante ese período, es la encarnación de la Sabiduría Divina, y proporciona a la humanidad tanta Luz Divina, como ella es capaz de soportar, sin quedar enceguecida. Algunas veces El mismo nace en la tierra para traer la verdad. En ese caso, establece una nueva religión. En otras ocasiones, envía a sus ayudantes, para realizar dicho trabajo. Pero todo el tiempo y mientras conserva su rol, vigila cuidadosamente el desarrollo de los esquemas religiosos a medida que se suceden, así como los de educación secolar; inspira a los sacerdotes y filósofos de todos los cultos y a los maestros de cada sistema educativo.

Durante edades pasadas de nuestra humanidad, han aparecido ya cinco Grandes Instructores, siendo muy poco lo que se sabe acerca de los tres primeros, excepto referencias en las tradiciones de los pueblos primitivos, y en las leyendas de los maestros de la Atlántida, cuyos vestigios se han encontrado entre los chinos, así como entre los indios de Norte y Sud América. Mucho más es lo que se sabe del Cuarto Instructor Mundial, que apareció diversas veces entre los pueblos arios: encarnó como Vyasa, entre los hindúes, dándoles las maravillosas enseñanzas de los Vedas y los Upanishads; fue Toth o Hermes Trismegisto, en el antiguo Egipto, donde enseñó la

doctrina de la Luz Oculta que está en el corazón de cada ser humano. Posteriormente apareció en Persia, como Zoroastro, enseñando la doctrina de la pureza. Luego apareció en Grecia, como Orfeo, instituyendo los antiguos misterios órficos, y enseñando la doctrina de la armonía por medio del amor a lo bello.

Finalmente se presentó en la India, como Buda, proclamando allí las enseñanzas conocidas por Budhismo. Todas estas diversas doctrinas por El fundadas, revelan sólo diferentes aspectos de una verdad fundamental.

Una vez terminada la labor de Gautama el Budha, el oficio de Instructor Mundial fue transmitido a manos de un Hijo Perfecto del Hombre, llamado Maitreya, cuyo nombre significa Infinita Compasión. Al comenzar su tarea, el primer trabajo que realizó fue el de enviar algunos de sus discípulos, como instructores, a Grecia y a China; los filósofos y artistas griegos, fueron, sin saberlo, inspirados para dar sus enseñanzas; Confucio y Lao-Tsé, en China, desarrollaron otros aspectos de su verdad. Luego apareció, tres siglos antes que Cristo, como el Shri Krishna de los Hindúes, dándoles esas maravillosas enseñanzas contenidas en el “Bhagavad Gita” y en algunos de los Puranas. Después de llevar ese mensaje a la India, apareció como Jesús, el Cristo, en Palestina, estableciendo allí esa forma original del Cristianismo, tan difícil de descubrir hoy día. Transcurridos seis siglos, envió a su discípulo, Mahoma, para fundar el Islamismo, y siglos después, apareció, por un tiempo en el Tíbet, como Tsong-Ka-pa, encargado de reformar el budismo de esa época, purificándolo de todos los males con que se habían desfigurado las primitivas enseñanzas.

En el mundo actual existe un gran número de religiones y una infinidad de sistemas educacionales; todos ellos están bajo su vigilancia directa, y El los guía e inspira, en la medida que lo permiten sus sacerdotes, filósofos y maestros. No fuerza su voluntad sobre ninguno de ellos. Solamente aguarda la oportunidad de poder inspirarlos.

En este proceso tendiente a fundar religión tras religión, ¿qué es lo que hace necesarias las nuevas religiones? La respuesta es sencilla: tal es la necesidad de la humanidad. Esta necesidad puede responder a dos causas primordiales: primero, cuando una de las religiones existentes se ha convertido en simple forma ceremonial, carente de espiritualidad, en una tiranía del sacerdocio, o en un apoyo para las injusticias sociales, manteniendo bajo su dominio el espíritu de los hombres: o, en segundo lugar, porque han surgido condiciones totalmente nuevas dentro de la civilización, las cuales no pueden seguir siendo influenciadas por ninguna de las religiones existentes.

Cuando algunas de estas causas prevalece, entonces el Instructor Mundial envía al mundo un nuevo impulso de vida espiritual. Semejante impulso puede ser dado a una sola religión, como sucedió cuando el Maestro inspiró a San Francisco de Asís, la purificación del Cristianismo; o, puede ser para todo el mundo, cuando El viene a establecer una nueva religión.

En este trabajo suyo, podemos reconocer claramente que la fundación de una nueva religión por el Instructor Mundial, no significa la desaprobación de todas las religiones existentes. Viene, naturalmente a aportar una nueva verdad necesaria a la humanidad, pero también, en lo posible, a fortificar las antiguas verdades religiosas. Muchas veces, - a menos de haber estudiado una gran filosofía, como lo es la Teosofía- las diversas religiones parecen contradecirse unas con otras. La realidad es otra: no son excluyentes,

como no lo son, en el espectro solar, el rojo y el azul. Son solamente los fanáticos quienes desean perseguir a los demás, porque sólo ven un color y no comprenden que otros pueden estar viendo diversos colores, que tanto como el suyo componen la luz blanca del rayo solar. El hombre verdaderamente espiritual, aún cuando prefiera determinado color, aceptará inteligentemente los demás colores, y tratará de aprender qué es lo que traen en su mensaje.

¿Es actualmente Krishnamurti, el mensajero del Instructor Mundial? ¿Tiene algo nuevo y maravilloso que dar al mundo? ¿Hay acaso algo grande en él, o es solamente una ilusión de sus partidarios? Si en realidad él es otro aspecto de lo que era el Cristo, entonces, seguramente todos, aún los cristianos, le escucharán. Es deber de ellos estar libres de todo prejuicio, aún de sus pasadas ideas, derivadas de las enseñanzas sacerdotales, y aún de las mismas escrituras, para poder comprender la nueva revelación de Cristo. Pero, naturalmente, si Krishnamurti no es sino un joven hindú, aún cuando el asunto pueda ser interesante, no tendría vital importancia. Este es el gran problema que tenemos delante; cada cual debe resolverlo por si mismo, tratando de reunir todos los hechos necesarios para poder juzgar.

Primero: ¿cómo es Krishnamurti? En cierto modo, es completamente diferente de lo que podríamos haber esperado según las viejas tradiciones. Sabéis muy bien que en el cristianismo hay una marcada tendencia a creer que la pobreza es imprescindible para llegar a la espiritualidad. Se dice que los ricos tienen dificultades especiales para poder entrar en el reino de los Cielos. Por eso, los cristianos primitivos, muchos de los cuales eran esclavos, exageraron enormemente el valor de la pobreza. Se dice que en la Edad Media, la iglesia cristiana quemó a cierto entusiasta por sostener que la “limpieza estaba muy próxima a la Devoción”, considerándolo como un revolucionario que predicaba una peligrosa herejía. Esta superstición de que el desaseo es necesario para la santidad, se encuentra también frecuentemente en la India.

Hay cierto proverbio del Panjab que dice que hay tres cosas que están mejor cuando están sucias: el cielo, porque anuncia lluvia, la tierra, porque cuando está abonada es más productiva, y el Santo.

Krishnamurti, sin embargo, contradice por completo esas viejas tradiciones que creen que la pobreza y la suciedad son factores esenciales para llegar a ser un instructor espiritual. Es pobre en el sentido de que sus necesidades son pocas y simples, y que no tiene ningún apego por las cosas que le proporcionan sus amigos, pues él no tiene ni dinero ni propiedades. Es cierto que se viste bien; pero si es necesario vestirse, ¿por qué no hacerlo bien? Naturalmente que el culto del vestido puede llegar a ser una superstición; pero del mismo modo pueden llegar a serlo la pobreza y el abandono. Para Krishnamurti no son las ropas lo que importa, ni lo que poseen los hombres como riquezas, tierras, casas o automóviles. Es el corazón del hombre, lo que constituye la verdadera muestra de su valer. Un rico puede ser dueño de varios millones, y sin embargo, estar completamente desapegado de ellos y tener el corazón de un ermitaño. Un pobre puede pasarse la vida haciendo planes para ganar dinero, y está de ese modo completamente apegado a todos los males que el dinero, usado malamente, puede proporcionar. Para Krishnamurti, no tienen ningún valor en sí, ni la pobreza, ni la riqueza. Es el hombre lo que importa y no las cosas exteriores que le rodean. Para Krishnamurti lo esencial es la simplicidad de mente y de corazón y el perfecto refinamiento del carácter. Un pobre puede poseer ambas cosas, no obstante sus

limitaciones materiales; pero esto no quiere decir que el hecho de ser pobre lo colocará más cerca de la entrada del Cielo, ni que el ser rico es un obstáculo infranqueable para seguir en el sendero divino. Lo que tiene importancia, sobre todo, es lo que uno construye con la espiritualidad, y no la riqueza o la pobreza.

Krishnamurti no tiene ninguna de las tradicionales características del Santo. Se viste, corrientemente como todos los hombres de su época. (Permitidme recordaros que las vestiduras con que imagináis a Jesús, tal como aparece en cuadros y figuras, no son sino el traje común de los Judíos de Palestina, y que, en su época, no se diferenciaba, como hoy, por llevar esa indumentaria, que muchos creen característica del Maestro). Krishnamurti se viste en la India como cualquier hindú, pero tiene una preocupación de la limpieza de su persona y de sus ropas, mucho mayor que la de cualquier hindú ortodoxo. Es por eso, que nuestras muchedumbres hindúes encuentran grandes dificultades para aceptarlo como hombre santo. Les parece que tiene un aspecto demasiado seglar. Naturalmente no sucede lo mismo, cuando le oyen hablar, pues nuestras masas que son sumamente sensitivas, sienten, a pesar de su prejuicio contra la limpieza y meticulosidad, que él es, ciertamente, de una santidad extraordinaria. Cuando se pasea entre ellos, sonriente y conversándoles con dulzura como lo haría un amigo perteneciente a una casta superior, comprenden que no es como las demás personas. Lo mismo sucede en Europa y Norte América, cuando Krishnamurti viaja vestido a la europea, pero sin embargo, muchos se dan vuelta a mirarle impresionados por su rostro de finos rasgos. Habla inglés y francés corrientemente y tiene una personalidad intensamente vibrante: es “distinguido” en la verdadera acepción de la palabra. Es un buen “tennisman” y entusiasta jugador de “golf” así como experto conductor de autos. Es “objetivo” y no un soñador, siendo en su completa identificación con la vida, enteramente lo contrario de lo que por lo general se cree deben ser los santos.

Y sin embargo, hay millares de personas, tanto en Europa, como en la India o en los Estados Unidos, que ya lo miran como a un gran Maestro. En Mayo de este año, dio una conferencia en el famoso anfiteatro de Los Angeles, llamado “Hollywood Bowl”, a la que asistieron quince mil personas; cada verano, se reúnen en el Campamento de la Estrella, en Holanda, millares de personas procedentes de todos los países del mundo, que viven en carpas durante una semana, tratando de comprender sus enseñanzas espirituales. Y eso que no tiene sino treinta y dos años, pero recordemos que esa era también la edad de Jesús cuando daba sus maravillosas enseñanzas ...

Un rasgo notable de la personalidad de Krishnamurti es la atracción que por él sienten los niños, que en todas partes le rodean como bandada de pajarillos. Tanto los niños hindúes, como los ingleses, franceses o americanos, sienten hondamente la atracción que sobre ellos ejerce Krishnamurti, quien aprovecha todas las oportunidades que se presentan para estar con sus pequeños amiguitos.

Cierta vez, en la India, donde los chicuelos de las cercanías de Adyar acostumbraban a asistir regularmente a sus conferencias a pesar de que muchos de ellos no comprendían ni una palabra de inglés, Krishnamurti les preguntó, con esa dulzura que lo caracteriza: “¿Y para qué venís? ¿No os aburrís?” Y los pequeños contestaron vivamente: “Oh, no señor, no es nada aburrido; nos gusta mucho mirar vuestro rostro”. Krishnamurti tiene una gran perspicacia en cuestiones educacionales, y ya, a los diez y siete años escribió un librito estupendo sobre educación, titulado “La educación como servicio”. Justamente, ahora, un gran número de sus ayudantes hindúes, jóvenes de ambos sexos,

son maestros de diversas escuelas, y el mismo está planeando instituir en Benarós una escuela modelo, para llevar a cabo sus ideales.

¿Qué es lo que enseña Krishnamurti? Aún cuando éste es el tema de mi conferencia, experimento una fuerte vacilación, antes de daros siquiera un resumen de sus enseñanzas. Y al hacerlo titubeo, porque estoy seguro de que en cierto modo, podré desfigurar sus ideas, a pesar de que soy uno de sus amigos más íntimos y he estado viviendo y trabajando con él durante estos últimos diez y ocho años. Sus ideas son totalmente diferentes de lo que uno esperaba. No expone la Teosofía, aunque desde niño ha vivido entre teosofistas, ni predica el hinduismo, si bien en sus enseñanzas está implícita la ley de Karma y la Reencarnación. No utiliza ningún término religioso, es completamente nuevo en todos sentidos, y crea sus propias imágenes mentales, con nuevas formas de pensamiento. En este caso bien puede decirse, no que nos de “vino nuevo” en odres viejos, sino que nos ofrece un vino nuevo en odres enteramente nuevos. Es por esto, que todas las personas que se interesen en el mensaje de Krishnamurti, deben leerlo directamente. Ay algo en sus palabras que cada cual debe descubrir por sí mismo y que no puede darse a través de la mente de cualquier otro. siento una gran vacilación al querer haceros conocer las ideas de Krishnamurti, por temor de no daros la verdadera expresión. Sin embargo, trataré de hacerlo lo mejor que pueda. Antes que nada, es necesario recordar que hace solamente dos años, que ha comenzado a hablar como maestro. Tenemos pues sólo el principio de su mensaje. Cristo enseñó durante tres años; Budha durante cuarenta y nueve; será pues solamente cuando Krishnamurti nos haya dejado, y especialmente cuando hayan pasado varias generaciones, cuando se llegará a comprender plenamente el significado de su enseñanza. Por el momento, estamos demasiado cerca suyo y no estamos capacitados para ver en su totalidad la verdadera obra que trata de crear.

Primeramente, vemos que Krishnamurti insiste en que no debemos seguir ciegamente a ninguna autoridad externa, en nuestra búsqueda de cosas espirituales. Los sacerdotes, las iglesias, los maestros, son sólo “muletas” que nos ayudan; a andar; pero si queremos caminar con paso rápido debemos hacerlo con nuestros propios pies, haciéndonos lo suficientemente fuertes como para no necesitar sino de nuestra luz interior. Krishnamurti siente profundamente, que cada hombre es para sí mismo “el Camino, la Verdad y la vida”. No utiliza exactamente estas palabras, pero ese es su pensamiento. Todo hombre que trata de conocer lo que es realmente la Vida, debe marchar solo; el verdadero significado de la Vida no podrá ser conocido por medio de ninguna tradición, aún cuando sea la tradición de vuestro propio instructor espiritual. Krishnamurti insiste especialmente, en que no ha venido a fundar una nueva religión; pues lo que él desea hacer, es enseñaros a abrir las puertas de vuestros corazones y de vuestras mentes, para mirar la vida de frente, directamente, con vuestros propios ojos. No quiere aceptar seguidores ni ciegos partidarios, aún cuando ve con agrado que exista la Orden de la Estrella, encargada de difundir sus enseñanzas. Pero, lo repite una y otra vez, no pretende instituir un nuevo culto, porque para él, todos los cultos participan del mismo mal supremo, y es, que obligan a los hombres a aceptar la autoridad de otro.

Las enseñanzas actuales de Krishnamurti son una especie de desafío. No ataca nada, pero plantea a cada oyente una pregunta. ¿Por qué si sois hindú, creéis en los Vedas?, pregunta a sus compatriotas. ¿Por qué sois católicos, protestantes o ateos? ¿Por qué creéis en esta o aquella filosofía? Continuamente nos dice que todos tenemos un gran

vicio que consiste en aceptar la idea que nos es más cómoda, sin tratar de descubrir honestamente si esa idea es verdadera.

El hindú ejecutará diariamente una serie de ceremonias sin significado alguno, no porque sepa que sean eficaces, sino porque el no creer en ellas le reportaría una serie de incomodidades y un profundo desasosiego.

La raza blanca cree firmemente en su superioridad sobre las razas oscuras; los ingleses están convencidos de que el Imperio Británico está bajo la dirección de Dios, los americanos que representan el futuro y no el pasado, en la realización humana, y así por el estilo, tienen una u otra convicción profunda, pero ninguno de los que las tienen arraigadas, la discute. Es muy cómodo creer. Krishnamurti, puedo asegurároslo, pone en duros trances aún a los teosofistas, discutiendo con ellos y provocándolos.

Krishnamurti lanza un desafío aún más significativo a todos los reformadores del mundo. Felizmente para el mundo, hoy el número de reformadores e idealistas está aumentando en grandes proporciones. Ya tenemos infinidad de sociedades para propagar enseñanzas idealistas; unas se encargan de la ayuda de los pobres, los niños o los animales; otras se preocupan del arbitraje internacional, de la paz mundial, o en apoyar a la Liga de las Naciones; la Sociedad Teosófica, que yo represento, trata de desarrollar el espíritu de la Fraternidad Universal. Hay idealistas a millares, y sin embargo, a pesar de todos nuestros esfuerzos y trabajos, nuestra efectividad fracasa lamentablemente, ante nuestros propios sueños. Krishnamurti no explica la razón porque seguimos una dirección equivocada, para perfeccionar el mundo; la Edad de Oro no llegará a ser una realidad, porque aumenten las sociedades que preconizan nuevos aspectos del idealismo. Krishnamurti nos dice que hemos olvidado o ignorado una verdad vital, y es que: “el problema individual es el problema mundial”. Es decir que según el individuo, así será lo que le rodea y así será el mundo. No es por medio de sociedades en favor de la Paz Mundial, ni aún por medio de una Liga de las Naciones más fuerte y bien organizada como se podrá llegar al desarme universal. Cuando haya paz en el corazón de todos los hombres, ninguno soñará con guerras y armamentos. Generalmente los idealistas tratamos más bien de ayudar a nuestros semejantes que de perfeccionar nuestro propio carácter. No se nos ocurre que nuestros vecinos pueden necesitar que seamos mejores vecinos. Siempre estamos tratando de salvar el alma de nuestro hermano, sin darnos cuenta de que la mejor manera de ayudarlo e inspirarlo es corrigiendo nuestros propios defectos. Una y otra vez Krishnamurti nos repite esto con verdadera insistencia: Encontrad primeramente vuestra vía de salvación, y entonces recién podréis salvar al mundo.

Observaréis, pues, por la importancia que da al individuo, el que por ejemplo, no debe seguir ninguna autoridad o culto exterior, sino que debe desarrollar su propia naturaleza, que Krishnamurti ve el supremo valor del individuo, como parte integral de la vida.

Y es porque el individuo tiene dentro de sí mismo “el Camino, la Verdad y la Vida”, por lo que Krishnamurti declara que la humanidad está siguiendo una dirección equivocada en su búsqueda de la felicidad. Todos desean ser felices, es cierto, pero ¿cómo se cree que puede alcanzarse la felicidad? Siempre del exterior, es la convicción corriente. Necesitamos poseer muchas cosas externas para ser felices; amigos que nos sonrían complacientes, rodearnos de circunstancias favorables, de comodidades sin cuenta: esta es nuestra creencia. Y este credo tratamos de llevarlo al hogar y forma parte integrante

de nuestra vida económica. La industria con sus máquinas de toda clase, produce infinidad de cosas, que nuestros abuelos ni soñaban y que hoy nos son imprescindibles para todo hogar confortable. Ventiladores, estufas o refrigeradores eléctricos, y una serie de aparatos mecánicos que nos hagan ganar tiempo o nos sirvan de diversión, como los teléfonos, gramófonos, radiolas, etc. Nuestra vida se está haciendo opresiva a fuerza de ir aumentando cada vez más nuestras necesidades. El chicuelo que anda en bicicleta sueña con tener una moto; el propietario de un Ford, no está tranquilo hasta que no pueda comprar un Essex, un Lincoln, o un Rolls Royce.

Queremos ser elegantes, a fin de parecer señores y que no se nos confunda con nuestros criados; por lo tanto cada vez necesitamos mayor número de trajes y las señoras una colección de vestidos dobles o triple. Todo el tiempo estamos ansiando la felicidad y pensamos que ella puede venirnos desde el mundo exterior.

Pero, nos dice Krishnamurti, el Reino de la Felicidad está dentro de nosotros, y no fuera. Para nosotros comienza la verdadera felicidad una vez que empezamos a descorrer los velos de la ilusión que tenemos ante nuestros ojos. Pero nosotros nos estamos siempre ilusionando, por no decir hipnotizando, con las ideas suministradas por las tradiciones y las personas que nos rodean, o por nuestro medio ambiente. Para ser espirituales, nos dice el sacerdote, es necesario ir a la iglesia o al templo; y así buscamos a un Dios que viva más en la iglesia o templo que en nosotros mismos. Si queréis respetaros, se os dice, recordad que sois americanos o brahmanes, ingleses o chinos; y de ahí surge ese orgullo de raza o de familia, esa proclamación de los héroes nacionales, de las victorias o batallas de su país, por encima de todo, sin que se reconozca que si uno perteneciera a cualquiera otra raza o nación, podría ser tan bueno o tan malo como lo es actualmente.

La fuerza, la satisfacción y el respeto de sí mismo, son las principales virtudes que hoy aspira a tener la humanidad, esperando que ellas vengan desde el exterior.

Este es un modo equivocado de pensar, nos dice Krishnamurti. El misterio de la felicidad es perfectamente sencillo, y la manera de alcanzarla sumamente clara y directa. La Felicidad viene de la visión de la “Meta”, del futuro en el cual viviréis los goces y alegrías de la Liberación. Esta liberación, es la completa libertad de toda tristeza, la maravillosa unión con la Vida en toda su grandeza, que es lo que se llama Moksha, Nirvana, Salvación, y cuya felicidad todos podemos alcanzar. Pero para ello debemos buscarla ardientemente nosotros mismos, pues ninguna otra persona podrá jamás dárnosla.

Todos los hombres, sea cual fuere la fe a que pertenezcan, o la condición de sus vidas, ya sean ricos o pobres, sanos o enfermos, pueden llegar a alcanzar esa visión de la Meta. Y es esta visión lo que transforma al individuo, enseñándole por vez primera a comprender claramente esa indiscutible verdad, de que el Reino de la Felicidad está dentro de sí mismo, y que nunca podrá encontrarlo en las posesiones del mundo externo. Pero ninguna escritura sagrada podrá conducirlo a esa Visión, ningún Maestro será capaz de llevarlo de la mano adonde dicha Visión puede ser contemplada. Cada hombre, por sí mismo y para sí mismo debe ser esa Visión.

Lo que es en realidad esa Visión, no lo dice Krishnamurti, salvo que es la satisfacción de todo sueño, la suprema felicidad a que aspira todo ser humano. Ciertamente es, que la

enseñanza de Krishnamurti recién está en su comienzo y que hasta ahora sólo nos ha dado un esquema general. En sus discursos, y especialmente en sus deliciosas poesías, trata de hacernos comprender lo que es la Meta. Pues Krishnamurti es un poeta, un cantor, y sus poemas nos llevan un poco más cerca de ese maravilloso éxtasis en que él vive. La fuente de ese éxtasis, -lo que Cristo llamó el Padre, Mahoma, Allah, o los hindúes denominan Brahman,- tiene en labios de Krishnamurti un nombre familiar. Budha, que nunca predicó la creencia en un dios personal, lo llamaba Dharma “La Ley”, así como Confucio, para quien un dios Personal era algo completamente vago, lo llamaba Shang-ti, “El Cielo”. Sin embargo, Krishnamurti, a pesar de ser hindú, no usa jamás la palabra Dios, para denominar a esa fuente de ultrínima felicidad y realización. La llama “El Amado”.

Eso tal vez parezca extraño, pues nosotros llamamos “Amado” o “Amada”, a la persona que más queremos en el mundo, pero no a Dios. Quizá nos parezca, en cierto modo, sacrílego acercarse y querer tanto a Dios, como para poder llamarlo “Amado”. Los cristianos prefieren llamarle “Nuestro Padre”, pues piensan que una relación filial es más reverente que la que existe entre amante y amado.

Pero ¿acaso se dan cuenta los cristianos de que el llamar a Dios “mi Padre” y al hablar de “vuestro Padre en el Cielo”, o “Padre Celestial” pudo haber parecido a los juicios de aquella época un lenguaje muy extraño, en boca de Jesús? Hasta la fecha de Cristo se llamaba a Dios, “el Señor”; apenas si encontraréis en el Antiguo Testamento una docena de veces, en que se le llame “el Padre”, pues siempre se le llamó “el Señor”. Pero Cristo llenó el vacío que existía entre Dios y el hombre, tendiendo un puente entre lo superior y lo inferior; Cristo puso a Dios más cerca de los hombres, utilizando un término de uso familiar, que encerraba un profundo significado de respeto y reverencia.

Lo mismo sucede con Krishnamurti. Para el verdadero místico, Dios es el “Amado” tanto como el Señor y Maestro, Krishnamurti, al suprimir la palabra Dios, poniendo en su lugar el “Amado”, acerca, a mi entender, mucho más las verdades espirituales. Creo también, que millares de personas preferirán poder utilizar otro término, para designar lo más elevado, que no sea la palabra Dios, ya que la civilización moderna ha desprestigiado esta palabra. ¿No ha sido acaso en nombre de Dios, que los cristianos emprendieron las más cruentas guerras, durante las Cruzadas, matando por millares a los mahometanos? ¿No fue en nombre de Dios que, los mahometanos, a su vez, pelearon encarnizadamente, para exterminar a los infieles? ¿No fue en nombre de Dios, que la Iglesia Romana, utilizó todos los terribles suplicios de la Inquisición, quemando en la hoguera a los llamados herejes? ¿No es en nombre de Dios, que los prelados de la época actual, bendicen las banderas de los ejércitos nacionales, que van a matar a sus semejantes en las formas más crueles? Si en lugar de obrar de ese modo en nombre de Dios, tuviéramos que hacerlo en nombre del “Amado”, creo que pensaríamos dos veces, antes de cometer las terribles crueldades que no titubeamos en hacer en nombre de Dios. Porque nuestro amado, es para nosotros, una cosa real, y no un símbolo, como lo es Dios, para los millones de seres que lo invocan solamente con sus labios, arrodillándose de acuerdo con las tradiciones religiosas.

Un hecho verdaderamente significativo y característico de las enseñanzas de Krishnamurti, tuvo lugar este año en Allahabad, India. Durante una reunión pública, cierta persona del auditorio le preguntó: “¿Habéis visto a Dios?”. La pregunta era típica de lo mejor y lo peor que tiene el pensamiento hindú. Porque si es que hay un Dios del

Universo, ¿quién podría verle? Sin embargo, es tan grande la reverencia que despiertan los hombres santos, por ignorantes que sean, que si uno de ellos llegara a anunciar que en realidad ha “visto” a Dios, la gente lo creería sólo por su palabra. En la India, hay mucha superstición, al lado de sus magníficas filosofías. Krishnamurti, no contestó la pregunta, por ser demasiado personal y porque es opuesto completamente a influenciar las mentes de los demás con declaraciones “ex-cátedra” que, siendo ellos supersticiosos, las creerían ciegamente. Sin embargo, como el que hizo la pregunta insistiera, repitiendo “Ha visto usted a Dios?”, Krishnamurti acabó por replicar: “Sí, pues lo he visto a usted”.

Según Krishnamurti, esa visión del Amado, es el comienzo de la felicidad, de la verdadera liberación –el Moksha, como le llaman los hindúes, el Nirvana, de los Buddhistas,- es la unión con el Amado. Una y otra vez, Krishnamurti canta, en sus magníficos poemas: “Mi Amado y yo somos Uno”. Quiere que cada uno de nosotros vaya en busca del Amado, y llegue a esa perfecta unión. Pero esto no puede conseguirse escapando de la vida y sus deberes. En este punto Krishnamurti es muy preciso e insiste continuamente. No divide la vida en dos mitades, una buena y otra mala. No. La Vida es Una, nos dice, y si la dividimos arbitrariamente, de acuerdo con nuestras tradiciones, tratando de escapar a la parte que llamamos el mal, perdemos el verdadero significado de la Vida. Todas las experiencias tienen su valor; no debemos ser cobardes; debemos aceptar la vida, tal como se presenta, aún cuando no nos dé sino cruentas agonías. Durante el gran Congreso realizado este año en Ommen, Holanda, el Mensaje de Krishnamurti, giraba sobre este tema: “Enamoraos de la Vida”.

Esto no quiere decir que debemos perder todo sentido de proporción, cometiendo toda clase de excesos, sino que debemos ser tan intelectualmente libres, y tan amplios emocionalmente, en nuestras simpatías, que lleguemos a reconocer que la Vida, si sabemos reaccionar sabiamente, puede llegar a ser un medio de liberación.

No aconseja que nos retiremos a un monasterio, como tampoco aprueba la limitación de todos nuestros intereses a una sola esfera de actividades, como ser los negocios, la religión o las diversiones. No es bueno huir del sufrimiento, sino que debemos estar “enamorado de la vida” y aceptarla tal cual es, si queremos alcanzar la Liberación.

Krishnamurti acepta la doctrina de la Reencarnación. Declara que sabe, por experiencia personal, que la Reencarnación es un hecho, y naturalmente, acepta lo que no puede separarse de la Reencarnación, esto es: la Ley del Karma, que nos dice que cada cual recogerá lo que ha sembrado. Acepta también las conclusiones lógicas de ambas doctrinas, pues tanto la del Karma como la de la Reencarnación, nos enseñan que las almas humanas no están todas en la misma etapa evolutiva, y que unas pueden alcanzar la Liberación, de inmediato, mientras otras la alcanzarán, solo cuando sus caracteres se hayan purificado mucho más. Pero no se detiene en esas doctrinas. Lo más significativo es que, aceptando la idea de la evolución del alma humana por etapas, por medio del proceso de la Reencarnación, introduce una profunda modificación en el concepto evolutivo. Es cierto que el alma progresará y se irá perfeccionando, a medida que transcurra el tiempo, pero Krishnamurti dice, que en nosotros está el poder milagroso de “abolir el sentido del tiempo”. Pues, aún para las más jóvenes, el tiempo, como tal, cesa de existir, si es que luchan valientemente, por llegar a la Meta. Nada importa el tiempo que se tarde en llegar. Lo que tiene verdadera importancia es la claridad de la visión, la percepción de la finalidad hacia la cual todos nos encaminamos. Porque si podemos ver

esa meta, si percibimos algo de su gloria y potencia, llegará ese algo, llegará hasta nosotros, aún cuando seamos principiantes y estemos solamente en el comienzo de la jornada. Ese es el gran milagro que Krishnamurti desea realizar, en beneficio de toda la humanidad: llevar a las vidas de todos los mortales –sean pobres o ricos, cultos o ignorantes, sanos o enfermos- la alegría y la fuerza de esa Liberación, que él ha alcanzado y que es el destino común reservado a todas las almas.

Hacer que el futuro sea el presente, es un trabajo que todos pueden realizar. Y, desde el momento en que todos, a pesar de sus diferencias de cultura, pueden alcanzar, desde ahora, la gloria de la Liberación, todas las divisiones humanas, en blancos y negros, hombres y mujeres, cristianos e hindúes, pierden absolutamente su significado, agrega Krishnamurti. Así, como las hojas de un libro, cuyas páginas se van pasando una a una, Krishnamurti va vertiendo sus más íntimas convicciones, en libros, poemas, y discursos. Aquel que le haya oído, siquiera una vez, ya no puede olvidarlo. Joven, hermoso, vibrante de vitalidad y entusiasmo, derrama, o más bien irradia un poder tan formidable, que sacude profundamente a muchos de sus oyentes; nos hace el efecto de que no habla con sus labios, a nuestros oídos, sino más bien que establece un contacto de mente a mente, de intuición, de espíritu a espíritu. Millares de oyentes, le escuchan en todas partes, y quedan convencidos, si no de que sea, como muchos lo pretenden, el Instructor Mundial, de que por lo menos es un maravilloso maestro de las cosas del espíritu, profundamente individual y único. Porque él no utiliza las frases tradicionales que existen en cualquier religión; no, él crea nuevos símiles, nuevas imágenes, y ofrece una visión de las posibilidades humanas, en forma completamente novedosa y original. Krishnamurti no sigue ninguna tradición y esto es una de sus maravillas.

¿Pero, acaso lo que él dice, no ha sido ya dicho antes? Si, y no. Si, porque sólo hay una vida espiritual para toda la humanidad, y todos los grandes maestros han descubierto sus secretos, y, por lo menos algunos de ellos, han sido revelados. Cuando Krishnamurti proclama que dentro de nosotros está “el Camino, la Verdad y la Vida”, solamente reafirma la eterna verdad, que nos concierne, y que olvidamos de continuo. Pensad, un poco en lo que sucedió en Palestina.

Para los judíos, la mayor felicidad que podía alcanzarse en la vida, era la venida de aquello que llamaban “el Reino”, pero pensaban en él de un modo absolutamente material. Después de que viniera el esperado Mesías, cada Israelita soñaba con ser un pequeño rey, que dominaría a los gentiles en cualquier rincón de la tierra. Los Judíos, oprimidos por Babilonia y por Roma, suspiraban por el “Reino”, como si fuera terrestre.

Vino Jesús, y derribó todas las aspiraciones políticas de los judíos, contradiciendo sus tradicionales ideas acerca de felicidad, al decir: “El Reino de los Cielos, está en vuestro interior”.

Lo mismo sucedió en la India, cuando, seis siglos antes de Cristo, empezó Budha a dar sus enseñanzas. Los hindúes tenían infinidad de escrituras sagradas y diversas filosofías. Había una cuestión considerada por todos, como la clave para la comprensión de la vida espiritual. Y era ¿qué es el Dharma? Dharma significa tanto Deber, como Ley Divina. Si un hombre comprende cuál es la voluntad de Dios, conocerá cual es su Dharma, o Deber. En esa época, los sacerdotes brahmanes de la India afirmaban: “Dharma es esto: venir a los templos y mirarnos a nosotros como los intermediarios entre los dioses y vosotros; Dharma quiere decir, ejecutar tal o cual rito; Dharma, es ir en peregrinación a

este o aquel santuario; Dharma es recitar las plegarias tradicionales, antes de bañarse, antes de comer, de mañana, a medio día y a la puesta del sol; Dharma es hacer lo que os decimos que hagais, porque solamente nosotros podemos revelaros el Dharma”.

(Cómo podrán apreciar los católicos, esto es lo mismo que enseña la Iglesia, esto es, que ella –y no las enseñanzas cristianas de la Biblia- es la verdadera guardiana de la Divina Voluntad, tal como debe hacerse en la tierra). Pero más tarde apareció el Buddha y espiritualizó el concepto corriente del Dharma, diciendo: Está dentro de vosotros, y no afuera. Vivid de acuerdo con vuestro Dharma, pero no creáis que el Dharma se descubre por medio de ritos religiosos o plegarias, sino únicamente, vigilando vuestras palabras, purificando vuestra mente, e irradiando compasión hacia todos los seres vivientes. Buscad lo que buscáis en lo interno, id a lo interior, adentro de vosotros, dijeron tanto Buddha como Cristo.

En la época actual ya no buscamos el Reino, ni tratamos de comprender cuál es nuestro Deber. La vida moderna ha creado infinidad de necesidades, la competencia actual es tan grande, que los débiles se dan de bruces contra el muro formado por el egoísmo humano. No estamos seguros de que haya otra vida, tras la tumba, y por lo tanto nuestro instinto nos lleva a disfrutar de nuestras pequeñas felicidades, lo más rápidamente posible, antes de que el cuerpo envejezca y de que la muerte termine con todo. “Quiero ser feliz”, es la exclamación que se oye en todos los labios. Ya no decimos “Quiero comprender la Voluntad Divina”, o “quiero salvarme”. En todas las acciones que ejecutamos diariamente, nuestro invariable pensamiento es “Quiero ser feliz”. Bien, pero ¿cómo hemos de alcanzar esa felicidad? ¿De dónde nos vendrá? Del exterior; estamos convencidos de ello. Deseamos tener dinero para vivir mejor, para vestirnos mejor, para viajar, para comprar casas o autos, aparatos de radio o cualquier otra cosa que nos distraiga o divierta. Por eso somos ambiciosos y queremos triunfar en los negocios, triunfar en sociedad, sobresalir en cualquier cosa especial. Gritamos con verdadera desesperación: “Oh Mundo, dame la Felicidad que ansío”.

Y he aquí que viene Krishnamurti y nos dice: “el Reino de la Felicidad está en vosotros. Buscad, dentro de vuestro corazón, examinad vuestras alegrías y sufrimientos; mirad el mundo fuera de vosotros. Entonces veréis vuestra Meta, comprenderéis que el Reino está dentro de vosotros”. Lo mismo que enseñaron Cristo y Buddha, así enseña hoy el joven maestro. Pero hay un aspecto en el que Krishnamurti es diferente. Aún cuando se afirma que él trae la verdad, para darla a todos, no quiere, de ningún modo, que le creamos ciegamente. Al contrario, Krishnamurti nos dice: “Discutidme, criticadme, pero por favor, no os quedéis quietos, siguiendo ciegamente a otros, como habéis hecho hasta ahora”. No pide que se le siga, y repite una y otra vez, que mientras viva, tratará de impedir la formación de un culto en torno suyo, sea lo que fuere lo que lleguen a hacer en su nombre, los que vengan después.

Declara francamente que tolerará la existencia de la Orden de la Estrella, mientras ella sirva de puente para llevar sus enseñanzas al mundo, mientras solo siga siendo una simple organización para difundir sus enseñanzas. Pero desde el momento en que la Orden de la Estrella pretenda explicarlo, y quiera abrogarse el papel de intermediaria entre él y el mundo, ya no servirá para nada.

¿Cuál es la verdadera significación de Krishnamurti? Eso lo debéis descubrir vosotros. Cada uno de vosotros podrá hacer un bello descubrimiento acerca de ello, y acerca de la

naturaleza de Krishnamurti. Lo que llegaréis a descubrir, no lo sé, solo sé lo que yo he descubierto, y eso es lo que trato de deciros, sin pretender de ningún modo forzaros a que aceptéis mi punto de vista.

Apenas tenía yo trece años, cuando por vez primera conocí la Teosofía. Inmediatamente absorbí sus enseñanzas, y durante los últimos cuarenta años de mi vida, solo he tratado de saber dónde está la verdad. Y debo decir que la he encontrado en todas las religiones del mundo, así como en la ciencia, en el arte, en la filosofía, y por encima de todo, en el rostro de los pequeñuelos, en las alboradas y en los ocasos, en las coloraciones cambiantes del mar, y en la música de los maestros cantores de todo el mundo. No soy un principiante. Por lo tanto, muchas de las cosas que Krishnamurti dice, no son nuevas para mí. De aquello que es nuevo, solo comprendo una parte, pero debo declarar francamente, que hay partes de su enseñanza que aún escapan a mi comprensión. No me es posible adaptar todas sus enseñanzas a mi propio esquema de vivir. Pero, sin embargo, su influencia en mí es intensísima. Apenas sabría como describirla, a no ser utilizando un simil.

Aún hay en Europa ciudades en las cuales los barrios donde vive la gente pobre, ofrecen un aspecto lamentable, de lóbreguez y suciedad. Los ricos, han ido empujando a los pobres hacia las partes más insalubres de la ciudad, y allí se les ve amontonados en chozas, cobertizos y covachas, como hormigas en un hormiguero. Calles estrechas, en las que el sol jamás penetra, aire enrarecido y olores nauseabundos, tal es la condición en que viven nuestros menesterosos semejantes. No es de asombrarse, pues, que entre el pobrero, la mortalidad infantil alcance promedios alarmantes; no es de admirarse que reciban con hostilidad las leyes municipales que tratan de imponérseles para preservar su salud; que tengan que ser vacunados contra la viruela, contra la tuberculosis, la difteria, la meningitis, la tifoidea y todas esas enfermedades que encuentran en ellos terreno apropiado para su germinación, a causa de las condiciones miserables en que tienen que vivir.

Se gastarán sumas importantes para embellecer la ciudad, para dotarla de parques y magníficos palacios, pero la conciencia social es actualmente tan débil, que los pobres no disfrutan de los beneficios de la prosperidad ciudadana. Es cierto que pueden ir a los parques y plazas a tomar aire o hacer ejercicio, pero, generalmente los parques están más cerca de los barrios ricos, que de los pobres suburbios. Es cierto que pueden andar por las calles y contemplar los magníficos edificios, mejorando así su sentimiento estético, pero esos pobres están tan agobiados por su vida miserable y tienen tan poca vitalidad, que casi les resulta imposible llegar a una tranquila contemplación de la belleza.

A veces sucede, que un incendio terrible estalla en semejantes suburbios y alimentado por el viento, con esos tristes despojos, asume proporciones catastróficas, destruyendo gran parte de la ciudad. Otras veces, es un terremoto, como el que destruyó la ciudad de Messina, ciudad que conocí antes de la catástrofe, y que he vuelto a ver reconstruida totalmente. En todas partes las viviendas de los pobres van siendo destruidas o derribadas, haciendo desaparecer las vergonzosas condiciones sanitarias que han tenido durante siglos, para edificar en su lugar viviendas modelos para los pobres, con luz, aire y saneamiento. La Divina luz solar, dadora de salud y energía, circula por las calles de esos modernos barrios pobres, y sus pequeñas criaturas pueden jugar en los jardines y plazas, creciendo fuertes y sanas, en vez de morir a millares. Cuando ocurren dichos

incendios, ocasionando pérdidas que suman millones, ¿quién no bendeciría esos dos servidores divinos: el Fuego y los terremotos, si después de dicha calamidad surge una ciudad regenerada, con un fuerte sentimiento humanitario, en todos sus ciudadanos?

Lo mismo está sucediendo con Krishnamurti. Él abre un amplio camino, cambiando el aspecto de todos los conceptos religiosos, o sociales, de las ideas del bien y del mal, y por ese nuevo canal, que él ha formado, circulan libremente las brisas espirituales, el aliento del espíritu divino.

Y así como en los días sofocantes de verano suelen llegar las frescas brisas de la montaña o del mar, refrescando nuestros hogares y dando tregua a nuestro sufrimiento, del mismo modo las ideas revolucionarias de Krishnamurti, penetran en los corazones de todos los que tratan de comprender la vida tal cual es. Siento que mis ensueños o aspiraciones se encuentran como refrescados porque Krishnamurti está con nosotros; las flores de todo el mundo, desde las humildes florecillas de los campos, hasta la sublime flor oculta que brota en el corazón de los hombres, tienen un nuevo perfume, porque él está aquí. Porque él ha venido a enseñarnos a amar, a contemplar la vida con los ojos abiertos, a aceptar la vida en toda su integridad.

Siempre recordaré la intensa luz que ha arrojado Krishnamurti en cada uno de los problemas que me habían preocupado durante largos años. El año pasado, en uno de sus discursos, pronunció una breve sentencia que para mí se ha convertido en un nuevo Evangelio. Sin el menor énfasis, con toda naturalidad, declaró: “La conducta es Rectitud”. Nunca se nos había ocurrido que nuestra conducta, diaria, en la calle, en el hogar, o en la mesa, tuviera algo que ver con la espiritualidad. Para la generalidad de nosotros la religión es un asunto que sólo se recuerda en un sitio determinado, en la iglesia o templo, consistiendo sus ceremonias, en cierta clase de palabras, plegarias, posiciones, etc., tales como la genuflexión, o el cruzamiento de piernas tan corriente en Oriente.

Pero para Krishnamurti, ese supremo don del mundo espiritual al cual los profetas hebreos llamaron rectitud, y los hindúes Dharma, es una cuestión de la conducta de todo momento. Para él esta rectitud consiste en una consideración perfecta hacia todos los demás y en una exquisita cortesía de palabras y modales, así como el mayor refinamiento en la conversación y en los gestos. “Los grandes pensamientos salen del corazón”, dijo Vauvenargue; Krishnamurti va más lejos y dice: “Los grandes hechos surgen de la visión de la Meta”. Y desde que esa visión es patrimonio de todos, tanto de los ricos como de los pobres, de los ignorantes como de los espíritus cultivados, Krishnamurti es verdaderamente el profeta de una Divina Democracia.

Dejemos que Krishnamurti mismo termine este discurso y veamos lo que él dice con respecto al trabajo que quiere hacer para el mundo:

“Yo vengo para aquellos que necesitan simpatía
Que buscan la felicidad;
Que aspiran a ser liberados
Que aspiran a encontrar la felicidad en todas las
cosas
Yo vengo a reformar y no a derribar.
Yo vengo a construir, no a destruir”.

“Yo pertenezco a todos: A todos los que realmente aman; A todos los que realmente sufren. Y si queréis andar, debéis andar conmigo. Si queréis comprender debéis mirar todo por medio de mi mente. Si queréis sentir, debéis mirar a través de mi corazón. Y porque yo realmente amo, deseo que vosotros ameis.

“Porque yo siento realmente todas las cosas me son queridas, deseo que os lo sean para vosotros. Porque deseo proteger, vosotros debéis proteger.
Y todo esto es la única vida digna de ser vivida.
Y la única Felicidad que vale la pena poseer”.

“Porque yo he encontrado la LIBERACION y una FELICIDAD intensa, porque soy el SENDERO DE PAZ, deseo que otras personas entren en ese Sendero. Porque yo amo realmente, porque tengo la ardiente aspiración de redimir a otros, de salvarlos de sus tristezas, iré a enseñar, recorreré la faz de la tierra”.

Abrid la puerta de vuestros corazones, a fin de que podáis entrar en la Liberación, y de ese modo convertiros, vosotros mismos, en verdaderos redentores de la Humanidad, y así podréis demostrar a los que sufren, a los que están tristes, que dentro de ellos mismos reside su Salvación, su Felicidad y su Liberación.

(Trad. de A.C.C.)

IV

VERDADERO Y FALSO YOGA

Conferencia leída en la “Casa del Arte”

Hay tres palabras con las cuales la antigua cultura de la India ha contribuido a enriquecer el pensamiento filosófico de Occidente. Ellas son, Nirvana, Karma y Yoga. La palabra Nirvana llegó de la India a los países occidentales, a través de las obras literarias de los orientalistas de Occidente, y la mente popular quedó fascinada ante su extraño significado, de “aniquilación”, como meta suprema para el alma humana. Es cierto que esos mismos orientalistas encontraron luego que la palabra Nirvana no significa aniquilación pero su error fue descubierto muy tarde, y los diccionarios europeos siguen aún definiendo al Nirvana como equivalente de aniquilación. Así es como persiste este erróneo concepto. Las otras dos palabras, Karma y Yoga han sido popularizadas en Occidente por los Teósofos. De las dos palabras, Karma es por ahora la más conocida. Significa que la ley de la naturaleza establece, que donde hay una causa, hay también un efecto. Es la ley moral a la que aludió San Pablo cuando dijo: “No os engaños; de Dios nadie se burla, puesto que lo que el hombre siembra, eso mismo recogerá”.

La palabra Karma significa “acción” o “hecho”, porque un acto produce como resultado un efecto dado, es decir, una nueva serie de condiciones para generar otro acto. Así pues, la palabra Karma es usada en la India para significar que las condiciones en las cuales se encuentra un hombre en un momento dado, son el resultado de fuerzas que él mismo ha producido. Si por lo tanto, un hombre se encuentra en un estado miserable, ello es el resultado de su Karma, porque él ha creado en el pasado fuerzas malsanas debido a sus pensamientos, emociones y acciones, y esas fuerzas antecedentes reaccionan en él y le causan miserias y penas. Es el Karma del hombre lo que lleva a unos a nacer en la riqueza y ser los niños mimados de la opulencia y a otros a nacer en la mísera pobreza de padres ignorantes y viciosos. Todo ello es el resultado lógico de causas previas, y por lo tanto Karma acompaña al hombre como su propia sombra, ocasionándole la felicidad o la miseria. Tal es, pues, en resumen, el significado de Karma, tanto en el Budismo como en el Hinduismo.

La palabra Yoga se utiliza solo en Hinduismo, pero la palabra que encierra es también reconocida ampliamente en el Budismo. La palabra significa “unión”; la antigua raíz “yuj” se encuentra en inglés en la palabra “yoke” y en español en la palabra “yugo”, o sea el trozo de madera que se coloca sobre el pescuezo de los bueyes para unirlos en yunta. Viene del latín “yugum” que significa un par de bueyes y también, como metáfora, significa la barra formada por el cruce de dos palos, bajo la cual los Romanos hacían pasar a sus enemigos vencidos para humillarlos en prueba de sumisión.

En la mentalidad popular de la India, hoy en día Yoga significa dos cosas: primero el lazo que une el hombre a Dios, y segundo la forma de realizar con el corazón y la mente la naturaleza de esta unión y el deleite que de ella se deriva.

En la mentalidad popular de la India, hoy en día Yoga significa dos cosas: primero el lazo que une el hombre a Dios, y segundo la forma de realizar con el corazón y la mente la naturaleza de esta unión y el deleite que de ella se deriva.

Hay otra palabra en la cultura de la India que es posiblemente más significativa de la filosofía hinduista que las otras tres que he mencionado o sean Nirvana, Karma y Yoga. Esa palabra es “Atmâ”, cuyo significado es “yo”, el pronombre reflexivo en nuestra gramática. Pero esa palabra “Atmâ”, ese pronombre reflexivo que se refiere a nosotros mismos, y a la cual damos tanto énfasis cuando la usamos, tiene otro significado; describe un “Yo” o “Entidad” que reside en todo el Universo.

Hay por lo tanto en el Universo primero un “Gran Yo”, o sea, la suma total de todo lo concebible en Dios, no solo en su forma “trascendental” sino que también en su naturaleza “inmanente”, y segundo, hay un pequeño yo, que es el alma individual del hombre.

Pero el Gran Yo y el pequeño yo forman siempre, uno solo, y no dos.

Por lo tanto, de la manera extraña que trataré de describir, las cuatro palabras, Atmâ, Nirvana, Karma y Yoga, se funden cada una en las otras, porque el significado de una es inseparable del significado de las otras tres.

Algunas veces creo que es imposible para los occidentales, el comprender verdaderamente las sublimes enseñanzas de la India. Es claro que pueden entenderlas, porque el intelecto humano es el mismo en todas partes del orbe, pero los occidentales no se dan cuenta hasta que punto su capacidad intelectual ha sido limitada por la teología cristiana. El cristianismo proclama un concepto antropomórfico de Dios, y sobre todo proclama firmemente que hay profundo foso que separa las dos naturalezas, la divina y la humana.

El intelecto del europeo, piensa siempre subconscientemente en Dios, asociándole a una imagen humana. ¿No es acaso así como vemos en las iglesias innumerables pinturas representando a Dios.Padre como un anciano y al Espíritu Santo en figura de Paloma? En Italia a cualquier viejo que lleve una gran barba blanca se le llama humorísticamente “Un Padre Eterno”. ¿No es acaso una verdad esencial del Cristianismo, que el hombre debe reconocer claramente, que ha sido creado por Dios, en la misma forma como un alfarero moldea una vasija de barro y que, por consiguiente, el futuro del hombre depende solamente de la bondad divina? Es cierto, como bien se ha dicho, que Dios hizo al hombre “a su imagen” y que Dios “infundió con un soplo” el alma en el hombre, pero eso no implica que el hombre pueda tener la pretensión de compartir ningún reino con Dios. El alfarero y el vaso que él modela, son dos cosas bien distintas; sería ridículo que el vaso pretendiera poseer en su barro alguna partícula del genio creador del alfarero. Es así como ha sido entrenada la mentalidad occidental, cuando piensa en la relación que existe entre Dios y el Hombre.

Pero es aquí, especialmente, donde la India difiere por completo de Occidente. Es cierto que en la India hay millares de estatuas de dioses y diosas, pero esas divinidades son tomadas solo como representaciones de un aspecto o atributo de la Divinidad. Hay también estatuas que representan a aquel supremo Dios, llamado Ishvara, pero ellas representan solamente algunos de sus aspectos tales como Brahma, el Creador, Vishnu, el Conservador, o Shiva el Destructor. Pero no hay absolutamente ninguna imagen de la Divinidad, absoluta y perfecta, de la Causa Primera que produjo el vasto universo,

cuyos fragmentos, las estrellas, vemos durante la noche. Ningún pintor ni escultor hindú ha soñado jamás en reproducir la imagen de la Divinidad Absoluta. Tan claramente comprende el hindú esto y sabe tan perfectamente, que más allá de todas las representaciones de Dios está la naturaleza indescriptible del Verdadero Dios que, por ignorante que sea, sabe perfectamente que detrás de la imagen de la Divinidad que adora –una de las miles que constituyen el Panteón hindú- existe el Absoluto, que no puede ser representado bajo ninguna forma, pues las trasciende a todas.

Este Dios Absoluto es denominado con muchos nombres, pero el más conocido en la filosofía Hindú es Brahman. Esta palabra, Brahman, debe distinguirse de Brahma, el Creador, la primera persona de la Trinidad Hindú. Brahman el Absoluto es una palabra neutra, mientras que Brahma, el Creador, es masculino. Brahman, el Dios Absoluto, es el Principio Universal que contiene todo lo concebible en el Universo, en el pasado, presente o futuro. De aquello nace el Universo y de aquello surge todo lo que vive, se mueve y tiene existencia. Es por eso, porque Brahman es lo Absoluto, que se le denomina por un vocablo neutro.

Cuando el Absoluto deseó crear un Universo, emanó primeramente de su esencia a Ishvara, que es el supremo “Dios Personal”.

Es Ishvara quien posee los atributos de la Trinidad, y por lo tanto como Ishvara crea su universo, El lo hace a través de su triple función de Brahma, el Creador; Vishnu, el Preservador y Shiva, el Destructor. Pero nótese que Ishvara, el Dios que crea, mantiene y desintegra el universo, para crearlo de nuevo, no es el Dios Absoluto. Ishvara trabaja en un universo donde rige el tiempo, el espacio y la causalidad, pero detrás del propio Ishvara, existe Brahman, el Absoluto, la Divinidad Impersonal.

Permitidme una interrupción en mi discurso, para expresar mi pena al notar como uno de los nombres más sagrados para el Hindú, Brahma, es usado en Río de Janeiro para denominar cierta clase de cerveza y otros licores. Seguramente que la fábrica que elabora esas bebidas no ha de saber que ese nombre es tan sagrado para el Hindú, como el de Cristo para los occidentales. Pero justamente es esa misma ignorancia, lo que constituye una prueba tan típica del supremo orgullo del Occidente, bajo la influencia de la Teología Cristiana, pues el cristianismo ha dividido el mundo en cristianos dignos de la salvación y en paganos que solo merecen condenarse, naturalmente siempre que no acepten el cristianismo. Por lo tanto toda fe pagana, por más sagrada que sea para los que la sustentan, es considerada sin ningún valor. He visto en los Estados Unidos, como aquí, imágenes de Buda arregladas para sostener lámparas eléctricas en sus cabezas y algo más horrible aún, imágenes de Buda con agujeritos en la cabeza para servir de saleros. He visto también en casa de un pastor cristiano, la imagen de Buda usada como piedra o calzo para mantener una puerta abierta. Ahora bien los Hindúes, a semejanza de los antiguos griegos, dividen el mundo en dos clases: ellos, que son los elegidos de Dios y los demás, los “bárbaros” que tienen Dioses extraños. Pero no hay un solo Hindú que tenga rudimentos de cultura, ni hay un hombre en el Japón, en la China, Birmania, Siam, o Java que se crea “educado” y sueñe ni siquiera un momento en mostrar otra cosa que el más profundo respeto por las religiones de aquellos a quienes consideran “bárbaros”, aún cuando crean que son absolutamente falsas. Los orientales saben que la cruz es un símbolo cristiano, pero en ninguna parte de Oriente encontrarán ustedes que se utilice la cruz como apreta-papeles, sobre un escritorio, ni verán que se utilice la imagen de la Virgen para hacer artefactos eléctricos. Es ese profundo respeto por las creencias de los demás lo que el Occidente debe aprender de Oriente.

Pero volviendo a mi disertación, Brahman, El Absoluto, es llamado también Atmâ, el Yo. Pero esta palabra Atmâ (escrita a veces en su forma gramatical Atman) significa al mismo tiempo el alma individual del hombre. De ahí arranca la enseñanza más significativa de todo el Hinduismo: que Brahman o Atman, o sea el Alma Universal es el alma humana. El alma humana no es la criatura que emana de Brahman, y por lo tanto dependiente de Brahman como el jarrón depende del alfarero; el alma humana y el Alma Universal son “siempre” la misma, lo han sido desde el comienzo de los tiempos. Y por lo tanto, todo lo que existe: la piedra, la estrella, la planta, el animal, el salvaje, el santo, todo es Brahman. La Divinidad está por lo tanto no solamente “en” todas las cosas, sino que la Divinidad “es” también todas las cosas. Cada atributo de bondad, grandeza o belleza que le atribuyamos a Dios, es igualmente aplicable a cualquier objeto separado del universo.

¿Pero cómo es posible, se dirá, que esta mesa, esta silla, esas paredes, sean Dios? ¿No es una blasfemia hacer descender a Dios desde su “trascendental” naturaleza en el cielo, y decir que él está en todas las cosas compuestas por la materia? No soy yo quien debe justificar los conceptos de la filosofía Hindú; no he venido aquí para convertirlos al Hinduismo. Además no habría tiempo material, en una conferencia para daros a conocer todas las razones valederas, en apoyo de esta creencia y por otro lado, es mucho mejor que vosotros mismos descubráis esas razones, cada uno individualmente. Yo solamente puedo deciros que las mentes filosóficas más grandes de la India y de Grecia, que proclamaron su creencia en la Divinidad Panteísta, se han sentido tan llenas de veneración, devoción y adoración como el cristiano más devoto que haya puesto su corazón a los pies de Dios, como muestra de completa sumisión y renunciamiento. Ser Panteísta no significa, carecer del espíritu de veneración y reverencia, sino que permite a la mente juzgar con mayor libertad ciertos grandes acontecimientos de la evolución, descubiertos hoy día por la ciencia y que han sido incorporados a una nueva filosofía de la conducta.

Como Teosofista, estoy firmemente convencido de que cuanto mayor sea la comprensión filosófica y científica que nuestras mentes puedan abarcar, mayor y más profunda será la devoción hacia Dios de que seremos capaces.

No debemos olvidarnos de que el Panteísmo no afirma que la materia, como materia tangible y ponderable sea Dios, sino que en cierta y misteriosa manera, la “base” de la materia, la conciencia que está detrás de la energía del electrón –para usar términos modernos- encierra la Divina Naturaleza, así como la Naturaleza está encerrada en el alma del hombre.

He dicho que el Alma Universal y el alma individual del hombre son siempre una sola. Si existe esa Unidad, ¿como es que tenemos la conciencia del dualismo de Dios y del hombre? Pues nosotros sabemos que somos muy imperfectos, que nuestro carácter está todavía en formación; tenemos ante nuestra mente ideales de virtud y perfección, pero estamos todavía muy lejos de poder realizarlos. Si somos en realidad Dioses, ¿por qué entonces, no tenemos conciencia de ese hecho cuando la tentación nos acecha y la miseria nos abrumba? ¿Cómo podemos decir, sin engañarnos a nosotros mismos, que somos Dios? La contestación a esto es el problema del Yoga, o sea, el camino de la unión con Dios.

La filosofía Hinduista asegura que el hombre, que es Brahman, entra, como alma individual en un proceso de manifestación y evolución. Por qué prefiere dejar su celestial unidad con Dios, para entrar a formar parte del proceso evolucionario, es una cuestión que el Hinduismo no discute; para el Hinduismo eso es una verdad axiomática. Y sin embargo, es una pregunta que todos nos hacemos cuando comenzamos a pensar hondamente. La cuestión aparece en varias formas: ¿Por qué Dios, que es la Perfección, creó un mundo imperfecto? ¿Qué gana Dios o qué obtiene de su acto de creación? ¿Qué es lo que induce a Dios a descender de Su Serenidad, para crear un sistema turbulento de evolución? Y en ese sistema, ¿por qué tolera el mal? ¿Es acaso el diablo necesario para Dios?, y si no lo es, ¿por qué no destruye a ese enemigo del hombre?

He dicho que el Hinduismo ignora el problema de por qué el alma individual se ha separado de Dios, para entrar en un proceso de evolución. Para ser más exacto debo, sin embargo, agregar que se ha dado una contestación a esa interrogante, pero que ella es la más sorprendente que pueda concebirse. Hay un famoso himno, en el Rig Veda, que describe la manera como emanó de Dios el universo y juntamente con él, las almas individuales de los hombres. Ante la pregunta de por qué emanaron, el himno llega a la siguiente conclusión: “Puede ser que Dios mismo no lo sepa”. Es la contestación más audaz que puede dar una filosofía que pretende revelar las verdades de Dios.

En la filosofía Sufi, hay sin embargo una respuesta mucho más sugestiva; y es que desde que Dios es Belleza, y siendo cosa natural de la Belleza, el manifestarse así, Dios, para contemplar Su propia Belleza, creó un Universo a fin de que fuera espejo de Sí mismo. Hay otra contestación, todavía más filosófica, que ha sido sugerida por la Teosofía, y ella es que al principio de la evolución, el alma, aunque en realidad es una con Dios, en su naturaleza y esencia, no conoce plenamente esta verdad. El alma es, verdaderamente, la Conciencia Divina pero no tiene verdadera comprensión de su Divinidad, como la tiene Dios. Para ser, pues, conciente de su propia Divinidad, el alma entra voluntariamente en el proceso de evolución, para que por medio de la experiencia del bien y del mal, del éxito y del fracaso, pueda conocer sus atributos divinos, no solo como realizables, sino también como completamente realizados.

En el momento en que el alma “desciende a la materia” como se expresa en frase técnica, renuncia por un tiempo a su morada espiritual y entra en el mundo material. Desde ese instante queda sujeta a las leyes de la materia.

El alma del hombre puede ser inmortal, pero si esa alma toma por morada un cuerpo material, es necesario que mantenga su cuerpo físico en la más perfecta salud, de acuerdo con las leyes que respecto a la salud, rigen en el mundo físico. Asimismo, desde el momento en que el alma descende a la materia, queda sujeta a la Ley del Karma, es decir, a recoger lo que haya sembrado. No podrá evadir jamás las consecuencias de sus acciones; una vez que ha comenzado a utilizar sus propias fuerzas, ya sea para el bien o para el mal, no podrá aniquilar dichas fuerzas por medio de ninguna plegaria que dirija a cualquier Dios.

Desde que el resultado de muchas acciones, especialmente de aquellas que afectan a otros, no es inmediato, se desprende que el alma después de haber habitado un cuerpo físico, debe volver nuevamente a ocupar otro cuerpo, para hacer frente a los resultados que son consecuencia de sus acciones anteriores y que quedaron postergados por un tiempo. De ahí que el alma deba pasar por el proceso de la Reencarnación y ese proceso

continúa durante muchos cientos de vidas, porque, como el alma sólo recoge lo que ha sembrado, vuelve a sembrar de nuevo, debiendo, por lo tanto, renacer para recoger el fruto de lo sembrado. Si, una vez recogido todo el fruto de sus pasadas acciones, el alma rehusa sembrar de nuevo, entonces llega a unirse con Brahman, llegando de ese modo a conquistar la Liberación, que se llama Moksha en Hinduismo y Nirvana en el Budhismo.

Pero esa liberación no se consigue meramente por un acto de voluntad; debe ser el resultado de un largo entrenamiento realizado durante infinidad de vidas de aspiración por llegar a dicho estado. Así como el hombre que ha de llegar a poseer verdadera cultura, debe comenzar su educación desde muy niño, en el Kintergarden o Escuelas Montessori, pasando luego a clases superiores y más tarde a la Universidad y luego de terminar su carrera, completar sus estudios, viajando o leyendo mucho, aún, para estar al tanto de las costumbres y creencias de otros pueblos, así también el alma debe entrenarse a sí misma, a través de una sucesión de vidas, para el arduo aprendizaje de la Liberación. Y así como en cualquier estado bien organizado se enseña la Ciencia de la Educación, cuyos principios todos aceptan, así también existe una Ciencia del Alma, planeada por Dios. Dicha ciencia se llama Yoga.

El concepto hindú del yoga, dice que el alma debe pasar a través de ciertos estados, a fin de prepararse para la unión con Dios. En cada una de esas etapas, se necesita un triple educador del carácter, o sea: Jñana, que significa Conocimiento, Bhakti, la Devoción, y Karma que es la Acción. Los primitivos cristianos, acostumbraban discutir acerca de cual era el mejor camino para servir a Dios, si la Fe o las Obras. El hinduismo dice que ambas son necesarias, pero que además debe poseerse el conocimiento. Durante una vida, el alma puede dedicarse a alcanzar más conocimiento que devoción, o dedicarse más a la acción que a la contemplación, pero en el curso de las múltiples vidas del alma, las tres cosas: devoción, conocimiento y acción, deben desarrollarse plenamente y llevarse hasta la perfección.

Las etapas por las cuales debe pasar el alma, están representadas en la vida hindú, por las cuatro castas, y la quinta que sobrepuja a toda casta. La primera casta es la de los Shudras, o artesanos; la que le sigue en progreso, es la de los Vaishyas, o mercaderes; luego vienen los Kshatriyas, guerreros o administradores; más adelante los Brahmanes, maestros y sacerdotes, y por último los Sannyasines o sea los “renunciadores”, los que están al margen de las organizaciones humanas y buscan a Dios directamente por sí mismos, sin utilizar ninguna tradición religiosa, ni escritura sagrada.

Cada uno de esos estados aporta un nuevo atributo al alma, necesario para el gran trabajo de Yoga. El artesano, por medio de la industria y la obediencia, se entrena en ser exacto en su trabajo; el mercader desarrolla su iniciativa y el espíritu de empresa; el guerrero, por medio de su valor, desarrolla su capacidad para el sacrificio, dando hasta su vida por una buena causa; el sacerdote y el maestro, por medio de su devoción hacia los conocimientos y de su renunciación, se convierten en un canal armonioso para que, a través suyo pasen las fuerzas de Dios y el “renunciador”, o sea el que busca a Dios ante todo, se convierte, para todo hombre, en un símbolo viviente de la gran verdad de la vida: que Dios y el hombre son uno y no dos. Para que el alma pueda alcanzar la liberación, debe pasar por esas cuatro etapas, antes de llegar a la quinta, pues la unión final con Dios es solo posible en el quinto estado, cuando el Sannyasi, se coloca al

margen de la organización social de las castas y no tiene nada que ver con las ceremonias religiosas, u otras formas exteriores de adoración.

Antes de pasar adelante, quiero explicaros que he usado la palabra “sacerdote” para designar al Brahman, porque no encuentro otro vocablo más adecuado. He dicho pues, “sacerdote y maestro”, porque el Brahman no es un sacerdote del tipo romano, para los cuales, como es notorio, la falta de conocimientos de ciencias, filosofía y artes no es obstáculo para el desempeño de su función sacerdotal. Hay hoy en día en la India, ciertos Brahmanes ineducados que repiten sin comprender los versículos sagrados del Sánscrito, pero son solo Brahmanes de nombre y no representan verdaderamente el alto ideal de cultura que debe poseer un verdadero Brahman.

En el concepto hindú de la vida, la evolución del hombre se lleva a cabo poco a poco, así es que en teoría, al menos, solamente el que pertenezca a la casta más elevada, o sea, un Brahman, será verdaderamente capaz de llegar con éxito a la liberación, cuando se convierte en Sannyasi. Pero en los tiempos actuales, cuando la antigua cultura de la India ha perdido mucho de su vigor y las castas no se ajustan estrictamente a las obligaciones que les corresponde, la idea de que un hombre perteneciente a cualquiera de las tres castas inferiores a la de Brahman, no puede llegar a obtener la liberación, no es admitida. Tal hombre puede obtenerla, pero si a ello llega es porque en realidad su alma ha alcanzado el nivel del Brahman, aunque debido a su Karma haya nacido dentro de otra casta. El principio primordial y que quiero representar claramente ante vosotros, es que Yoga o la unión con Dios requiere un proceso científico de construcción del carácter, y que hay etapas en el Yoga, tan rígidas como puede haberlas en cualquier curso universitario.

El hombre que se determina a practicar el Yoga, debe poseer un carácter que se acerque mucho a la perfección. Cualquiera puede ejecutar las prácticas menores del Yoga, especialmente ciertos ejercicios físicos, como el control de la respiración, y ejercicios mentales como la meditación, -pero todo eso no es sino el A.B.C. de la enseñanza del Yoga. El verdadero Yoga requiere poseer un carácter fuerte y puro y es por esa razón que hay muy pocos Yoguis verdaderos en una época dada. Todos los hombres pueden aspirar alcanzar la unión con Dios, pero la inmensa mayoría deberá esperar durante muchas vidas, hasta que su carácter vaya adquiriendo las cualidades necesarias para ser un Yogui. Esto lo reconoce muy claramente el Hinduismo y en la vida social hindú existe lo que se llama un plan de vida para el individuo. Este plan es solamente para las tres castas superiores; el comerciante, el guerrero y el sacerdote, los artesanos y domésticos son considerados como de mente demasiado simple para ser capaces, todavía, de hacer cualquier gran esfuerzo espiritual. Es claro que en las futuras vidas ellos nacerán como mercaderes, luego como guerreros y administradores y así hasta llegar a Brahmanes, y después de que hayan sido muchas veces Brahmanes y hayan adquirido un carácter suficientemente purificado, entonces recién podrán comenzar a ejecutar el Yoga.

El plan indicado para las tres castas más altas, divide la vida en cuatro fases. La primera comienza a los siete años, cuando se efectúa cierta ceremonia consistente en poner al niño el sagrado cordón. Esta operación significa que el alma desciende al cuerpo para tomar ya suficiente responsabilidad de sus acciones en ese cuerpo. Y es algo semejante a la confirmación de los Cristianos. Desde ese momento el hombre es llamado “el nacido dos veces”. Este estado dura hasta cerca de los 21 años, cuando termina el

período de estudios. Como estudiante el joven debe vivir con su maestro y servirle, llevando una vida estrictamente célibataria. El segundo estado es de jefe de familia, cuando forma el hogar, pues el Hinduismo considera necesario el casamiento de cada hombre y cada mujer. Este estado, de jefe de familia, dura hasta los 45 años. Cuando un hombre ha llegado hasta esta edad (lo mismo puede decirse de la mujer), ya ha llevado a cabo muchas obligaciones, ha mantenido a su esposa e hijos y en la India también a sus padres; ha administrado las posesiones de la familia y mirado por el bienestar de todos los que dependen de él, de sus parientes pobres, las viudas, huérfanos y servidores de sus parientes.

La familia hindú está formada de lo que se llama “una comunidad familiar”, pues la propiedad es de todos en común, aunque sea administrada por el Jefe de la familia, cada miembro gana para la comunidad y la familia debe mantener a aquellos que no están capacitados para trabajar, como ser los viejos, los enfermos y sus respectivas familias. Cuando los hijos crecen, entonces el hijo mayor puede ocuparse de la administración de toda la familia. Entonces comienza para el administrador la tercera etapa, llamada la de anacoreta o ermitaño. Se busca un lugar cualquiera en la posesión familiar y se construye una cabaña para que el esposo y la esposa se retiren a vivir durante varios años en la meditación. Anteriormente, tanto el esposo como la esposa tuvieron muchas obligaciones que atender incluso las ceremonias religiosas y, por lo tanto, les faltaba tiempo material para investigar sobre el por qué de dichas ceremonias y lo que significaban en sus vidas. Había que hacer el trabajo diario, para que la armonía de la naturaleza, representada por la colaboración de los Devas, los Angeles, con los hombres, pudiera ser preservada para beneficio de la humanidad.

Pero durante esta tercera etapa pasada en la ermita, los esposos quedan completamente libres de las obligaciones externas religiosas. Su trabajo no será ahora la obligación definitiva de cuidar las cosas materiales, sino tratar de comprender el significado que encierra cada uno de los actos que han ejecutado en los años empleados al cuidado de la casa y de la familia. Tienen que volver a vivir la vida de nuevo, pero esta vez solo mentalmente para poder ver cómo actúa el plan de Dios en sus vidas, en la vida de los otros y especialmente en el sistema social y religioso en el cual han nacido.

Luego entran en la cuarta y final etapa. Esta puede llegar después de 10 o 20 años, o puede suceder que antes hayan fallecido. Si viven, comienza para ellos la cuarta etapa, como Sanyasis o “renunciadores”, pues eso es lo que significa este estado especial. En esta etapa ya no existen lazos que siguen al esposo y la esposa, pues en este cuarto estado se renuncia a todo para entregarse a Dios y el alma que le busca debe encontrarse sola y no acompañada por ninguna cosa, ya sea la de la esposa, esposo o maestro. Por lo tanto cuando comienza este estado, el esposo y la esposa que han legado ya a los sesenta años, se separan y cada uno de ellos va en busca de Dios por su lado. En la mayoría de los casos la esposa se queda en la ermita sin salir más, pero generalmente el esposo se va si es realmente atraído por la vida espiritual. Deja a su familia y se va vestido con el traje color azafrán de los peregrinos. No lleva consigo ni ropas, sino solamente una escudilla para pedir alimento a las personas caritativas. Con un nombre cambiado, se lanza al mundo recorriendo los caminos de la India, visitando los diversos lugares sagrados, pero sin quedarse mucho tiempo en un solo lugar. Es posible que pase una noche en un monasterio o en uno de los muchos refugios que se construyen en los caminos para hospedaje de los peregrinos o que simplemente duerma en el bosque bajo el follaje de los árboles. No lleva consigo arma de ninguna clase, ni siquiera para defenderse de los animales salvajes, pues Dios lo llamará cuando sea su hora y no habrá

poder sobre la tierra que pueda adelantar su hora de partida. El Sannyasi busca a Dios directamente, lo busca él mismo, pues para él ya no existen ni las escrituras sagradas ni las ceremonias ni los templos ni las plegarias. El está en directa comunión con la vida, tratando de encontrar a Dios en su propio corazón en la vida que palpita en el bosque, en la vida de los millones de habitantes que habitan la tierra por donde pasa en su peregrinación como “renunciador”. Y cuando llega la hora de su muerte, ya sea por medio de la enfermedad, de la miseria, devorado por alguna fiera o de sed en el desierto, él no se apena al ver llegar su fin, pues sabe que es su hora, que Dios lo llama usando ese medio. Encontraréis una magnífica descripción de como un primer ministro se convierte en Sannyasin, en pleno siglo XX, en la conocida obra que escribió Rudyard Kipling, para los niños, bajo el título de “El Segundo Libro de la Selva”. La historia se llama “El milagro de Purun Dhagat”.

Así como es posible que una elevada alma encarne temporalmente a causa del Karma, en el cuerpo de un hombre de casta inferior, así también hay excepciones a la regla general de que un hombre puede ir en busca de Dios solamente una vez que ha dejado las ocupaciones de su casa y se ha convertido en asceta. Esta excepción sucede en aquellos casos en los cuales un joven, al finalizar el período de estudios, en lugar de casarse y llegar a ser padre de familia, se convierte de pronto en Sannyasin y va por el mundo en busca de Dios.

He hecho una breve descripción de los ideales de la vida hindú, planeados hace muchísimos años, por un legislador que les dio un código de leyes que han dividido la estructura social hindú en castas y delineado las obligaciones de cada una de ellas. Hoy en día dicho esquema social ha sido aislado en gran parte. En el pasado el Brahman, el sacerdote y el maestro no buscaban nunca la posesión de riquezas, pero hoy hay muchos Brahmanes dueños de grandes extensiones de tierras y que poseen inmensas riquezas. En los tiempos antiguos se consideraba como una gloria el que los Brahmanes, los hombres de casta superior ante los cuales ni aún los reyes se atrevían a permanecer sentados sin que se les diera permiso, fueran sumamente pobres. Sin embargo, algo de esa grandeza queda todavía en la India porque hoy mismo no es por la riqueza por lo que se juzga la grandeza del individuo. Entre nuestros compatriotas y especialmente entre la gran masa del pueblo es a la santidad del hombre o de la mujer a lo que se rinde mayor reverencia y no a la riqueza. Véase sino la enorme influencia que tiene Gandhi, cuyo ingenio político no es grande (muchas de las normas políticas suyas han sido abandonadas por sus discípulos), pero cuya vida es de una simplicidad tan extrema, que causa la admiración del pueblo.

Y eso a pesar de ser un hombre altamente educado y que, además, ha vivido la vida de la civilización occidental, en su tiempo. Es tan pobre de bienes del mundo, como las proverbiales ratas de iglesia y, sin embargo, es un gran trabajador por las masas y vive como el pueblo cree que han de vivir los hombres santos. Y es por esto que nuestro pueblo lo reverencia con esa profunda devoción que es una de sus más nobles cualidades.

Pero el antiguo orden ha cambiado grandemente, aunque los Brahmanes sean todavía pobres en su mayoría; sin embargo, hay algunos que se han enriquecido, por haberse dedicado a los trabajos característicos de la casta de comerciantes. Por otra parte, tenemos intelectos brillantes, en las castas de comerciantes y artesanos (Gandhi, pertenece a la primera) y entre ellos se encuentran abogados y jueces distinguidos. Pero, para poder comprender el significado del Yoga, debemos tener en cuenta el plan

original, dado a los hindúes por su Manú y no las derivaciones que de dicho plan nos han llegado, a través del tiempo.

Comprenderéis, por lo que he dicho de la vida ideal del hindú, que en la India, el Yoga, significa la más elevada ocupación posible, en la vida. Requiere la mayor concentración de corazón y mente completamente purificados, y, por consiguiente, solamente es posible para quien está libre de los deberes mundanos. Pero debe estar libre, no por la fuerza, sino por Karma.¹

Ningún hombre debe, por un impulso momentáneo, abandonar todos sus deberes para ir en busca de Dios. Y aquí, el motivo, tal vez más poderoso de la estructura social hindú, entra en juego: el Dharma, o sea, Deber. En los países occidentales, debido al individualismo de las gentes, éstas reclaman sus derechos; primero sus derechos, luego sus deberes. Hay un desenfrenado pedido en todas partes. Los obreros piden el derecho a la huelga, los empleados su derecho al descanso.

Parecería extraño que en sánscrito no existiera una palabra para denominar ese concepto occidental del derecho; la que emplea el sánscrito, al respecto, indica deber, y la palabra es Dharma.

La idea de derechos, no aparece en la civilización hindú; recién ahora la estamos introduciendo, para resistir el asalto de la civilización occidental, que trata de arruinar nuestra vieja cultura.

Nuestra cultura está construida sobre el deber, y no sobre el derecho.

El rey tiene el deber de gobernar, y con su gobierno debe crear el bienestar del pueblo, de otro modo incurriría en un mal Karma. En la India se dice: “Las lágrimas del pobre, socavan los tronos de los reyes”.

Por otra parte, el artesano tiene la obligación de servir lealmente a su patrón, sino incurrirá en los males del Karma. Para todos hay obligaciones que cumplir; el Brahman tiene que enseñar y debe dirigir los servicios religiosos en el templo o en el hogar; el Kshatriya debe proteger a su patria y administrar por medio del gobierno; el Vaishya debe acumular riquezas para distribuir las caritativamente; los Shudras tendrán que trabajar y hacer la labor que les indique su patrón. Cada individuo tiene una obligación especial que cumplir en su vida, por el hecho de haber nacido en determinada casta. Tal es el modo como actúa la voluntad divina, por medio del Karma humano, arreglando de la mejor manera posible la contribución de cada hombre, a fin de llevar a cabo el plan que Dios ha elaborado para beneficio de los hombres. Cumplir con su deber y que cada cual ocupe su propio lugar en el trabajo, son las dos grandes ideas que forman nuestra estructura social.

En la India, el hombre no es dueño de hacer lo que mejor le parece, ni siquiera de buscar a Dios, hasta que no haya cumplido con todas sus obligaciones que el Karma impone y solo cuando ellas han sido cumplidas, es cuando Dios se mostrará en otra forma.

¹ El lector puede considerar este punto en la excelente obrita de Mrs. Annie Besant “Los tres senderos de perfección”. En ella se describe una forma de Yoga compatible con los deberes sociales, que es llamado “Karma Yoga”, o sea, Yoga por la acción. (N. del T.)

Durante el tiempo en que el hindú debe ocuparse de los quehaceres domésticos, no puede entregarse enteramente al Yoga, pues tiene demasiadas obligaciones que cumplir aunque durante ese período puede ir preparándose para el quinto estado, o sea, el de Sannyasi y por lo tanto debe ejecutar diariamente ciertos ejercicios mentales y emocionales que forman parte de su entrenamiento. Comenzará el día con ciertas plegarias y meditaciones. Estas se hacen en el hogar y cada hindú comienza escrupulosamente su día de labor con algún acto de consagración. El primer pensamiento que debe acudir a su mente, al despertar por la mañana, es el de Dios y repetir Sus nombres recordando que es El quien actúa en su trabajo diario. Enseguida el padre de familia deja su habitación y sale a contemplar el sol matutino repitiendo en voz baja la plegaria más sagrada del Hinduismo, la plegaria sobre el Dios que se refleja en la energía solar. Todas esas devociones diarias son una especie de entrenamiento preliminar al Yoga. Algunas de esas prácticas incluyen el control momentáneo de la respiración para desarrollar la concentración de la mente y por medio de la vigilancia del cuerpo conseguir el dominio de las pasiones. Pero en toda la India se reconoce que la práctica del Yoga no es aconsejable, ni posible, para el hombre, mientras tenga obligaciones determinadas que cumplir.

Como hoy en día algunas de las enseñanzas espirituales de la India están invadiendo el Occidente creo necesario hablar de ciertas ideas que prevalecen en Occidente respecto al Yoga. Hay muchas personas que se titulan maestros del Yoga, tanto en Estados Unidos como en otras partes, y sé que su número está creciendo en la América del Sur. Enseñan diversos modos de controlar la respiración, concentrándose ante la vista de colores y meditando sobre los “chakrams” o centros de las fuerzas ocultas del cuerpo. Esos maestros enseñan Yoga, no para obtener la liberación como se hace en la India, sino para obtener éxito en el mundo. Como los sofistas de la antigua Grecia que enseñaban a los jóvenes el modo de triunfar en público desarrollando las dotes oratorias unidas con la casuística, encontramos que en Europa y América hay maestros de Yoga que cobran tantos dólares por lección y cada lección señala en forma sutil la manera de utilizar los poderes psíquicos latentes en el hombre para obtener éxito en el mundo, controlando los pensamientos y ejerciendo dominio sobre el temperamento de los demás.

Platón denunció a los Sofistas no porque ellos no obtuvieran éxito, sino porque estaban llevando a la juventud Griega, a un concepto erróneo de su misión. Eso es exactamente lo que están haciendo actualmente algunos llamados maestros de Yoga. No enseñan como debieran, que es sumamente peligroso para un hombre o una mujer que tienen que ocuparse de negocios o de los deberes de familia, el perder tiempo concentrándose sobre los colores o sonidos haciendo ejercicios de respiración. Esas prácticas pseudo ocultistas producen sus resultados, pueden llevar al desarrollo de cierta clase de clarividencia y clariaudiencia, pero hay un hecho significativo en Ocultismo que debe recordarse y es que una vez hayáis abierto la puerta a lo Invisible, ya no podréis cerrarla.

Durante casi treinta años que llevo dedicado a dar conferencias Teosóficas, he visto muchos ejemplos característicos de los efectos perniciosos ocasionados por la práctica del falso Yoga que se enseña en Occidente. Muchos hombres y especialmente mujeres han llegado hacia mi pidiendo ayuda para los sufrimientos que les habían ocasionado las prácticas del Yoga, ejecutadas mientras tenían que llevar una vida de trabajo, para ganarse el sustento diario. Algunos estaban casi locos, otros eran clarividentes, pero

estaban rodeados por entidades perniciosas del bajo mundo astral y en ocasiones esas entidades trataban de posesionarse de ellos y ocupar el cuerpo de los aspirantes a Yoguis.

En estos casos, desgraciadamente, es muy poca la ayuda que podemos darles, porque el falso Yoga que han practicado, ha debilitado su voluntad en vez de fortalecerla, su voluntad se ha hecho negativa y por lo tanto no pueden cooperar siguiendo los consejos que se les den para su cura.

Todo esto es horrible, pues es una variedad “de magia negra”. Si un maestro quiere enseñar “magia negra”, yo no puedo impedirselo, pero debo hacer fuertes objeciones a que ella se enseñe bajo un nombre tan sagrado para nosotros los Hindúes, como es el Yoga. Deseo ardientemente ponerlos sobre aviso, contra toda tentativa de hacer ejercicios de respiración y concentración sobre colores, sonidos u objetos, así como la repetición de fórmulas en sánscrito, hebreo, latín o cualquier otro idioma que no comprendáis. Todas estas prácticas producen resultados y para aquellos que quiera convencerse de que existe un mundo invisible, ellas les suministrarán una prueba suficiente; pero no intentéis ejecutar esas prácticas, si tenéis deberes que cumplir y, especialmente, si vuestra vida está llena de obligaciones o trabajo. Con esas prácticas solo conseguiréis trastornar vuestras mentes y forzar vuestro cerebro. Las prácticas ocultistas traen consigo el funcionamiento de nuevos centros de conciencia en el cerebro y eso solo puede hacerse bajo la estricta, cuidadosa y continua vigilancia de un maestro experimentado. Por eso en la India el estudiante de ocultismo debe vivir constantemente junto a su maestro y estar bajo su vigilancia para ejecutar las prácticas Yoguis. Si al mismo tiempo tenéis que utilizar ese cerebro en los trabajos diarios y rutinarios de vuestras vidas. La tensión nerviosa sería demasiado grande y daría como resultado la disociación de la conciencia en forma de “doble personalidad” u obsesión y quizá la locura como he dicho. En la India la verdadera práctica Yogui, requiere el absoluto abandono de las obligaciones e intereses de la vida. Y a pesar de estas condiciones favorables, aún en la India son muy pocos los que están en condiciones de practicar el Yoga.

Mencionaré de paso, al referirme a estos fenómenos, un aspecto del Yoga llamado Hatha Yoga. En la India se conocen dos clases de Yoga, el primero de los cuales es Raja Yoga o sea el “Yoga Real”. Este es el sistema que lleva por medio de la purificación mental y moral a los ejercicios de concentración y luego a una más elevada clase de meditaciones y contemplaciones. Este es el sistema que utilizan los más grandes maestros de la India, quienes enseñan a un hombre a elevarse sobre las tentaciones y restricciones del cuerpo y de sus pasiones, por medio de la purificación y control de la mente. Pero hay otro sistema llamado Hatha Yoga o “Yoga de la Fuerza”. Este sistema está basado en el dominio del cuerpo por medio de la sujeción y “tortura” del mismo. Para ello se enseñan prácticas extraordinarias en forma de posturas corporales dolorosas y difícilísimas, como ser el mantener un miembro inmóvil y rígido por cierto espacio de tiempo hasta llegar a conseguir su atrofia. Esas prácticas desarrollan una enorme fuerza de voluntad pero el carácter de semejante Yogui no es, por regla general, como para inspirar respeto a los Hindúes educados. Las masas ignorantes se quedan extasiadas ante esos espectáculos y como esos Hatha Yoguis son puros de intención y han sufrido realmente para probarlo, nuestro pueblo los ayuda con su caridad.

Permitidme que os indique cuál es nuestra actitud en la India respecto a los fenómenos psíquicos. Sabemos que, de acuerdo con nuestras teorías esos fenómenos son posibles. Yo he visto uno o dos personalmente. Pero también sabemos que un fenómeno prueba solamente una cosa y es, que un acontecimiento inusitado puede efectuarse de acuerdo con una ley inusitada de la naturaleza. Hay cientos de Yoguis que pueden ejecutar fenómenos sorprendentes, como ser atraer un objeto mágicamente, desde una distancia, convertir el cobre en oro y otros fenómenos fascinadores. No hace mucho que vi a un hombre beberse una cucharada de ácido nítrico que yo mismo conseguí de nuestro laboratorio químico. Cosas semejantes suceden en la India pero las personas educadas las miran como Uds. consideran a la televisión. Probablemente muchos de vosotros no habéis visto un aparato de televisión pero si tenéis uno de radio en vuestras casas comprenderéis el principio de la televisión y veréis que no es nada milagroso.

Sabéis también que no es necesario que un operador cinematográfico sea hombre de alta moralidad. La ciencia y la moralidad no siempre van juntas en el camino del progreso. Lo mismo sucede en la India. Un Yogui podrá transformar el cobre en oro; pero con eso no nos prueba que debemos seguirle como maestro espiritual. Nuestra actitud puede ser ilustrada por una historia que existe en el Talmud judío. En cierta ocasión un rabino no podía llegar a convencer a otro con argumentos filosóficos y entonces le dijo: “Yo le probaré que tengo razón haciendo que el agua ascienda a la colina”, y así lo hizo. El otro le contestó tranquilamente: “Eso solo prueba que Ud. puede hacer que el agua suba la pendiente, pero no que su lógica sea correcta”. Lo mismo nos pasa en la India. La magia prueba que existen leyes extraordinarias en la naturaleza, pero no nos prueba que Dios existe. Es posible que el Mago sea interesante como experimentador, pero sus cualidades mágicas no lo convierten en un maestro de la vida espiritual. Y en la India nuestro supremo interés es encontrar el camino de unión con Dios y por eso, sólo después nos interesamos en las diversas formas de su universo.

Llego al final de mi conferencia. ¿Por qué os he hablado del Yoga verdadero y del Yoga falso? No es para convertirlos al Hinduismo, por cierto. Pero hay ideas tan grandes en nuestra antigua civilización Hindú, que deben ser incorporadas a la cultura que vosotros estáis edificando en la América del Sur. Todo lo de la India no es perfecto naturalmente, y existen allí muchas costumbres perniciosas, justamente porque la civilización es tan antigua que ya ha envejecido en algunos aspectos, haciéndose rígida. Pero en la presente era de intercambio internacional, lo prudente y correcto para cada país es seleccionar lo mejor que tienen las naciones hermanas e incorporarlo a su propia civilización. Eso es lo que estamos haciendo en la India actualmente. Nosotros aceptamos las enseñanzas derivadas de vuestro progreso material y vuestros métodos de organización, pero no queremos recibir al mismo tiempo los males de vuestra civilización.

Sabemos que la India necesita aceptar las maquinarias para desarrollar su comercio e industria y lo estamos haciendo, pero no queremos las otras cosas que vienen, junto con las maquinarias, es decir, el capitalismo y la plutocracia, por un lado, y por otro la sumisión de los hombres convertidos en esclavos de la fábrica. Estamos produciendo grandes hombres de ciencia, famosos como Bose en Biología y Raman, Saha, en Física, pero no queremos que vuestro materialismo científico reemplace a las enseñanzas espirituales de nuestro Rishis. El problema que se le presenta hoy a todo país, es el de qué cosas seleccionar, de la cultura de las naciones hermanas.

Permitidme que os indique ciertos elementos de la civilización Hindú, que vosotros podéis asimilaros. El más grande entre todos, es Ahimsa, o sea, la virtud de no hacer daño. El vivir en el mundo sin dañar a nadie ni al hombre, ni al ave, ni a la bestia, esa es la virtud llamada Ahimsa. ¿Y acaso en ella no están incluidas todas las otras? Muy pronto, si las naciones consiguen robustecer la actualmente débil organización de la Liga de las Naciones, nacerá una conciencia mundial que construirá un orden mundial, para todas las naciones. Y el espíritu de inofensividad y no el espíritu de la guerra, será el que dictará la política de las naciones. Pero ¿no podrá aplicarse Ahimsa en otra forma? Acaso es necesario que el hombre mate a los animales que pueblan la tierra, el aire o el agua para alimentar su cuerpo? No, puesto que los granos vegetales, frutas y nueces darán a su cuerpo todas las fuerzas necesarias.

¿No es acaso el gorila, el animal más parecido a nosotros físicamente? Sin embargo es vegetariano y yo dudo de que haya un solo hombre carnívoro, por más fuerte y hábil pugilista que sea, que pueda vencerlo en una lucha. En la gran Guerra, los soldados hindúes que son vegetarianos, tuvieron que combatir en países sumamente fríos y, sin embargo, su ardor guerrero no fue menor que el de los otros soldados que comían carne. No es la carne lo que da el coraje, sino una gran idea.

Otra gran idea que os viene de la India y que podéis aceptar cordialmente es la del Dharma o Deber. Dharma implica que cada uno de nosotros es necesario en el plan divino para contribuir a la realización de su plan, en todo lo que tenemos de fortaleza, bondad y belleza. Hemos nacido en una nación para “dar” a esa nación; somos miembros de una familia para dar a esa familia; formamos una fraternidad universal para que cada hermano de algo de sí a todos los demás. Sea cual fuere la capacidad de cada uno, grande o pequeña, nuestra obligación es siempre “dar”, para ayudar a realizar un plan de Dios; si tenemos talento intelectual o artístico, es nuestra obligación consagrar ese plan a su plan. Es posible en ciertos momentos nos toque sufrir, tan grande y profundo puede ser nuestro dolor, que no nos detengamos a pensar en nada agradable para nuestros semejantes; pero en este caso, podemos al menos mostrar nuestra resignación, y en esta forma ayudar a los que nos rodean.

Dharma significa trabajar sin ser llevado a ello por impulso egoísta. El Dharma del sirviente significa que debe limpiar la habitación que se le ha confiado, a conciencia, no para oír las palabras de gratitud de su patrón, sino porque es su Dharma que así lo haga; es obligación del empleado de escritorio hacer a conciencia su trabajo de oficina, no porque espere un ascenso, sino porque esa es su obligación; corresponde al Presidente de la República dar lo mejor de sí mismo a su país, no porque espere le eleven una estatua o para figurar con páginas elogiosas en la historia de su país, sino porque es su Dharma que así lo haga, pues Dharma es una forma como Dios se nos revela, como se muestra a la mente y al corazón del hombre.

Es así como en verdad podéis aprender algunas de las cosas de la India, para reajustar vuestra Vida a ellas. He dicho como en el plan de vida de los Hindúes, el hombre, en la mitad de su vida debe comenzar su período contemplativo. No sucede lo mismo con el hombre de negocios de occidente. En los Estados Unidos, por ejemplo, como en otros lados, un hombre debe trabajar en su escritorio hasta que caiga muerto frente a él; si se retira con salud de esa vida, sus conocidos le mirarán con tristeza, diciendo: “Pobre hombre, ya no sirve para nada”. ¿Qué puede hacer un hombre retirado en los Estados Unidos”. Lo único que le queda por hacer, es irse a algún lado donde no sea conocido, a

California o a Europa y allí descansar por primera vez en su vida y conocer otros aspectos de la vida que no sean los del comercio. En cuanto al inglés, el gran dramaturgo Bernard Shaw ha dicho que para el inglés la vida le trae, no la sabiduría, sino el golf.

¿No podríais vosotros planear vuestra vida, de modo que cuando llegarais a la mejor parte de ella –la edad madura, en la que ya se han disipado las nubes creadas por las pasiones- y dedicaros, entonces, a vivir en íntima comunión con la vida, con los pensamientos divinos que rigen la evolución del mundo? ¿No podríamos acaso llegar a ser poetas, artistas o músicos, sino grandes y geniales, por lo menos modestos y pequeños? ¿No podríamos arreglar nuestras vidas, de manera que fuéramos algo más que empleados, comerciantes y obreros, y en vez de aspirar a ser negociantes afortunados, llegar a ser “creadores” afortunados, es decir, creadores de belleza y alegría, en el Divino Esquema?

Si estuviera mejor organizado el mundo comercial, de manera que los hombres pudieran retirarse a los cincuenta años de edad, y dedicarse a escribir poesías o ser actores, eso serviría de estímulo y aliciente a la juventud que iría a ocupar el puesto de los viejos y éstos se transformarían de un modo maravilloso de hombres maduros en nuevos jóvenes. Creo, en fin, que vosotros podríais aprender muchas cosas del cocepto hindú del yoga. El nos enseña que el gran Arcano de la Vida, al que algunos llaman Dios, y otros Solidaridad, Evolución o Ley Divina, está dentro de vuestros propios corazones, y de vuestras mentes. Todos los sufrimientos tienen su razón de ser, si es que os tomáis la molestia de encontrarla; todas vuestras alegrías tienen un significado, si es que tratáis de descubrirlo; pero ese significado debéis descubrirlo en vuestros corazones y cerebros. Contemplar la belleza de vuestras playas y parques y comprendéis que una parte de su belleza está, en cierto modo, dentro de vosotros mismos, eso es Yoga. Mirar los rostros inocentes de los niños, y reconocer que aunque haya en vosotros un pasado pecaminoso, sin embargo, en vuestro corazón no habéis pecado, eso es Yoga. Mirar al pecador y sentir que no solamente es vuestro hermano sino que es parte de vuestro mismo ser, eso es Yoga. ¡Oid, en vuestras agonías y torturas la voz Divina que os infunde fuerza! ¡Sentid esa fortaleza, aún en medio de los mayores fracasos, y cuando os sintáis descorazonados y a punto de naufragar en la vida. Todas estas maravillosas sensaciones no están reservadas solamente a los santos, sino que debe experimentarlas todo hombre o mujer que trabaja en el Mundo y colabora en el Divino Plan.

Es este misterio estupendo, que significa que Dios y el hombre son solo Uno y no dos, lo que trata de realizar constantemente el hindú. Y si vosotros indagáis y buscáis, no podréis menos de llegar a la conclusión de que el Dios que actúa aquí en Montevideo, es el mismo que actúa en Benarés, y creo que si tratáis de comprender este gran Arcano que llaman Dios los hombres, ese misterio por sí solo y sin ningún intermediario os hablará de El, por medio de vuestro corazón, de vuestra mente y de vuestra intuición.

La vida comenzará a ser, entonces, y por primera vez, lo que en realidad debe ser para vosotros: una fuente inagotable de entusiasmo, de alegría, de consagración.

Esto es lo que nos enseña el Yoga en la India.

Y esto mismo puede enseñaros el Yoga, a vosotros, aquí en el Uruguay.

(Trad. de A.A.A.)

V

LA TEOSOFIA Y LA EDUCACION

Conferencia dictada a los maestros, leída en el “Ateneo” de Montevideo

Es, en verdad, con un placer inmenso, que me presento ante vosotros, y os agradezco infinitamente por haber venido a escucharme en esta breve disertación sobre Educación. Este es un asunto que me interesa profundamente, porque también yo he sido maestro de escuela y conozco la profesión del magisterio por experiencia directa.

Durante el término de año y medio, en que fui maestro de un colegio Budista de Ceylán, pude darme cuenta perfectamente, de lo difícil y pesada que es la tarea de enseñar. Tenía solo cinco horas de clase, pero esas cinco horas, ocupaban mi mente en absoluto y esperaba con ansia verdadera, los días de descanso, y creo que los deseaba, quizás más intensamente, que mis propios alumnos.

No ha sido, pues, durante muchos años, que tuve que enseñar en colegios o escuelas, pero, sin embargo, me he podido identificar, en grado sumo, con las escuelas y el personal docente. Durante los últimos doce años, he venido desempeñando la tarea de miembro del comité ejecutivo de una organización educacional Hindú llamada “*Theosophical Educational Trust*”. Tenemos bajo nuestra dirección tres liceos de varones y uno de señoritas, así como diversas escuelas elementales, ubicadas en diversos puntos de la India. Como nuestras escuelas y liceos Teosóficos reciben solamente una pequeña contribución del gobierno, el Comité a que pertenezco, encuentra siempre dificultades para recaudar de la generosidad pública los fondos necesarios para nuestros experimentos educacionales.

Esta frase “experimentos educacionales” describe exactaente nuestra posición como teosofistas en el campo educacional. En la India existe la enseñanza del Estado, a cargo del gobierno Británico. Pero en verdad, es muy pobre, tanto en cualidad como en cantidad. De modo que, como una protesta contra esa falta de desarrollo educacional, los hindúes hemos comenzado a organizar instituciones privadas (con nuestros propios medios) y desligadas, en todo lo posible, del control del Gobierno, aún cuando aceptamos sus garantías.

En nuestras escuelas teosóficas, prestamos preferente atención a dos puntos vitales que las escuelas del gobierno dejan de lado (entre paréntesis, quiero recordar que cuando hablo del Gobierno, me refiero al Gobierno extranjero: el Británico, que rige los destinos de la India).

Para vosotros, en el Uruguay, la palabra Gobierno significa algo nacional, compuesto de uruguayos y responsable para los uruguayos. En la India es diferente). En las escuelas y colegios del Estado, no se enseña el patriotismo, el amor a la India, como tampoco se da ninguna clase de enseñanza religiosa. En las escuelas dirigidas por teosofistas (aunque no están bajo la dirección de la Sociedad Teosófica Oficial) se enseña ante todo, el amor a la Patria, esto es: a nuestra amada India. Enseñamos a los alumnos a cantar los cantos nacionales y les inculcamos la idea del sacrificio por la Patria. En segundo lugar, cada día escolar comienza con unas breves plegarias. Como en la India existen diversas

religiones, que han tenido allí su cuna, tales como el hinduismo, budismo, jainismo, sikismo, y otras que han sido llevadas a Persia, Arabia y Europa, como el zoroastrismo, islamismo y cristianismo, y como naturalmente, en toda escuela hindú, puede haber alumnos pertenecientes a cualquiera de esas religiones, en nuestras escuelas teosóficas empezamos el día con plegarias de todas las religiones, que los estudiantes escuchan con suma reverencia. Además, durante la semana, se da a los escolares instrucción religiosa, de acuerdo con la fe que cada cual sustenta.

Esta enseñanza religiosa es, pues, un espíritu lo más amplio posible y es aquí donde pueden prestar gran utilidad los maestros que son teosofistas.

Pueden enseñar la religión a los niños, pero tratando de evitar todo fanatismo y superstición. Creemos que el espíritu religioso es muy necesario en la educación infantil, y que hay en las escrituras de cualquier religión, muchas cosas que el niño puede aprender y que no tendrá necesidad de olvidar cuando sea grande.

Además de este principio, el que el espíritu de religión es necesario en la educación, tenemos otras ideas en nuestras escuelas experimentales, que nuestros maestros tratan constantemente de tener presentes. La primera es que el niño *es un alma*. Con esto no queremos significar lo mismo que otros creen generalmente. Los cristianos, creen que las personas *tienen* un alma, algo espiritual y vago, que Dios ha creado especialmente en cada nacimiento. Esa alma, por consiguiente, es reciente, mientras el niño es joven aún. Pero, para nosotros, la idea del alma es totalmente diferente. Tenemos la misma idea que Platón. Supongo que todos vosotros sabéis que Platón sostenía, como un axioma de su filosofía que, cuando un alma era atraída hacia el Bien, la Verdad y la Belleza, estaba *recordando* el hogar espiritual que había dejado antes de aparecer en la tierra como ser humano. Esta doctrina de la “reminiscencia”, aparece en nuestro sistema educacional, en forma amplia: la Reencarnación. Para nosotros cada niño es un alma que ha vivido en otras épocas y en otras civilizaciones.

Por lo tanto, cuando aparece el alma como niño o niña, esa alma ya tiene detrás suyo una larga serie de experiencias. Tal vez esa alma ha sido la de un músico, de aquí que las aptitudes musicales surjan claramente a la superficie en el carácter infantil, desde que el niño asiste al Jardín de Infantes.

El alma puede haber tenido vidas llenas de dificultades en el pasado, con dolores y combates; entonces, el carácter del niño, muestra tendencias hacia la rebeldía y es muy difícil de guiar. Los niños afectivos, los rebeldes, los activos, los soñadores, cada variedad de niño que tenemos en nuestras escuelas, nos dice de su pasado, en otras vidas, de las cuales, ni el niño ni el maestro, tienen el menor recuerdo. Ahora bien, si el niño tiene ya un carácter formado en el pasado, el trabajo del maestro es encontrar, tan pronto como sea posible, lo que ese carácter es en realidad y debe buscar la cooperación con lo mejor que él tiene y esforzarse en hacer desaparecer lo que pudiera haber de anti-social en el niño.

Este es el concepto que hay en el fondo del método, Montessori, aún cuando la Sra. Montessori no es una teosofista. Cuando ella insiste en que al niño se le debe permitir expresar su carácter innato, uno puede muy bien preguntarse ¿cuándo adquirió el niño ese carácter? De acuerdo con los últimos datos de la Biología, nada de lo adquirido, sea bueno o malo, por un individuo en la lucha de adaptación a su propio medio ambiente, puede ser transmitido a sus sucesores. De modo, pues, que no podemos apoyarnos en la

doctrina de la herencia para explicar la naturaleza de los niños. Podemos explicar por medio de la herencia la forma de sus narices o la clase de sus cabellos; pero no por qué tienen un temperamento bueno o malo, ni por qué son inteligentes o tontos.

Hay otro principio, en nuestros experimentos teosóficos, y es que el carácter del niño, es influenciado mucho más por lo que no se le dice, y por lo que no oye, que por lo que se le dice y por lo que oye. Naturalmente, que el carácter del niño, se moldea por lo que oye de sus padres y maestros. Pero mucho más influyen, para su bien o para su mal, los pensamientos de los “otros” que rodean al niño. Lo que los padres piensan y sienten, lo que el maestro piensa y siente, aunque nada de esto sea revelado al niño, lo afectan. Un pensamiento no expresado de enojo, un pensamiento no revelado, de orgullo, o envidia, o malicia, todos ellos afectan al niño. ¿Sabéis vosotros que en Suiza, donde el Psicoanálisis está altamente desarrollado, cuando los padres de un niño rebelde lo llevan para ser Psico-analizado, el Psicólogo presta mucho más atención en su análisis, a los padres que al niño? Y es porque sabe perfectamente, que, cuando los padres están recíprocamente en oculta hostilidad, o el maestro está lleno de celos o amargura, el niño es afectado y su carácter se hace cada vez más rebelde y difícil.

Nosotros creemos firmemente, que todo lo que rodea al niño, ejerce, sobre él gran influencia.

La forma del salón de clase, en la escuela (ya sea artísticamente armonioso o no, en sus dimensiones; ancho, longitud y altura), el color de las paredes, los bancos y asientos artísticos o antiartísticos (hasta donde yo he visto todos los mueblajes y decoraciones de los colegios, parecen haber sido hechos, de ex profeso, antiartísticos), todas estas cosas influyen al niño. Es una cosa excelente que haya clínicas de todas clases, para los niños, sea de ojos, de oídos, de nariz, de garganta, de pulmones, etc. Pero nosotros queremos además, que se preste una cuidadosa atención a los edificios, salones, paredes y jardines, de manera que se le permita al niño “recordar”, como diría Platón, el hogar celestial que ha dejado, para venir a la tierra.

Porque, soberanamente, el niño ha venido a la tierra desde un hogar feliz: el mundo invisible. Nace con un propósito que es: el hacer un trabajo en la vida. Pero es necesario, primeramente, despertar en el niño el entusiasmo para el trabajo que tiene que hacer. Y el mejor camino para despertar ese entusiasmo, es hacerle la vida, en su hogar y en la escuela, tan llena de felicidades, como sea posible, a fin de hacerle recordar el cielo, desde el cual ha venido a nosotros. Rodead al niño de amor, belleza y felicidad; y entonces su alma empezará a responder y cooperar con los padres y maestros. Pero debemos recordar que los niños no son todos iguales, porque no son iguales todas las almas. Algunas son viejas, con grandes capacidades y experiencias; otras jóvenes, hermosas en sus naturalezas, pero faltas de habilidad. El maestro no debe forzar al niño, para que se adapte al curso educacional, como se hace ahora, sino que debe guiar al alma hacia su propia expresión y encontrar, rápidamente, cuál es la contribución al bienestar humano, que esa alma desea dar.

En nuestros ensayos teosóficos, confiamos más en el maestro, que en el sistema teórico trazado. Es mucho más importante el carácter del maestro, que el entrenamiento que ha tenido en la Escuela Normal. Un verdadero maestro es aquel que ya lo ha sido en sus vidas pasadas, y que sabe por sacrificio personal, que enseñar a los niños, es una de las más nobles maneras de cooperar con la voluntad divina. En la India, el maestro ha merecido siempre el respeto más grande, dentro de nuestro sistema social. Nosotros

consideramos que, entre el maestro y el escolar, existe siempre, aún después que el alumno ha crecido, un enlace espiritual. La sabiduría, para nosotros, aún la secular de literatura, ciencia y legislación, es una cosa sagrada; y así el maestro en la India, ha sido también siempre el sacerdote de la religión y, por consiguiente, una persona siempre muy reverenciada.

Recordaré toda mi vida, el momento de mi entrada en el gran mundo educacional. Fue de tanta significación para mí como puede ser “la primera comunión” para vuestros niños. Un día elegido como “auspicioso”, de acuerdo con la posición de los planetas, fui conducido por mi padre, al maestro; llevando conmigo un regalo para el maestro. Este hizo traer un tablero, en el que había desparramado una cantidad de granos de arroz; y entonando unas plegarias, trazó con un dedo, en el tablero, la letra A, la primera de nuestro alfabeto. Entonces, tomando el dedo índice de mi mano derecha, me hizo repasar el contorno de la letra A, que él había escrito. En eso consistió mi primera lección, pero, para mí, fue ese un día solemne, pues significaba mi iniciación en el mundo de la Sabiduría, y no lo he podido olvidar, a pesar de los años transcurridos.

Creemos tan firmemente en la continuada influencia del maestro sobre el alumno, que estamos tratando de concentrar nuestras energías, no en colegios externos, sino en colegios internos para pupilos, donde los niños trabajan, juegan y duermen saliendo sólo en las vacaciones. Pero para obtener éxito en este método, el maestro debe vivir con los niños, y vivir con ellos, significa jugar con ellos, también. No se da toda la educación en el salón de clase, hay una parte de ella, que sólo puede ser aprendida en el campo de juegos. Yo pasé cuatro años en la Universidad de Cambridge, en el “Saint John’s College”. Mientras aprendí muchas cosas de los profesores, declaro que también aprendí mucho en los deportes. Durante tres años, pasé la mayoría de mis tardes entrenándome en un equipo de remo, como timonel de un “eight” y tomé parte en varias regatas, ganando unas y perdiendo otras.

Todo este entrenamiento deportivo ha sido de tanto valor para mí, como las artes y las leyes que estudié durante mis años universitarios. Los juegos enseñados como allí, con ese espíritu de caballerosidad y camaradería, son de gran valor en la educación. Pero el maestro ha de tomar parte también, en los juegos, con los niños y no limitarse meramente a contemplarlos.

Precisamente, ahora en Inglaterra se discute con calor la cuestión de si debieran abolirse por completo los exámenes o no. No sé si este punto ha sido tenido en cuenta por los maestros del Uruguay. Maestros y padres, comprenden cada vez más que los exámenes producen una sensación de terror en los niños sensitivos. Los exámenes son útiles, en parte, como indicación de la capacidad del niño, pero algunos, aunque sepan bien la materia no pueden expresar sus conocimientos verbalmente o por escrito ante un tribunal que los amedrenta.

En realidad, si una clase no es demasiado grande –como por desdicha acontece ahora con frecuencia- un buen maestro puede saber exactamente, cual es la capacidad de cada niño y en consecuencia, cuando ha llegado el momento de pasarlo a una clase superior. Todos los reformadores claman por dar al maestro esa libertad, para que utilice su discreción al respecto. En todos los colegios experimentales, que trabajan actualmente por comenzar una nueva era en la educación, los exámenes van siendo disminuidos, tanto como es posible.

Este tópico de los exámenes, me lleva a una reforma mucho más importante, que debe ser introducida en la educación. Tal cual están las cosas ahora, se exige demasiado de la memoria del niño, y se le hace aprender una gran cantidad de cosas que luego no tendrá necesidad de recordar. ¿Por qué el niño ha de tener que guardar en su memoria, hechos que puede encontrar fácilmente, impresos en un libro? No es la memoria de los hechos lo importante, sino el saber “dónde” encontrar los hechos registrados. Así, en esa gran reforma conocida por sistema Dalton, los niños deben estudiar juntos, en grupos, y consultar libros en las Bibliotecas. Se les da, por ejemplo, cierto período de la historia para que la estudien en determinado tiempo, un mes por ejemplo. Ellos mismos arreglan la forma como han de estudiar el tópico. El maestro está allí, pero solamente para que se le consulte sobre el lugar en que puede ser encontrada la materia. La reforma de Dalton obtiene gran éxito, siempre que se haya ensayado con propiedad.

Actualmente, los niños tienen demasiadas materias que estudiar. De modo que, en la nueva era de la Educación, lo que necesitamos hacer es desarrollar en el niño, lo que yo llamo un nuevo “instrumento de conocimiento. Ahora sólo apelamos a la mente del niño. Pero debemos desarrollar una nueva técnica de educación, un método, que haga despertar la intuición latente en el niño. Esta facultad de la intuición, debidamente entrenada, agrupa las materias rápidamente y obtiene una visión general de ellas. Esto es lo que debiera proporcionar la educación: una visión de los hechos, como vistos desde un aeroplano, y no una enciclopedia de fechas, fórmulas y acontecimientos. Cuando el niño ha obtenido tal visión general, de un tópico determinado y sabe dónde encontrar las enciclopedias que contienen los hechos, yo diría que él conoce su materia. Es a esa clase de conocimiento a lo que debemos aspirar en la educación.

Esta facultad, actualmente dormida de la intuición, llegará a ser, en mi opinión, el instrumento de más valor para conocer. Los franceses acostumbran a decir de los escolásticos alemanes, tan industriosos en acumular hechos, que: “Ellos apilan la leña; nosotros traemos el fuego”.

Es la verdad con respecto a la educación en nuestros días. Nuestros métodos actuales, que sólo apelan a la mente, amontonan infinidad de hechos, pero éstos, están muertos en la mente. Y la intuición es el fuego que ha de encenderlos ...

¿Cómo tenemos que entrenar la intuición? Esta será la gran ciencia del futuro, para crearla tendrán que cooperar los idealistas de todos los tipos.

Maestros y artistas, científicos y filósofos, necesitarán hacer descubrimientos en este nuevo dominio de la intuición.

Nuestra primera pregunta será, naturalmente, ¿qué es la intuición? No soy lo suficientemente sabio como para contestar esta pregunta completamente; pero puedo dar mis experiencias de lo que es la intuición. Primero, no es un proceso de la mente, es decir: que la intuición no es una síntesis alcanzada por la mente de una manera rápida y brillante. La importancia de la intuición, es que forma juicios infalibles, que no nacen de la presentación externa de los hechos. Esto es el proceso de la mente; la mente tiene que tener frente a ella todos los hechos necesarios, igual que el juez necesita que los abogados de ambas partes, expongan cada uno su causa. La mente juzga por los hechos que están delante de ella; pero la intuición juzga más ampliamente, por lo que no está

delante de ella. La intuición es una facultad del alma, que, en cierta manera misteriosa, conoce aquellos hechos relacionados con el caso en cuestión, que están presentados a la mente, y en consecuencia, juzga con un conocimiento más completo de los hechos, que el que la mente podría tener. Sin ir más lejos, en la consideración de lo que es la naturaleza de la intuición, permitidme pasar al problema más práctico, de cómo puede despertarse la intuición en el carácter.

Hay tres métodos posibles: dos de ellos afectan a la emoción, y el tercero a la mente. Siempre que la emoción está despierta, ya sea porque responda a la belleza o al sentido de la fraternidad, el escenario está preparado para que la intuición se presente por sí misma y revele sus secretos.

Pero también, siempre que la mente sea desapasionada en la observación, la intuición brillará sobre ella, como lo hace el sol sobre la tierra, desde el cielo. Trataré primero de este último método: el del entrenamiento de la mente.

En general cuando pensamos, nuestro pensamiento no es puro, porque está mezclado con mucha emoción. La mayoría de la gente, no sabe pensar propiamente, porque pensar, como proceso mental, significa examinar los hechos que la mente deba analizar de un modo perfectamente desapasionado. No debemos dejarnos influenciar porque algo nos guste o nos disguste. Ahora bien, esta indispensable facultad del pensamiento puro, debe ser enseñada a los niños. La podemos enseñar con matemáticas, con aritmética, geometría y álgebra. Pero la mente del niño es muy delicada, para ser demasiado forzada por las matemáticas. Sin embargo, podemos hacer mucho por el niño, sin forzar su mente por medio de la ciencia. Entiendo por “ciencia”, no sus leyes, sino el proceso de experimentos y observaciones que caracterizan al método científico.

Es necesario interesar al niño, desde muy pequeño, en la ciencia. Naturalmente, al principio sólo le enseñamos experimentos químicos muy sencillos, objetos hermosos, en botánica y cosas similares, que despierten el interés en su imaginación.

Después de este primer paso, lo llevamos a desear hacer experimentos por sí mismo. El próximo paso, es enseñarle a observar desapasionadamente, y con mente crítica, lo que acontece con los experimentos.

Lentamente, iremos despertando en la mente del alumno, una actitud de examinar, cuando es necesario, todos los asuntos desapasionadamente. Tal observación científica, permite agrupar los hechos de la vida y reagruparlos, de acuerdo con el método de inducción, hasta obtener de ellos las leyes de la naturaleza que les concierne.

Cuando la mente llega a ser así, pura en su acción, es decir, desapasionada en la observación, y hasta de formular hipótesis, es a menudo ayudada por la intuición.

Encontramos que muchos de los descubrimientos científicos, no se deben exclusivamente a un proceso mental, sino que se deben, en realidad, a relámpagos de intuición. Tal fue el caso de Kekulé, cuando, en una visión mental, vio que el átomo de carbono podía ser agrupado en una forma geométrica, para explicar la tetravalencia del carbono. Era verdaderamente la intuición lo que hizo descubrir a Roberto Mayer su Ley de Conservación de la Energía. Quiero citar aquí lo que dijo Heim, sobre este gran descubrimiento. He aquí sus palabras:

“El nuevo pensamiento de Mayer no se hizo claro a fuerza de discurrir con su mente sobre los conceptos de poder, transmitidos desde el pasado, sino que pertenece a aquellas ideas, que son intuitivamente concebidas, las que, originadas en otras esferas de clase mental, sorprenden al pensamiento, como si lo compelieran a transformar sus nociones heredadas, conformándolas con aquellas ideas”.

En esta pequeña cita de Heim, encontramos una clara descripción de algunas de las características de la intuición. Ellas son:

- 1°. La intuición nace, no en la mente ordinaria, sino en “otras esferas de clase mental”.
- 2°. La intuición “sorprende” al pensamiento, porque la mente no espera una tal solución;
- 3°. La última y la más importante: que la intuición compele al pensamiento “a transformar sus nociones heredadas”.

No trataré de ir más lejos en la descripción de la naturaleza de la intuición, pero tengo la esperanza de haber aclarado suficientemente el hecho de que un entrenamiento estrictamente científico de la mente, trae consigo una gran pureza y serenidad, que permite a la intuición, reflejar sus verdades en la mente.

Los otros dos métodos, o sea, por medio del sentimiento de fraternidad y del sentido de la belleza, están íntimamente relacionados, uno con otro. Siempre que el carácter de un individuo se hace compasivo, responde inevitablemente, más y más, a la belleza. Y a la inversa, aquel que es sensible a la belleza, siente, más y más, su unidad con todo lo que vive. Estas dos fuerzas de fraternidad y belleza, deben ser utilizadas en la educación de los niños, si se quiere que desarrollen la intuición.

Primeramente trataré de la manera de ayudar a los niños, a desarrollar sus sentimientos de fraternidad.

Los niños son por naturaleza, hermanos, y siente esa fraternidad. Un niño blanco, un moreno y un negro, jugarán juntos, completamente inconscientes de la diferencia que pueda haber entre ellos. Lo que debemos hacer, es acrecentar en el niño sus sentimientos naturales de amistad. El juego de los niños, cuando está bien organizado, es una base para desarrollar la Fraternidad.

Y digo “cuando está bien organizado”, porque el juego puede quedarse en mera diversión, o llegar a ser algo más. El juego puede hacerse *creador* afectando profundamente la imaginación del niño; pero, para esto es necesario una cuidadosa organización. Muchos niños deben tomar parte en el juego común, o en una danza, o en un drama, o en un canto. Este esfuerzo común de muchos niños que juegan juntos, puede convertirse en ofrenda creadora de sentimientos de alegría. Es notable, que en algunos colegios experimentales, donde se enseña a bailar las danzas griegas, los niños aprenden muy pronto, a crear personalmente, sus danzas para bailar con la música clásica de los grandes maestros.

Esta misma cualidad creadora, es la que existe en el atletismo, cuando hay un alto ideal deportivo, como el que existe en las universidades de Oxford y Cambridge. Y uno de los resultados de los deportes, es el desarrollo de la idea “del trabajo de team”, lo que significa que al jugador, como individuo, se le ha enseñado a renunciar a su

personalidad, fundiéndola en la individualidad mayor del “team”, y a jugar, no para lucirse como un jugador brillante, sino, para el éxito del equipo como conjunto. En consecuencia, cuando los niños aprenden de diversas maneras a sentir la alegría del compañerismo, tanto en el trabajo como en sus juegos, desaparecen las barreras levantadas ante la mente, por las tradiciones de raza, de religión y de clase. El resultado de esto es una purificación estable de la mente, de modo que la intuición puede manifestarse.

Pero, más rápido que el camino de la ciencia y el de la fraternidad, es el de la Belleza. Los niños empiezan a sentir, antes que a analizar y a juzgar. Sus sentimientos pueden ser utilizados para hacer, su naturaleza emocional en primer lugar, serena y firme, y luego, delicada y sensitiva.

De manera que, todo lo que rodea al niño es muy importante, porque de todo emana una fuerza sutil, que puede servir de ayuda u obstáculo para el niño. Y así, tanto en el hogar como en el salón de clase, la armonía o desarmonía de sus proporciones, los colores de las paredes, los contornos de las sillas, bancos y mesas, en otras palabras toda línea, sombra, tono o matiz, es una ayuda o un obstáculo para el niño. El niño es como un capullo que ha de abrirse; dadle la luz, el agua y el calor que necesita, y el capullo se convertirá en hermosa flor. Pero omitid uno de estos elementos indispensables y entonces, al abrir el capullo, su belleza quedará aminorada. Lo mismo acontece con el niño. Nada de lo que no es estéticamente hermoso, debiera ser conocido por ninguno de sus sentidos.

Pero al niño, no sólo debe hacérsele sensible a la belleza, sino que también ha de enseñársele a “crearla conscientemente”. Dibujando, modelando, grabando, cantando, danzando, éstas y otras formas de belleza creadora, deben ser desarrolladas en el niño; no necesariamente todas ellas en cada niño, esto es obvio; pero de acuerdo con sus aptitudes innatas, cada niño debe aprender la alegría sutil de la creación.

La creación de una cosas que sea fundamentalmente hermosa, sólo puede tener lugar, cuando la naturaleza emocional está serena, en el momento de la creación. Entonces, la intuición envía sus verdades a la imaginación. Así como la luna, desde el cielo, puede dar una imagen perfecta de sí misma, sobre la superficie de un pozo, si el agua está serena, así también cuando la mente es pura y las emociones serenas, la intuición refleja su más alto conocimiento en nuestro carácter.

De modo, que si los maestros comprenden el misterio de esta nueva facultad de la intuición, pueden ayudar a los niños a alcanzar un objeto intuitivamente. El niño desarrollará entonces, cierto entusiasmo por ese objeto, porque, en una forma misteriosa, el objeto se invierte en parte de sí mismo, lo que el niño se deleitará en descubrir.

Yo siento profundamente, que en la educación del futuro, prestaremos nuestra mayor atención, no a la mente del niño, sino a su intuición.

En conclusión, dejadme llamar vuestra atención con respecto a dos sorprendentes afirmaciones, una de un suizo y la otra de un francés. El suizo Freud, perito en “psico-análisis”, ha dicho que el origen de los disturbios nerviosos que sufrimos, ha de encontrarse en lo que nos sucedió cuando niños, antes de haber cumplido nuestros cinco

años. Tal afirmación de un experto como Freud, nos hace comprender claramente que un sistema erróneo de educación, aún cuando economice el dinero del Estado, es muy costoso en el transcurso del tiempo, porque ocasiona el agotamiento de la vitalidad de sus ciudadanos. La segunda declaración es la de Lavissee, quien describe exactamente la educación de nuestros días diciendo: “un fragment d’education, s’adresse a un fragmen d’écólier”.

Ahí tenemos nuestro método presente, gráficamente descripto. La misma verdad ha sido expuesta en la India de un modo diferente por uno de nuestros profesores, al dirigirse a los maestros hindúes.

Refiriéndose a la enseñanza del sánscrito y a cómo debería ser enseñado Krishna, uno de los alumnos que iba a aprender, nuestro experto teosofista el doctor G.S. Arundale le ha dicho: “Para poder enseñar a Krishna el sánscrito, no sólo tenéis que conocer el sánscrito, sino que también debéis conocer a Krishna”.

La profesión de maestro es hoy en día una de las más mal pagas y la verdad es que ningún maestro se retira con grandes sumas de dinero en el banco. Se erigirán estatuas a soldados y políticos; pero no a los maestros y maestras de escuelas. Sin embargo, son los maestros quienes construyen una nación, pero el público que compone la nación, no reconoce este hecho maravilloso. Vosotros, que sois maestros recordad siempre, que vuestra profesión es tan grande como la del “sacerdote”, el “hombre de Dios” como se le llama a menudo. Vosotros también sois hombres y mujeres elegidos por Dios, para un apostolado especial. Así, aunque vuestra vida esté llena de limitaciones y sacrificios, recordad que os espera una gran recompensa que es el saber que habéis sido enviados al mundo por Dios, para ayudar a sus criaturas. El universo entero, que El ha creado, no es, después de todo, sino una escuela donde el alma aprende que es “un Hijo Divino” que debe trabajar en armonía con el “Padre Divino”. Y como Dios es el más grande de los maestros de escuela, debemos imitarle, en su gran sacrificio. El precioso secreto que, como maestros poseemos en lo más íntimo de nuestro corazón, es que aunque no vayamos a la iglesia ni recibamos la comunión, estamos haciendo en verdad lo que Cristo pidió al Mundo que hiciera cuando dijo: “Dejad que los niños vengan a mí”. Y sobre cada maestro que cumple su deber, para con los niños, amados de Cristo, su Bendición descansa siempre.

Este es mi último pensamiento con el cual me despido de vosotros.

(Trad. de E.M.M.)

INDICE

Nota biográfica	2
Comentario del Sr.Alberto Zum Felde	3
Dioses encadenados	6
El Idealismo de la Teosofía	18
La Enseñanza de Krishnamurti	30
Verdadero y Falso Yoga	43
La Teosofía y la Educación	56